


Biblioteca  Valenciana

Aventureros y corsarios



31000000866718

CV/1673

CV
1673

AVENTUREROS Y CORSARIOS.

BIBLIOTECA

108

JAVIER
AVENTUREROS Y CONSUMOS

TRADUCCION DE JAVIER AVENTUREROS

1881

1881

AVENTUREROS Y CORSARIOS,

POR

JAVIER EYMA,

TRADUCIDA ESPRESAMENTE PARA ESTA BIBLIOTECA.



VALENCIA:

IMPRENTA DE JOSÉ RIUS, EDITOR.

1865.

B. 61.826

UNA REVOLUCION

JAVIER EYMA

TRADUCIDA ESPECIALMENTE PARA ESTA BIBLIOTECA

El 4 de Enero de 1717 la fragata francesa El Valor se dirigió á toda vela á la Martinica, llevando á bordo al marqués de la Varanne, á quien el con- sejo de marina acababa de nombrar gobernador ge- neral de las islas.

Al caer la tarde, el capitán á fin de evitar los peligros durante la noche, hizo virar de bordo la fragata, con poco gusto de los pasajeros.

Solo el marqués de la Varanne había visto con indiferencia este retraso de algunas horas en el tér- mino de un viaje que hubiera deseado casi hacer interminable por el despecho que le causaba el gozar de los honores de un puesto á que lo habían elevado sus relaciones mas que su mérito.

Retenido en su camarote, leia con mal disimulo cada céntimo los papeles ministeriales que contenian

UNA REVOLUCION.

I.

El 4 de Enero de 1717 la fragata francesa *El Valor* se dirigia á toda vela á la Martinica, llevando á bordo al marqués de la Varenne, á quien el consejo de marina acababa de nombrar gobernador general de las islas.

Al caer la tarde, el capitan á fin de evitar los baraderos durante la noche, hizo virar de bordo la fragata, con poco gusto de los pasajeros.

Solo el marqués de la Varenne habia visto con indiferencia este retraso de algunas horas en el término de un viaje que hubiera deseado casi hacer interminable por el despecho que le causaba el gozar de los honores de un puesto á que lo habian elevado sus relaciones mas que su mérito.

Retirado en su camarote, leia con mal disimulada cólera los pliegos ministeriales que contenian

sus instrucciones. De cuando en cuando levantaba los ojos para fijarlos en una muger muellemente reclinada en un gran sillón colocado delante de él, y á quien el balance del buque tenia en un estado próximo al sueño. La frente nublada de Varennes se serenaba entonces y asomaba á sus labios una sonrisa que podia interpretarse de este modo:

—Al menos tendré en ella un consuelo.

Esta muger podia tener de veinticinco á veintisiete años. Se llamaba ó se hacia llamar condesa de Saint Chamans, y hablaba con ostentacion de sus alianzas y de sus amistades ilustres con quienes el marqués vivia en perfecta familiaridad. Sus modales seductores, su porte de gran señora, un poco estudiado tal vez, su imaginacion vivaz y desocupada, sus astucias de coqueta hábil, le daban sobre todos los que se acercaban á ella ese despotismo seductor que egerce la gracia y que es superior á la dudosa influencia de una belleza regular. Varenne habia sucumbido al orgullo desmedido de la condesa y al gozo que ésta habia mostrado por su nombramiento.

El comandante de la fragata no sabia mas acerca de esta muger, sino que la órden de llevarla á bordo era de puño y letra del mariscal d'Estrees, presidente del consejo de marina. ¿Qué objeto la llevaba á las islas? Secreto era este que nadie habia podido traslucir, porque habia permanecido envuelto para todos en el velo de un misterio que el mismo marqués de Varenne se veia obligado á respetar.

—¡Por Dios que no comprendo de qué nace la ternura que muestra ahora monseñor el regente á unos países y á unos habitantes tan lejanos! escla-

mó de repente el marqués tirando con despecho sobre la mesa un cuaderno voluminoso.

—¿Qué os ha dado ahora? murmuró la condesa como despertando en este momento.

—Lo que me ha dado es que cuanto mas leo esas instrucciones mas odio experimento hacia esos colonos que voy á gobernar... Y la presencia á bordo de ese criollo que nos han dado por compañero de viaje no ha contribuido poco á escitar mi antipatía. ¿Habeis visto ja más un espíritu orgulloso, mas independiente, mas irascible?

—Es verdad, dijo la condesa; y si M. de Antaune dá la medida exacta de esos caballeros semisalvages con quienes teneis que habéroslos, os habeis de poner muy firme sobre los estribos, mi querido marqués. Pero ¿qué quereis? algunos de esos señores han desplegado en Francia hábitos caballerescos que han hecho furor. No debeis maravillaros de las simpatias del regente, ha sido una epidemia en la corte. Yo no sé si esos criollos han despertado la curiosidad que poco ó mucho producen siempre los fenómenos, ó si es que poseen sortillegios: el hecho es que se han grangeado en Paris ardientes amistades.

—Sí, sí; eso me han dicho pero son unos hipócritas abominables! En la corte es posible que se muestren francos, dóciles, sumisos al rey hasta civilizados si quereis; pero en acercándose al lecho natal, recobran la ferocidad de las serpientes que pueblan su isla. Ved, si no, á ese M. de Antaune: si se me escapa una palabra equívoca á propósito de los criollos, si dejo vislumbrar un deseo en favor de la Francia, al instante se le sube la sangre al rostro y se vuelve casi antropófago.

—En el fondo teneis razon , repuso la condesa, dando á su voz ese tono suave que calma la cólera, pero ha'sido impolítico por vuestra parte , ó cuando menos imprudente, el haber disimulado tan poco en presencia de M. de Antaune vuestras preocupaciones contra sus compatriotas. Le habeis irritado; le habeis predispuesto mal y supongo que encontrareis en ese jóven un temible enemigo.

—¿Y qué tengo que temer? Mañana estaremos á dos mil leguas de Francia , y en caso necesario, querida condesa, obraré á mi modo. ¡Lleve, pues, el diablo las instrucciones del regente!

Y diciendo esto el marqués hizo volar por el camarote los lios de papeles que habia sobre la mesa. Madama de Saint Chamans se encojió de hombros imperceptiblemente, y tendiendo la mano al marqués le dijo sonriendo con gracia encantadora:

—¿Quereis que os diga lo que os tiene tan furioso esta noche?

—Decid.

—Pues bien, estais celoso de M. de Antaune. Despues de comer habeis visto que me dirigía la palabra, cosa que no ha hecho hace ocho dias, y la rabia os ha envenenado el corazon.

—Algo de eso puede haber, respondió Varenne apoyándose en el respaldo del sillón en que la condesa estaba reclinada con coquetería.

—Pues haceis mal, mi querido marqués , haceis mal por dos razones: primera, porque un gobernador celoso debe gobernar muy mal; y segunda, porque no teneis ningun motivo de celos.

—¿De todas veras, mi querida Clandina?

—De todas veras. Por otra parte, M. de Antaune no se digna siquiera fijar en mí la atencion.

—¡Insolente!

—¡Cómo! ¿Quisierais que fuese más asíduo? Escojed....

El marqués, cojido infraganti delito de contradicción, se sonrió y besó apasionadamente las manos de la condesa.

—Recojed los papeles y no olvideis que las voluntades del rey estén consignadas en ellos. Además, dejad que la calma penetre en vuestro corazón. Y á propósito, para con seguirlo id sobre cubierta á respirar un poco esa brisa fresca y perfumada que parece ser uno de los beneficios de la noche en estos climas.

La condesa, sin darlo á entender, experimentaba una alegría que no estaba exenta de asombro al ver con qué docilidad el marqués se plegaba á sus órdenes. Así que éste salió del camarote el rostro de madama de Saint Charmans adquirió una espresion de gravedad que contrastaba con la máscara risueña que tan admirablemente finjia. Levantóse con lentitud del sillón y murmuró dando á sus palabras una entonacion cuyo sentido solo ella podia comprender:

—¡Oh! ahora ya estoy segura de ello: gobernaré á mi antojo la Martinica!

Al llegar sobre la cubierta de la fragata, que un cielo cubierto de estrellas habia inundado de resplandor, el marqués de la Varenne experimentó una emocion tranquila y apacible. Sea que los consejos de la condesa hubiesen calmado realmente la irritabilidad de su carácter, sea que la poesía del espectáculo grandioso que se ofrecia á su vista le conmoviese verdaderamente, el marqués se sintió como inclinado á la indulgencia y casi á la ternura.

(AVENTUREROS.)

La primera persona que encontró fue Enrique de Antanne, objeto del odio que tan mal había disminulado. Enrique, arrimado á la driza de la fragata, seguía con mirada vaga y pensativa los caminos luminosos que las estrellas dibujaban sobre las curvas gigantescas del firmamento y la superficie atormentada de la mar.

Era un gallardo jóven de treinta años, de facciones varoniles y apacibles á la vez, y de las cuales resultaba un conjunto de firmeza y benevolencia. El marqués de la Varenne comprendió entonces por vez primera las vivas y vehementes simpatías que Enrique despertaba. Hasta aquel momento le había juzgado por el lado rebelde á sus pretensiones de despotismo y bajo el punto de vista de las prevenciones que abrigaba contra los criollos.

En el momento de partir habían puesto en guardia al marqués contra el espíritu de soberbia y de independendencia que debía encontrar en los colonos; pero había tomado la medida de las resistencias contra las cuales debía estrellarse la violencia de su temperamento, en la manera de ser altiva de Enrique de Antanne, que era el tipo verdadero del noble criollo, valiente hasta la temeridad, orgulloso con razon del heroismo desplegado por sus antepasados en la conquista de un suelo regado con la sangre mas pura y mas noble de la Francia.

Enrique era, en efecto, el tipo mas completo de aquellos hijos de un clima en que el sol corre por las venas. Tenia la mirada provocadora y el don de unir una soberana insolencia á una extrema cortesía; tan acerba era, cuando llegaba el caso, su palabra, sin dejar de ser política.

El marqués se acercó al jóven criollo, se arrimó

familiarmente á la driza, á su lado, y con tono perfectamente cordial:

—M. de Antanne, le dijo, ¿qué buscáis de ese modo en los misterios del horizonte?

—Miro, señor marqués, si á la claridad de ese cielo cubierto de estrellas y á los resplandores que brotan del choque de las olas, descubro alguna punta de mi isla....

—Difícil es, repuso Varenne; porque hasta mañana no veremos tierra.

—Ni yo pretendo, dijo friamente Enrique, tener la vista tan larga y penetrante; pero lo que no se puede descubrir con los ojos se puede adivinar con el alma. Por otra parte, me parece que esa brisa que sopla justamente de tierra, me trae un vago perfume de aquella orilla, de la cual nos aleja y nos acerca al propio tiempo cada bordada del buque.

—Ah! ¡mucho amáis á vuestra isla, M. de Antanne!...

—Ardientemente, caballero. La amo hasta el punto de sacrificárselo todo; la libertad, la vida, todos los goces de este mundo. Allí reposa mi madre dormida en una tumba que yo no he tenido el doloroso consuelo de cerrar sobre sus cenizas; voy á abrazar á mi padre despues de quince años de separacion y á una hermana que dejé en la cuna y en quien renacerá á mis ojos y en mi corazón la imagen querida de mi madre. ¿No eso bastante para que un hombre ame á su país?

El marqués había escuchado á Enrique con recogimiento, vencido de la emocion y de la dulce gravedad con que el criollo había pronunciado estas palabras.

—Y además, añadió Enrique con mas gravedad,

dando á su tono una intencion evidente, ese pais es como un pobre desterrado en medio de las olas del Océano. El brazo, el valor y la espada de sus hijos son necesarios con frecuencia para conservársele al rey de Francia y protegerle contra ambiciosos vulgares que quisieran, los unos subyugarlo á su antojo, los otros sembrar en su suelo la discordia. Todos estos casos se han presentado desde que yo dejé la isla. Caribes, esclavos, enemigos de la Francia, representantes del rey, factores de desórdenes, han llevado allí alternativamente la guerra ó armado á los colonos unos contra otros. ¿Quién sabe? continuó, mirando fijamente al gobernador, si estas calamidades han concluido? La sangre de mi anciano padre ha corrido hartas veces en esas luchas heroicas y en esos deplorables conflictos: fuerza es que yo pague, si la ocasion se presenta, mi deuda de valor y de abnegacion. Hasta abrigo el presentimiento de que mi presencia será útil á mi pais. Ya veis, pues, si es justificada mi impaciencia por volverle á ver.

El acento de Enrique era casi amenazador; su mirada, que el marqués de la Varenne habia procurado en vano encontrar hasta aquel momento, brillaba con resplandor tan sombrío que á éste no le fue posible sostenerla. Volvió á otro lado la cabeza sintiéndose desazonado bajo el peso de la acusacion indirecta que acababa de dirigirle el joven criollo.

—Este, pensó la Varenne, es un adversario temible contra quien tendré que luchar fuertemente. La condesa tenia razon.

Siguió un momento de silencio que aumentó el malestar del marqués. La reserva calculada de En-

rique le intimidaba y procuró salir de esta falsa posición.

—Mr. de Antanne, murmuró afectando un tono de extrema benevolencia, exagerais los peligros que amenazan á vuestra isla: os felicito, sin embargo, por vuestros sentimientos de patriotismo que traducis en acentos generosos.

Enrique, á quien impacientaba esta insistencia del marqués, replicó secamente:

—Apuesto, señor marqués, á que á la vista de ese pais no espermentais la misma satisfaccion que yo....

—Ya comprendereis que eso es muy natural, replicó el gobernador. Vos al menos vais á ver amigos de vuestra infancia, á abrazar á vuestro padre, de quien se dice que es muy digno de la estimacion de los que tienen el honor de conocerle; al paso que yo.....

—No, señor, interrumpió Enrique, no deberia haber distincion entre los sentimientos que experimento y los vuestros, aunque comprendo que no tienen el mismo móvil. Mi emocion es toda de amor, y la que vos disimulais en este momento es de odio. Yo voy á ver y á abrazar á unos amigos y á una familia que me son queridos; pero vos olvidais que os vais á encontrar en medio de una poblacion compuesta de hombres de corazon, y cuyo mando debiais tener á mucho honor. Vuestro gozo, por consiguiente, debia igualar al mio.

—Caballero.... dijo el marqués temblando de cólera.....

—Dispensad, señor marqués, vos no me habeis confesado nunca, á Dios gracias, la repugnancia que os causa una mision que otros han envidiado tanto

antes que vos, y que despues de vos codiciaran muchos seguramente; pero yo, caballero, he adivinado, he presentido esa repulsion y no la echaré de la memoria. La poca simpatia que os he inspirado, solo por mi calidad de criollo, ha sido para mi una advertencia. Habeis provocado esta expansion brutal de mis sentimientos: si os ha lastimado, culpaos á vos mismo. Permitidme, señor marqués, que añada para concluir, que para lograr mi conquista es un poco tarde.....

Enrique saludó á la Varenne y se retiró. Este, pálido de rabiá, y con el corazon henchido de odio, se alejó meditando el modo de vengarse de la humillacion que acababa de sufrir.



recompensarle de su albedrío, la isla le salió al
 encuentro en vez de ir él en su busca.
 A medio día las velas blancas volaban de
 Pedro y Juan el viento levante era favorable
 ver el futuro que les esperaba para allí y
 el entusiasmo los había provocado a
 el. Aquellos sentimientos eran de entusiasmo, de
 que ellos mismos, el entusiasmo era manifiesto
 é inimitable, de la para los que los
 todos a los que les rodeaban. Aquellos tres
 no con la salud a la que se referían y
 anuncio su fin. El corazón se había
 condiciones de la vida de la vida en la vida.
 I — No se podía más, más, más, más.
 breve historia de este país, como ya más de una
 páginas sangrientas de luchas y revoluciones: no
 ra bien, no puedo salir, no puedo salir a mi poder.
 Aquellos a quienes mis palabras y mis actos futuros

II

El día siguiente al amanecer una voz gritó des-
de lo alto de los mástiles de la fragata: ¡Tierra á
babor!

A este grito todas las miradas se dirigieron al
 mismo punto del horizonte que aun estaba oscuro.
 Sin embargo, poco á poco en uno de los extremos
 de aquel desierto de nieblas, se dibujó vagamente y
 apenas sobre el nivel de las olas, una especie de
 promontorio pálido, un enano de vapores y brumas,
 que creciendo por momentos, se levantó de repente
 como un fantasma gigantesco. Era el pico de Vau-
 elin, el punto culminante de la Martinica.

Enrique de Antenne, de pie sobre el buque y con el corazón puesto de vigia, fue el
 primero que leyó en aquellas páginas del misterioso
 horizonte. Sentía en el fondo del alma impulsos
 de la más indecible alegría, y le parecía que para

recompensarle de su afecto, la isla le salia al encuentro en vez de ir él en su busca.

A medio dia la fragata entró en la rada de San Pedro y echó el ancla despues de recibir y devolver el saludo que le hicieron de tierra la fusilería y el cañon de los fortines.

Algunos instantes despues desembarcó el marqués de la Varenne. Obedeciendo á sus prevenciones é irritado todavía por la conversacion que habia tenido el dia anterior con Enrique de Antanne, recibió con altivéz al consejo soberano de la colonia y anunció su resolucion de egercer la autoridad en condiciones absolutas de despotismo y á su albedrío.

—No sé disimular mi pensamiento, añadió. La breve historia de este pais cuenta ya mas de una página sangrienta de turbulencias y revueltas: ahora bien, no quiero sufrir ningun ataque á mi poder. Aquellos á quienes mis palabras y mis actos futuros desagraden, que prueben á oponer resistencia y veremos cuál de nosotros, ellos ó yo llevamos la razon.

—¿Sabeis, señor gobernador, le objetó uno de los presentes, que acabais de pronunciar quizá la sentencia de muerte de esta colonia? Sin duda ignorais que pasamos la vida defendiéndonos contra los caribes y los esclavos marrones. De estos últimos, dos gefes temibles, llamados Macaudal y Fabulé, tienen en estos momentos nuestras fuerzas en jaque. Cuando sepan la desunion que existe entre vos y los colonos, podeis tener por seguro que marcharán á la conquista de nuestras habitaciones por el saqueo, el asesinato y el incendio.

—En primer lugar, replicó la Varenne fijando en su memoria el nombre del audaz colono, si teneis

esclavos cimarrones culpaos á vosotros mismos, que sois unos amos crueles é injustos. Este pais no es tan vasto que no se pueda mantener fácilmente el órden y la paz, venga de donde venga la resistencia. Y sabed, en contestacion á las amenazas contenidas en el fondo de lo que llamais respetuosa observacion, que si es de parte de los blancos de donde viene la resistencia á mi autoridad, utilizaré en caso necesario esos dos temibles enemigos de vuestro reposo y vuestras propiedades, así como sabré defenderos contra sus agresiones si el derecho está de vuestra parte.

El marqués volvió la espalda y dejó á los colonos sumergidos en la mayor consternacion. Las imprudentes pala bras del gobernador circularon rápidamente por toda la ciudad, aquella misma tarde fueron conocidas en todas partes y hasta en el fondo quizá de aquellos bosques casi impenetrables á la sazon, y que servian de guarida á las bandas de negros cimarrones. Produjeron un sentimiento unánime de indignacion y los colonos al oirlas repetir de eco en eco respondieron con un quién vive general.

El dia siguiente de su llegada, Enrique de Autanne iba á ponerse en camino para la habitacion de su padre, situada en la aldea del Pescador, á alguna distancia de San Pedro, cuando se le acercó un jóven criollo que estrechando su mano con efusion le dijo tristemente.

—¡Ah! mi querido Enrique, ayer se han proferido lúgubres palabras que cubrirán con espesas nubes el cielo de este pais.

—Mi querido Buc, respondió Autanne, mas vale esa franqueza que una hipócrita benevolencia; pero aun no son mas que palabras...

(AVENTUREROS.)

—Temo los actos.

—Yo los deseo, así se acaba mas pronto con los hombres de accion.

—En hora buena, Enrique, veo que mostrais un corazon verdaderamente criollo.

—Manos á la obra: me encontrareis si es preciso.

—¿Quién sabe? dijo Buc suspirando. Ayer noche ya se observaron en los flancos del pico y de la montaña Paleo, hogueras encendidas de trecho en trecho por los cimarrones que evidentemente esperan ser ayudados ó sostenidos por M. de la Varenne. Estemos alerta. ¡Ah! ese malhadado gobernador debia haberse ahogado en la travesía.

—Muchas gracias; ¿y yo?

—Con tal que os hubierais salvado vos del naufragio: ya se entiende. Y á propósito, repuso de repente Buc; ¿quién es esa pasajera de la fragata que parece estar en intimas relaciones con M. de la Varenne?

—Esa pasajera...

—Mirad, allí la teneis en la ventana dirijiendoos miradas indefinibles. No se comprende si es amor ú odio.

Enrique levantó los ojos en la direccion indicada por Buc y vió á la condesa, á quien saludó friamente. En este momento pasaba junto á los dos jóvenes un hombre de vulgar aspecto que llevaba el traje de los enganchados, especie de esclavos blancos que servian temporalmente á los colonos propietarios. Habiendo visto y oido como Buc designaba la ventana donde estaba asomada madama de Saint Chamans, el enganchado levantó maquinalmente la cabeza. Su rostro pálido como el mármol espresó el mas profundo asombro.

—¿Quién decís que es esa muger, caballero? preguntó dirigiéndose á Enrique.

—La señora condesa de Saint Chamans.

—El hombre soltó una gran carcajada y añadió:

—Ya lo veremos.

—¿Qué quereis ver? preguntó Buc deteniendo por el brazo al enganchado.

—Quiero ver si esa que llamáis condesa es mi muger. ¡Que el diablo me lleve si me engaño!

El enganchado dejó á los dos criollos y se dirigió á la casa de madama de Saint Chamans. Esta, que no habia separado la vista del grupo de los tres personajes, se habia retirado aceleradamente de la ventana. Este movimiento de retirada que no les pasó desapercibido á Enrique ni á Buc, coincidía con la llegada del enganchado delante de la casa. Era evidente que la condesa habia experimentado un sentimiento de terror igual al asombro de aquel marido inesperado.

—¿No os parece cosa muy estraña, Enrique?

—En efecto: ¿y sabéis cómo se llama ese hombre?

—Sí; se llama Dubost.

—Pues bien, mi querido Buc, seguid de cerca y discretamente ese misterio, cuya primera palabra acabais de sorprender.

Los dos jóvenes se separaron. Buc se dirigió hacia la casa, á cuya puerta llamaba Dubost sin parar.

—Que tengais ó no el derecho de exigir que os abran esa puerta, lo que es por hoy estará cerrada para vos. Por consiguiente no os obstineis en vano y venid á hablar un poco conmigo.

—No, res pondian los negros. —Esta negra era la madre de Macandal, que no les
—No veis á mi hijo? —pregunta veinte veces repetida: grupo de los tres
los ojos para mirar á los dos negros y las dirija
una inquietud febril. De vez en cuando levantaba
corbeto, medio cubierto de harapos, se agitada en
peza desahada, crepsa y blanca como el vellon del
gra, de elevada estatura, desechugada, con la ca-
solas conocian. Al pie de este árbol una vieja ne-
gan hacia una lóla árbol, naciendo
los resplandores de la luna, los señeros que ellos
tancia que podian alcanzar y gracias á los capelletes;
en la copa de un árbol, estaban á la mayor dis-
para todo el campo. Dos negros que estaban de vista
dia anterior y esta ausencia era un motivo de temor.

III.
Durante la noche siguiente, en el fondo de uno
de los bosques que cubrian y cubren hoy los flancos
y la cima de la montaña Peleo, al pie de la cual
tiene su asiento la ciudad de San Pedro, un cen-
tenar de negros rodeaban un hogar de cenizas, de-
trás de un parapeto de rocas. Era el campamento
de una banda de esclavos cimarrones (1) mandados
por un mulato llamado Macandal, uno de los gefes
temibles indicados al marqués de la Varenne.

Este Macandal era precisamente esclavo del ca-
ballero de Autanne, padre del joven criollo pasaje-
ro de la fragata *El Valor*. Estaba ausente desde el

(1) No se ha fijado bien la etimología de la pa-
labra *cimarrón*. Se la hace derivar de la palabra espa-
ñola *marrano* ó de *cimarrón*, que significa mono. El
hábito de los esclavos fugitivos de vivir en lo interior
de los bosques justificaria la una ó la otra de estas eti-
mologías.

dia anterior y esta ausencia era un motivo de temor para todo el campo. Dos negros que estaban de vijía en la copa de un árbol estudiaban á la mayor distancia que podian alcanzar y gracias á los espléndidos resplandores de la luna, los senderos que ellos solos conocian. Al pié de este árbol una vieja negra, de elevada estatura, despechugada, con la cabeza desnuda, crespa y blanca como el vellon del cordero, medio cubierta de harapos, se agitaba en una inquietud febril. De vez en cuando levantaba los ojos para mirar á los dos negros y les dirijia esta pregunta veinte veces repetida:

—¿No veis á mi hijo?

Esta negra era la madre de Macandal.

—No, respondian los negros.

Y al oir esta contestacion la vieja prorumpia en
 oll ozos.

—Le habrán cojido! decia la negra arrancandose los cabellos y haciendo la señal de la cruz. Le habrán cojido; le habrán muerto!

Los dos vijías no bajaron de su observatorio hasta despues de ponerse la luna, cuando juzgaron inútiles sus servicios. Reinaba en el campo la mayor consternacion: los cimarrones guardaban el más profundo silencio. No se oian más que los sollozos, las invocaciones y los gritos de la negra. Nadie se hubiera atrevido á dirijirle una palabra de consuelo, porque no lloraba, rujia.

Sin embargo, no era la primera vez que Macandal se ausentaba de su campamento; pero jamás, salvo el caso de tomar las armas ó hacer expediciones, habia tardado tanto tiempo; y cuando esto ocurría llevaba muy buena escolta para vender cara su vida.

Era ya de día cuando Macandal se reunió con sus compañeros. Estrechando entre las suyas las manos temblorosas de su madre, la besó con efusión.

—¿De dónde vienes? preguntó la vieja.

—De casa de mi antiguo amo, respondió el mulato.

—¿A qué has ido allí?

—Tú sabes que desde la muerte de la escelente señora de Autanne, queria llevar mi pésame al caballero y á la querida señorita Autilia. No he podido hacerlo antes, y además, á bordo del buque que hemos visto en la mar, hace dos dias, y que ha traído al nuevo gobernador; se hallaba nuestro joven amo, el Sr. Enrique. Deseaba tambien felicitar á M. de Autanne por la llegada de su hijo.

—¿Los has visto?

—Sí, he comido á la mesa del señor, entre él y su hija.

—¿Estás loco, Macandal?

—No; ya comprenderás que no me han convidado; pero me he convidado yo. Han tenido que ceder, porque de hoy mas nadie opondrá resistencia á Macandal, teniendo un cómplice mas en el pais.

—¿Quién es?

—El nuevo gobernador.

La negra prorumpia en esclamaciones de asombro á cada palabra del mulato, y los negros le escuchaban atónitos y estupefactos.

—Despues de comer, repuso Macandal, he ido á casa de Lucinda...

—¿Es que te has empeñado en no dejar de ver á esa muchacha? interrumpió la negra en tono de resconvencion,

—¿Por qué? Es bella, joven, me ama y no veo una razón para rechazar su amor.

—Allí es donde te dejarás caer como en una red. Ya que tanto la quieres mejor sería que la hicieras venir aquí.

—No; es dichosa, sirve á la señorita Autilia, que no consiente que la regañen y que no permitiría que le diesen un bofetón. Me parece inútil privarla de la felicidad que goza para esponerla á los peligros de que vivimos rodeados. Y además, tú sabes que necesito tener relaciones allá. Lucinda es mi espía natural.

—¿Entonces has visto al señor Enrique?

—Sí, estaba oculto en la habitación de Lucinda cuando ha llegado. Es un gallardo joven, á fe mía, y lleva muy alta la cabeza: es el retrato de nuestra difunta señora.

El acento de ternura y de adhesión con que Macandal habia hablado de la familia de su antiguo amo, parecia contrastar singularmente con su posición de esclavo fugitivo, jefe de una banda de cimarrones, enemigos de los colonos. Pero no habia en ello nada que no fuese muy natural y conforme con el carácter de los negros. Bajo el punto de vista psicológico el negro es el sér mas fantástico y caprichoso de la creación. Si muerde á veces la mano que le colma de beneficios, tambien lame con frecuencia la mano que le castiga. Con él no hay que admirarse de nada.

Macandal estaba, pues, como acababa de decirlo, en la habitación de M. de Autanne, cuando Enrique llegó á casa de su padre.

En el momento en que entró el joven, el anciano caballero, oculto en lo interior de una pieza de su

casa, estaba sofocado por la cólera y se mostraba insensible á los consuelos que le ofrecia su hija.

—No, decia dándose golpes en el pecho, no soportaré nunca semejante afrenta!

Al oir la voz y los pasos de su hijo que resonaban en aquella casa, entregada poco antes sin defensa á un bandido, el anciano colono se irguió con energía y las caricias que prodigó á Enrique fueron al mismo tiempo acciones de gracias dirigidas al cielo que le enviaba, aunque tarde, un defensor.

—¿De qué afrenta hablabais cuando entré, padre mio? preguntó Enrique; ¿y por qué puerta puede entrar el deshonor en la casa del caballero de Autanne?

—Ahí, repuso este mostrando la mesa donde aun estaban los tres cubiertos; ahí, entre tu hermana y yo se ha sentado á la fuerza uno de mis antiguos esclavos, hoy fugitivo, que ha tenido la audacia de obligarme á esa hospitalidad, sin que mi brazo ya débil é impotente haya podido rechazarla. Doble afrenta, hijo mio, doble afrenta para tu anciano padre.

—¿Ese hombre os ha insultado á vos ó á mi hermana?

—No, hermano mio, se apresuró á responder la jóven.

—Si para tí el insulto está en la palabra y en el ademan, ese miserable no nos ha insultado, en efecto; pero la injuria está en la accion.

A Enrique le habia llamado en otro sentido la atencion la audacia de Macandal.

—¿Ese mulato, preguntó despues de un momento de reflexion, es hombre de energía y de recursos?

—Si supiera apreciar su propio valor, seria dueño de la colonia.

—¿Tiene graves motivos de odio contra vos, padre mio?

—No; me ha tenido y creo que aun me tiene afecto. Hoy ha llorado al recordar á tu pobre madre.

—Pues bien, exclamó de repente Enrique, si ese Macandal es tan inteligente, tan hábil, tan dueño, como decís, de esta colonia, felicitemonos de que no odie á nuestra familia: mirad, si quereis, como una afrenta, pero sin quejaros, el acto insolente y osado que acaba de cometer. A haberle sorprendido yo sentado á esa mesa, en el sitio que me habeis dicho, quizá le hubiera muerto; pero conozco que me hubiera arrepentido despues.

—¿Qué significa eso, Enrique?

—Esto significa, padre mio, que aun no sé contra quién tendremos mas que luchar, contra los negros cimarrones ó contra el marqués de la Varenne. Ojalá el porvenir desmienta mis temores! No procuremos profundizar fuera de sazón estos misterios. Macandal está mas cerca de lo que imaginais de tener realmente en sus manos la suerte de nuestro hermoso pais.

Hubo un momento de silencio. El anciano caballero, con los ojos fijos en el suelo, la frente pensativa y el corazon oprimido, miraba con tristeza el horizonte y su alma se sublevaba al propio tiempo á la idea de que para salvar su independencia, su dignidad, sus privilegios, los colonos se verian obligados á transijir con sus esclavos rebeldes.

Antilia contemplaba con candorosa admiracion á aquel hermano que no conocia y que se le presentaba.

(AVENTUREROS.)

taba por vez primera tan digno, tan apasionado y en la actitud heroica de un Dios vengador. No pudo reprimir un impulso de simpatía y se arrojó en brazos de Enrique, que cubrió de caricias su cabeza seductora. El corazón de Antilia había aspirado ya no sé qué llama de energía y resolución al calor de la ardiente palabra de su hermano.

—Padre mío, preguntó Enrique al anciano, que continuaba absorto en sus meditaciones: Macandal, aparte del capricho que ha satisfecho hoy y que no repetirá, ¿tiene algún otro objeto que le traiga aquí?

—Sí, respondió Mr. de Autanne: Lucinda, esa joven negra que ha acompañado á tu hermana á su cuarto, es su amante.

—De ese modo sabéis que Macandal viene con frecuencia á vuestra casa.

—Sí, y me veo obligado á tolerarlo fingiendo ignorancia.

—Haceis perfectamente, padre mío.

—Así será, ya que esa es tu opinión, hijo mío.

—Por lo que á mí hace, añadió Enrique para sí, procuraré granjearme el favor de Lucinda. ¿Quién sabe si me será necesario?



IV.

Es preciso que explique el origen del afecto de Macandal á la familia de Autanne y la causa de su desercion.

Macandal era hijo de un hermano del caballero que habia muerto en una expedicion contra los caribes. Esta especie de paternidad no ha tenido nunca consecuencias en el Nuevo Mundo y raras veces ha modificado la situacion del esclavo. Al heredar á su hermano M. de Autanne habia entrado en posesion de Macandal, que entraba en la sucesion: solo que el caballero habia mejorado su situacion poniéndole al servicio de su persona, en vez de obligarle á los trabajos de la tierra.

Una mañana que M. de Autanne habia ido á conducir sus negros á los campos y madama de Autanne visitaba y cuidada á los enfermos de la habitacion, la casa habia quedado sola y abierta á todo el mundo. Al penetrar en una de las piezas

Macandal vió á Antilia, que entonces tenía cinco ó seis años, dormida en una pequeña hamaca.

La mañana estaba húmeda por la lluvia que había caído abundantemente desde el día anterior. La niña, casi desnuda, había rechazado durante su sueño la ligera sábana que la cubría. Macandal se acercó á la hamaca para cubrir el cuerpo de la niña, y en el momento en que ponía la mano sobre la sábana, vió entre la tela de la hamaca y el pecho de Antilia una serpiente que las lluvias torrenciales de la noche habían arrastrado desde el interior de los bosques. El reptil había quedado como un despojo vegetal en la orilla de algún pequeño canal de los que cruzaban las tierras del caballero, y en las inmediaciones de la casa. Las manchas de lodo y arena que salpicaban su largo vestido amarillo, no dejaban duda sobre esto (1).

La humedad, que tanto temen las serpientes, la incertidumbre del nuevo terreno, donde de repente se había visto trasportada, sin duda la habían incitado á introducirse en la casa. Lastimada y entumecida por su carrera vagabunda, había buscado evidentemente un abrigo donde calentarse. Primera había trepado de mueble en mueble, dejando en

(1) La Martinica es una de las Antillas francesas donde hay serpientes, y se divide este privilegio con Santa Lucía. Se ha procurado introducir estos reptiles en Guadalupe, pero no han podido aclimatarse. Esta tentativa, que felizmente se frustró, fue, según unos, el efecto de una malevolencia apenas justificada por las represalias de la guerra de nación á nación. Otros pretenden que este malhadado ensayo tenía por objeto oponer su mas temible enemigo á los ratones que devastaban las plantaciones de cañas de azúcar. El hecho es que las serpientes no se aclimataron en Guadalupe.

todos ellos señales de su paso y en algunos, vestigios de una permanencia mas larga. Al fin se habia refugiado en la hamaca donde dormia la niña. Al contacto de su cuerpo habia encontrado un calor suave y se habia dormido formando una masa repugnante del volumen de un gato: su cabeza chata descansaba amenazadora en el pecho de Antilia.

Hay mas de un ejemplo de estas invasiones de serpientes en los sitios mas retirados de las casas. Algunas veces se introducen bajo las cabeceras ó las sábanas; y como de hecho la serpiente no ataca nunca al hombre, con tal que respeten su sueño, no siempre tienen malos resultados estas horribles visitas.

Macandal retrocedió aterrado; un sudor frio inundó su frente y se puso á temblar. ¿Cómo salvar á la pobre niña del peligro que la amenazaba? ¿Sacándola de la hamaca? Por rápida que fuese esta operacion, era esponerse á despertar á la serpiente y entregar á Antilia al suplicio de las crueles mordeduras del reptil, de las cuales podia resultar la muerte. ¿Matar á la serpiente? Macandal no tenia dónde hierirla. ¿Cómo hacerlo sin herir al mismo tiempo á Antilia?

Macandal permaneció algunos minutos en una angustia terrible, sofocado, con el corazon palpitante, y llevó la mano á sus ojos como para evitar este espectáculo terrible. No le quedaba mas que un medio supremo con el cual peligraba su propia existencia. Macandal apeló á todo su valor y sangre fria y dominando por un esfuerzo sobrehumano el temblor que agitaba sus miembros, se acercó á la hamaca, se remangó hasta el hombro la manga de la camisa y alargó el brazo, retirándolo instintivamente.

vamente la primera vez. Entonces se pasó la mano por la frente cubierta de sudor; después alargó otra vez el brazo hacia la serpiente, cuya cabeza separada del bloque fétido que formaba su cuerpo enroscado en espiral, descansaba sobre el pecho desnudo de Antilia.

Macandal se resolvió por fin, cojió el reptil á la altura de las mandíbulas apretando los dedos como tenazas y lo sacó rápidamente de la hamaca. Al mismo tiempo pidió socorro con voz que el dolor y el espanto hacían formidable.

La serpiente se había enroscado ciñendo con sus terribles anillos el brazo del mulato y golpeando sus hombros con su cola irritada, que producía el efecto de un látigo. Por poderosa que fuese la presión de Macandal, la serpiente ponía en juego toda su fuerza en esta lucha desesperada. Un estremecimiento que amenazaba acabar con su energía, paralizaba los dedos del mulato ceñidos junto á la cabeza repugnante del reptil, cuyas fauces abiertas y viscosas mostraban los agudos colmillos que destilaban el veneno.

Al grito que dió Macandal, Antilia se despertó. Aterrada por el peligro en que se hallaba y sin sospechar, sin embargo, que se había librado de él, la niña corrió hacia el mulato, quien la rechazó tan violentamente con el brazo izquierdo que fue á dar de cabeza contra un mueble y se desmayó bañada en su sangre. Macandal temblando de rabia y espantado con el espectáculo de la pobre niña tendida en el suelo, procuraba inútilmente libertar su brazo de la presión formidable de la serpiente, cuya flexibilidad de acero hacia inútiles todos sus esfuerzos.

¿Qué resultado iba á tener este duelo formida-

ble? El esclavo, fatigado ya, sentia disminuir la presion de sus dedos y le parecia que la cabeza viscosa del reptil resbalaba insensiblemente bajo su mano. Como ninguno llegase á pesar de sus gritos, desesperado y casi loco de espanto y de dolor, echó á correr fuera de la casa enarbolando el brazo lastimado por los anillos de la serpiente, que de cuando en cuando se desenroscaba para enlazar á su enemigo con mas fuerza.

Esta lucha habia durado menos tiempo del que he necesitado para referir todas sus peripecias: un minuto que pareció un siglo.

A diez pasos de la casa Macandal encontró un negro que tomó la fuga espantado, dando gritos siniestros. En su fuga el negro dejó caer un cuchillo largo que llevaba en la mano. Macandal se bajó, cojió el arma, y á riesgo de herirse el brazo, cortó por la mitad á la serpiente, cuyo trozo mutilado rebotó en el suelo. La otra mitad del cuerpo que quedaba vivo se puso mas furiosa; sus evoluciones repugnantes, pero impotentes ya, tenian algo de prodigiosas y deslumbraban la vista del mulato, cuya sangre se mezclaba con las repugnantes secreciones del reptil. Macandal cojió entonces una piedra, apoyó la cabeza de la serpiente en el tronco de un árbol y le dió un golpe vigoroso que la aplastó completamente.

El jóven mulato dió un grito de alegría y se fue á un arroyo á lavarse el brazo, en el cual la baba de la serpiente habia dejado innobles huellas. Al instante volvió á casa y halló á madame de Autanne, ocupada con la niña Antilia, que intentaba en vano referir la escena que habia presenciado. Madame de Autanne vendó por su mano la herida del mulato y

le dió las gracias con los ojos arrasados en lágrimas.

Desde aquel día dató el afecto de Macandal á madame de Autanne y al propio tiempo cobró á Antilia el cariño que engendra un servicio dispensado con peligro de la vida; porque en este caso parece que la criatura á quien se ha librado de la muerte es como un hijo.

Durante los ocho años que siguieron á este suceso, Macandal no dió ninguna prueba mas de la gran energía que habia mostrado en circunstancia tan terrible, y se dejó llevar de una pereza que le valió reconvenciones á las cuales se mostró perfectamente insensible. El afecto particular que le mostraba Antilia, la indulgencia maternal de madama de Autanne, le habian evitado hasta los mas leves castigos. Asi se habia habituado á la impunidad hasta que un día M. de Autanne, en un momento de cólera, le abofeteó en presencia de Lucinda, cuya gloriosa conquista intentaba á la sazón.

El orgullo de Macandal no pudo resistir esta humillacion y la sangre hirvió en sus venas. Aquella tarde, con la frente apoyada en sus dos manos, sentado en el tronco de una palmera, delante de una choza donde esperaba á Lucinda, el jóven mutilado recorrió uno por uno los años que habia pasado al abrigo del afecto y de la indulgencia de sus amos. Buscaba un recuerdo, un pretexto para alimentar el deseo de venganza que ardia en el fondo de su corazon; mas no encontraba, por el contrario, sino pruebas de bondad dispensadas en recompensa de un servicio heróico. ¿Pero este servicio habia recibido el premio debido y no merecia mas que una esclavitud perpétua por suave que fuese?

Macandal se acordó también del negro que había huido tan cobardemente en presencia del peligro que él arrostraba y se puso á reflexionar si había entre ellos alguna diferencia. En su pensamiento y en su conciencia había una y sin embargo M. de Autanne le había abofeteado como hubiera podido hacerlo con aquel negro cobarde y tímido.

Al recordar su humillación, Macandal se levantó resueltamente y dijo con voz sorda.

—Esta misma noche me haré cimarrón!

Así que vió venir á Lucinda corrió á su encuentro y estrechándola con ternura contra su corazón:

—Lucinda, le dijo, dentro de una hora ya no estaré en la habitación.

—¿A dónde quieres ir, Macandal?

—Me hago cimarrón....

—¿Me llevarás contigo? preguntó la negra.

—No, Lucinda, al menos por ahora. Yo no sé qué vida llevan los cimarrones en los bosques; pero es indudable que hay peligros, miserias y luchas que es preciso conocer, antes de esponer á las personas amadas.

—Haré lo que quieras, respondió Lucinda, y aunque haya de ser muy larga nuestra separación, la sufriré con valor. Cuando quieras que vaya á reunirme contigo, dímelo.

—Bien está, Lucinda; abracémonos: quizá en mucho tiempo no nos volveremos á ver. Ama á los señores, porque son buenos; cuida de la señorita Antilia y guárdale fidelidad y afecto, como yo se lo he guardado. Si algun día en un momento de cólera te hacen sufrir una humillación semejante á la que me han impuesto esta mañana, guardarás memoria de

(AVENTUREROS.)

ella, menos para vengarla que para probar la ingratitud de aquellos á quienes servimos, aun á costa de nuestra vida.

Este lenguaje de Macandal deslumbró un poco el espíritu sencillo de Lucinda, quien miró al mulato con sorpresa y admiración. La joven aceptó sin murmurar el papel de cómplice á que la condenaba la fuga de Macandal.

—Todas las noches, le dijo al separarse de él, vendré á este mismo sitio y á esta hora á esperarte. Cuando creas prudente venir lo tendré á gran dicha, y aunque solo estés un minuto despues de cien noches de ausencia, te agradeceré que te hayas acordado de mí.

Lucinda volvió á casa de su amo, sin mirar atrás, por temor de que le faltase el ánimo. Macandal la siguió con la vista y cuando la negra desapareció, tomó el camino que conducia á los grandes bosques del monte Peleo, caminando toda la noche sin tomar aliento hasta que se creyó á salvo de toda persecucion.

Una vez seguro de su libertad, Macandal se detuvo en el sitio mismo donde hemos descrito su campamento. Era una posicion formidable, situada en uno de los repliegues mas profundos y escondidos del monte Peleo.

Desde lo alto del enorme bloque de rocas negras, detrás de las cuales hemos presenciado la escena del regreso de Macandal al campamento de los cimarrones, y dando frente al mar, se dominaban todos los caminos que conducian á la montaña, siendo la ciudad de San Pedro el centro de estos radios. El mulato sumerjió con una especie de éxtasis su mirada en la profundidad del horizonte que se pre-

sentaba á su vista y en el océano de verdura que se extendía á sus piés.

Después de examinar el sitio, Macandal se cercioró de que aquel baluarte de rocas, al rededor de las cuales la mano del hombre habia derribado por el lado de los bosques un gran número de árboles en un espacio considerable, habia servido ya sin duda de refugio á una banda de negros cimarrones. Algunos restos de comida, ruinas de *ajupas* ó cabañas, cubiertas ya de altas yerbas y algunas armas tomadas de orin, no admitian duda sobre este particular. Solo extrañó Macandal que una posición tan bien fortificada hubiera sido abandonada á que los que la ocupaban se dejaran desalojar.

—¿Qué importa? dijo para sí; este sitio es seguro, debe ser conocido, y una vez encontrado no se le puede olvidar. Los que le han habitado volverán de seguro. Esperemos.

El mulato habia discurrido bien y su paciencia quedó recompensada. En efecto, la semana siguiente dos negros, conducidos por un caribe, se reunieron con Macandal, á quien dijeron que un número bastante considerable de esclavos que se habian hecho recientemente cimarrones y algunos otros que habian reconquistado una libertad comprometida hacia poco, iban errantes por los bosques, los unos en busca de su antiguo refugio y los otros de un abrigo.

—¡Ya lo sabía yo! exclamó Macandal con gozo; traedme los todos, añadió, y desafío á los blancos á que nos cojan aquí?

Al cabo de un mes Macandal contaba ya cincuenta soldados en su batallón de bandidos, medio caribes, medio negros. Ninguna de sus predicciones

habia salido fallida acerca de la tentacion que la madriguera de la montaña Peleo podia escitar á los pasajeros.

Macandal conocia por otra parte los impulsos naturales de los esclavos. Sabia que el estado de cimarron era el sueño de todos, y si él no lo habia puesto antes en práctica, en la disposicion de ánimo en que estaba entonces, era por indolencia y porque le habia faltado la ocasion, ó por mejor decir, el pretesto.

En efecto, el dia despues de introducirse la esclavitud en nuestras colonias, los cimarrones existian ya. La dureza de ciertos colonos por una parte y por otra el sentimiento natural de la independencia, obligaron á los negros á la fuga. Los recursos que les ofrecian las inmensas y enmarañadas soledades de un pais apenas poblado, las probabilidades casi seguras de impunidad, la proteccion interesada de los caribes, fueron otras tantas causas que alimentaron entre los esclavos el deseo y la necesidad de romper sus cadenas.

El número de los cimarrones habia ido engrosando siempre y eran ya para los colonos un motivo sério de inquietud, tanto mas cuanto que sus instintos feroces se desarrollaban con la vida libre de los bosques. Los tratados de paz tantas veces firmados y tantas veces rotos, entre los colonos y los caribes, siempre habian tenido por cláusula final la restitution por estos últimos de los esclavos cimarrones. A cada uno de estos tratados se hacia una racia abundante de negros entregados por los mismos caribes, pero al dia siguiente de la inevitable ruptura del tratado, los cimarrones volvian á presentarse y los caribes abrian los caminos á aque-

llos fugitivos que iban á descubrirles el secreto de los colonos y revelarles los preparativos de ataque ó los medios de defensa.

Las tradiciones del estado cimarron se habian perpetuado, pues, en medio de aquellos bosques donde aun no habia penetrado la civilizacion. Los campamentos desiertos el dia anterior, se volvian á poblar de repente al otro dia; el hogar apagado se volvia á encender, las armas ocultas provisionalmente bajo tierra, volvian á brillar al sol. Casi siempre volvian á encontrarse los mismos en aquel punto de reunion de los rebeldes, de la independendencia y de las luchas bárbaras.

La historia de los combates, de los odios, de los complots estaba escrita en cada uno de los árboles que daban sombra á aquellos sangrientos campos de batalla.

Unidos á los caribes, los cimarrones hubieran podido hacer mucho daño á los colonos. Abrigados detrás de sus trincheras gozaban de una completa seguridad; sus ataques hubieran podido ser formidables, sin ser difícil su defensa. Esto mismo habian comprendido los colonos y así se apresuraron á conceder el perdon á los esclavos fugitivos que consentian entrar otra vez en el redil.

Si despues, cuando las ideas generosas y fecundas de libertad y de emancipacion general germinaron entre los esclavos, los cimarrones hubieran dispuesto de unos medios de defensa tan completos, la esclavitud no hubiera durado medio siglo en el Nuevo Mundo.

El gefe que hasta entonces les habia faltado, lo hallaron los negros cimarrones en Macandal. A la verdad, ninguna idea grande y generosa germinaba

en la cabeza de este mulato. No tenía ninguna mira política; no abrigaba ninguno de esos sueños que al día siguiente de una victoria cambian á veces en héroe á un bandido y lavan los crímenes del pasado en el prestigio del triunfo.

Como todos sus antecesores, Macandal no llegó á desempeñar este papel atrevido y peligroso, si no guiado por el sentimiento de la independencia personal; pero aventajó á los otros en el mando enérgico ejercido con sus compañeros de fuga, por su valor de león, su rara inteligencia, su audacia sin ejemplo y su espíritu de organización que había convertido aquella banda de cimarrones en un verdadero ejército disciplinado, sumiso y dispuesto á todo. Aquellos desgraciados que habían huido de la esclavitud feliz y tranquila, no sospechaban al parecer que habían cambiado sus cadenas por otras mas pesadas, su esclavitud laboriosa por otra esclavitud llena de peligros, de luchas y de inquietudes.

En el momento en que tomó la fuga Macandal tenía veinticinco años próximamente. Era fornido como un Héctor; su pecho siempre desnudo hubiera llevado fácilmente la coraza de un gigante. Los músculos de sus brazos eran de hierro; su cabeza enorme y desmesuradamente abultada por los cabellos crespos, parecía una cabeza de león; sus facciones eran realmente bellas; sus ojos inteligentes imponían respeto y miedo al propio tiempo.

Sus labios gruesos y su boca grande, guarnecida de dientes blancos como el marfil, imponían el mandato con la fuerza del trueno; su voz tonante como un clarín, hacía temblar á los negros, y los ca-

ribes se echaban boca abajo en su presencia como si estuvieran delante del «Espíritu del Terror.»

Macandal era, sin embargo, objeto de idolatría para los esclavos cimarrones, que si no le habían elegido por jefe, le habían aceptado al menos. No había encontrado mas rival que Fabulé, jefe de la otra banda de esclavos cimarrones. Este Fabulé, á quien pronto veremos desplegar sus medios de acción, tenía un odio profundo á Macandal, porque reconocía la superioridad de su inteligencia y también porque Macandal era mulato y Fabulé africano.

Este odio recíproco de los dos jefes cimarrones había producido ya sangrientas luchas, y el sueño de cada uno de ellos era poder algún día capturar á su adversario para entregarlo á los colonos. No sospechaban que debía llegar un momento en que este antagonismo bárbaro serviría á los proyectos de los partidos que agitaban la colonia.

El marqués de la Varenne parecía que estaba emperado en anticipar este momento fatal, porque no había faltado á la funesta promesa que se había hecho á sí mismo. Su conducta con respecto á los colonos había correspondido completamente á su discurso del primer día. Había aplicado á la administración de la colonia todas las medidas insensatas que el orgullo forrado en el despotismo mas humillante puede inspirar; no había querido respetar ni las tradiciones, ni los hábitos, ni la religión, ni las preocupaciones de los colonos, y los había insultado en su vida social, hiriendoles en el corazón.

Esta conducta, contra la cual un buen sentido hubiera podido ponerle en guardia, había encontra-

do su ardiente alimento en su pasión por madama de Saint Chamans, que le habia convertido en instrumento de todas sus venganzas de muger herida en su amor propio, y tambien de esos proyectos misteriosos que el carácter de la Varenne secundaba maravillosamente.

Las relaciones del marqués con la condesa eran ya ostensibles. Esta, suntuosamente alojada en San Pedro, servida por un egército de esclavos, ostentaba un lujo insolente al que apenas bastaban las prodigalidades de su amante por un lado y por otro su desvergüenza. Esta muger, que pronto conoceremos mas á fondo, habia sabido por medio de hábiles mentiras y los ardides de su coquetería, sorprender la credulidad de dos ó tres ricos mercaderes de la colonia, que le habian abierto su caja.

Mientras los engañaba hasta el punto de inocularles una ciega confianza en su supuesta nobleza, en sus relaciones de familia, en su fortuna problemática, explotaba á los escépticos y á los indiferentes por medio de clandestinos contratos que no siempre los ponian á cubierto de los castigos á que los esponian las caprichosas ordenanzas del marqués de la Varenne.

De este modo habia llegado madame de Saint Chamans á engañar á todo el mundo sobre el origen de los recursos de que disponia y que parecian inagotables. Las prodigalidades de la Varenne le servían, á los ojos de aquellos banqueros complacientes, para aparentar una fortuna cuya cuantía ponderaba sin cesar; las gratificaciones vergonzosas que exijia á los delincuentes, así como los préstamos hábilmente arrancados á los banqueros de San Pedro que llevaba uncidos á su carro, deslumbraban

al gobernador, á quien nada parecia bantante para una muger de tal calidad. La condesa habia desplegado, en fin, para conseguir su objeto, toda la habilidad de los mas refinados caballeros de industria.

Además habia encontrado un cómplice discreto, adicto y complaciente de todas sus infamias y mentiras, en su propio hermano, llegado á la Martica en el mismo buque que su marido. Este hermano era una especie de maton, aventurero sin inteligencia, que habia pasado al Nuevo Mundo para continuar con mas impunidad que en el antiguo su vida de pereza, de crápula y de rapiña; hombre de vida airada á quien pesaba ya la existencia monótona á que lo condenaba el reposo de que gozaba la colonia. El gobierno del marqués de la Varenne iba á dar alimento á sus vicios, y auguró bien del porvenir desde que la casualidad le colocó en presencia de su hermana del mismo modo que habia colocado á Dubost.



V.

La puerta de madame de Saint Chamans fue más hospitalaria para Maubrac (este era el nombre de su hermano), que para el marido; porque aquel había sido siempre el ojo derecho de su hermana, á causa de su condicion perversa. Ya se sabe que este privilegio de la simpatía está reservado á los bribones. Maubrac había tenido sobre Dubost la ventaja de no haber confiado á nadie, en medio de su sorpresa, el descubrimiento feliz que acababa de hacer en la persona de su señora hermana.

Hé aquí de qué suerte ocurrió este feliz hallazgo.

Habiendo oido hablar de la maravillosa ostentacion de lujo de la condesa, de su belleza y elegancia que causaban gran sensacion, Maubrac se dejó llevar primero de un impulso de curiosidad y quiso ver de cerca aquella *reina de pacotilla*, como la llamaban, de que el antiguo mundo había querido desprnderse en favor del nuevo. Despues Maubrac había hecho esta reflexion:

—Es imposible que no haya en esto algo que ganar por la fuerza de los puños, la punta de la espada ó la flexibilidad de la espalda. No se habla tan mal de una mujer, ni un país entero la odia de ese modo, sin que necesite un protector ó un vengador. Vamos á ver: es una aventura como otra cualquiera.

Maubrac salió del fondo de su madriguera, situada á la entrada de los basques, en el límite que separaba el estado de civilización del estado salvaje. Allí vivía en relaciones simultáneas con los negros cimarrones, los caribes y los colonos, no habiendo jamás, por su propio interés, hecho traición á los unos ni á los otros, circunstancia á que debía la impunidad que le había defendido hasta entonces.

Maubrac, vestido con lo mejor que tenía, y la espada al cinto, se paseaba con la cabeza baja por delante de los balcones de Mad. de Saint Chamans, discurriendo el medio de penetrar en la casa, cuando al levantar la cabeza se encontró su mirada con la de la condesa que estaba asomada á la ventana. Maubrac se restregó los ojos para cerciorarse de que no le engañaba la vista, y al propio tiempo que se acercaba sin empacho para llamar, la puerta se abrió precipitadamente y se volvió á cerrar al momento. Una mano le cogió del brazo y le condujo á una estancia retirada.

—¿Hermano mío, ¿eres tú? exclamó la condesa colgándose del cuello de Maubrac.

El aventurero contestó con un abrazo sincero á la tierna expansión de su hermana.

—Sin duda, le dijo, que la casualidad es un buen diablo y tiene á veces inspiraciones felices!

Maubrac refirió á su hermana el objeto interesa-

do que habia tenido al creer que se dirijia á una persona estraña.

—No te pido esplicaciones, dijo á Mad. de Saint Chamans; lo que veo y lo que sé me basta. Tú debes necesitar ó necesitarás de mí algun dia; por consiguiente aquí me tienes completamente á tus órdenes.

Mad. de Saint Chamans no se tomó la molestia de calmar unos escrúpulos que su hermano no podia abrigar.

—Sí, en efecto, le dijo; necesitare de tí sin duda alguna; pero para que me sirvas como conviene, es fuerza que abduques tu titulo de hermano, al menos públicamente.

—Como quieras: no hay sacrificio que no esté dispuesto á hacer por servirte. Abdico; pero ¿cuánto me darás por la corona que pongo á tus piés?

—Lo que quieras: ya arreglaremos esa cuenta. No siendo ya de mi familia, serás un amigo de mi hermano, que me ha sido recomendado. Mi proteccion te saca naturalmente de la miseria en que vives: pasas á ocupar el rango de favorito y quedas nombrado primer gentil-hombre de mi casa. En una palabra, tendrás todos los honores y dignidades que puedas desear.... con tal que no seas mi hermano fuera de estas cuatro paredes.

—Responder á tus proposiciones, mi querida hermana, seria repetir una por una tus palabras. Me limito, pues, á decir que acepto el papel que quieras confiarme.

—¿Bajo qué nombre te conocen aquí?

—Bajo el nombre de Maubrac; un nombre roto por el codo como la casaca que ves. Casaca nueva y nombre llamante no me vendrán mal.

—Tomarás, ó por mejor decir, recobrarás desde hoy tu título de caballero, añadiéndolo á tu nombre, que no suena mal.

—Lláname desde ahora caballero de Maubrac!

Dos horas despues Maubrac, vestido de nuevo, con el estómago en lastre, erguida la cabeza, la sonrisa en los lábios, la mano en la empuñadura de la espada, se paseaba con soberbia por las calles de San Pedro, refiriendo á todo el que pasaba el increíble suceso de su llamada restauracion. La fábula era fácil de poner en circulacion en un pais y unos tiempos en que los cámbios de fortuna tales como el que Maubrac suponía, eran muy comunes. Caballeros de la mas elevada alcurnia habian pasado por la miseria ó se hallaban aun sumidos en ella.

Algunas hablillas que circularon entre los colonos irritados habian llegado ya á oídos del favorito; pero este no quiso empezar tan pronto su oficio de matachin, y no se dió por entendido, dejando para mas tarde la revancha. Lo único que hizo fue recoger todas las hablillas y críticas que pudo para tener á su hermana al corriente de las antipatías que inspiraba ella y sobre todo el marqués de la Varrenne.

—Creo, dijo á la condesa al volver á su casa por la noche, que tendré mucho que hacer el dia que me permitas sacar la espada. Pero tambien es preciso que seamos justos; ese marqués de la Varrenne no me acomoda: será causa aquí de alguna desgracia y comprendo que le odian los colonos. A no encontrarte por una feliz casualidad me hubiera puesto de estos contra el gobernador.

—No olvides nunca, respondió la condesa con tono amenazador, que esos mismos colonos, odien ó

no al gobernador, cosa que me importa poco, haber hecho á tu hermana la mas sangrienta injuria.

—¿Qué injuria, Claudina?

—Les he dispensado el honor de llamarlos á mi lado, de abrirles las puertas de mi casa, y se han desdenado de acudir á mi invitacion y de pisar los umbrales.

Maubrac, con un movimiento rápido, semi-serio, semi-grotesco, tiró de la espada y desde la ventana entreabierta pasó una mirada provocadora por la ciudad de San Pedro.

—Momento vendrá en que utilice ese generoso impulso, hermano mío: tranquilízate, que no perderemos nada por esperar.

Desde los primeros tiempos de su llegada á la Martinica, una de las ambiciones de madama de Saint Chamans habia sido en efecto, atraer á su salon una corte enmedio de la cual pudiera ostentarse con toda la influencia de aquella fortuna vergonzosamente adquirida, pero cuyo origen sabia disimular. La condesa habia esperado para conseguir este resultado, en la vanidad de los criollos muy sujetos á esta especie de tentaciones, pero no habia contado con el sentimiento de su dignidad y su odio al despotismo. Su ilusion duró poco. La colonia le volvió la espalda, ya á causa de sus relaciones con la Varenne ya por la tiranía de éste, cuya codicia atribuian muchos, no sin razon, á la condesa.

Madama de Saint Chamans no habia querido renunciar á sus pretensiones y á sus esperanzas; pero aparte de los dos ó tres mercaderes que habia cogido en sus redes y de algunos aventureros íntimos amigos de Maubrac, á quienes no hubiera recibido en

su casa á no ser por los proyectos que fundaba en ellos, la condesa habia visto con despecho su casa resplandeciente de luces y de flores, desdenada por los que queria atraer á sus salones. Y si madama de Saint Chamans habia mostrado tal persistencia en su ambicion no era por satisfacer el gusto y el orgullo: su esperanza mas ardiente era atraer á su casa á Enrique de Autanne y á Dubue. Con este objeto habia encargado á sus mas intimos parciales que llevasen á toda costa á sus salones á los dos jóvenes criollos. A esta victoria daba una importancia que no carecia de interesado egoismo.

El lector recordará la extrema impresion que la presencia de Dubost produjo á la condesa cuando le vió conversar con Enrique y Dubue á su llegada á San Pedro. Este encuentro, que no dejaba de producir graves temores á madama de Saint Chamans, le hacia temer que una orden infielmente ejecutada por sus esclavos, ó tal vez una sorpresa, hiciese penetrar á Dubost en su casa. Tenia razones, de que despues hablaremos, para no contar con la discrecion y la adhesion de Dubost, tanto como con las de Maubrac. El gozo de M. d. de Saint Chamans fue muy grande al saber por boca de su hermano que Dubost habia desaparecido de la colonia, donde estaba pregonado como desertor.

Pero lo que la condesa temia era que Dubost antes de su fuga hubiera hecho alguna revelacion á Dubue, y este era el secreto del ardiente deseo que tenia de volver á ver á este y á Enrique de Autanne.

Su paciencia y su obstinacion obtuvieron recompensa. Apremiado por los continuos ruegos que le hicieron y cuya verdadera intencion no comprendió

al principio, Dubuc se decidió al fin por curiosidad, que no estaba exenta de malicia, en acceder á los deseos de la condesa.

En el momento en que vió entrar á Dubuc en su salon, Mad. de Saint Chamans hizo asomar á sus labios la mas encantadora sonrisa, pero sin poder defender su rostro de una lívida palidéz y estremeciéndose de piés á cabeza.

Habiéndose inclinado el jóven criollo en su presencia con una cortesía llena de gracia y de respeto, Mad. de Saint Chamans se tranquilizó un poco. Su mano temblaba, sin embargo, cuando la tendió á Dubuc, quien al inclinarse para poner en ella sus labios, murmuró estas palabras:

—Si temblais de esa suerte porque estais descontenta de mí, haceis muy mal, señora. Si es de emocion, puedo tranquilizaros cuando gustéis....

—Ahora mismo, Mr. Dubuc, dijo la condesa tomando aceleradamente el brazo del jóven.

No tuvieron que andar mucho para encontrar un sitio reservado en aquella casa desierta.

—Yo esperaba, Mr. Dubuc, dijo Mad. de Saint Chamans, que vendriais acompañado de Enrique de Autanne. Hubiera tenido mucho gusto en renovar con él unas relaciones iniciadas apenas, durante una travesía en que nos hallábamos uno y otro en un estado violento.... ¿por qué no ha venido Mr. de Autanne?

—Señora, Enrique es tan buen hijo como buen hermano: su anciano padre está achacoso y casi privado en un sillón, y su hermana Antilia no es ya bastante para proteger y cuidar al caballero de Autanne. Seria preciso un deber muy imperioso para arrancar á Enrique de ese puesto de honor, colocado

entre un anciano y una niña.... Un placer y un honor que con las dos cosas que ofreceis á los que vienen á vuestras casas, no bastarian para atraer á Eprique.... ni aun para acompañarme á mi, que soy su mejor amigo.

—Es un excelente jóven, dijo la condesa, y lo que me decís aumenta la simpatía que siempre me ha inspirado.

—Así se lo diré, condesa, respondió Du Buc inclinándose.

—Dicen que os casais con su hermana.

—Y dicen la verdad, señora: es una dicha que es pero conseguir muy pronto.

—Es una bellísima persona la señorita de Autanne: la ví un dia en San Pedro y observé que llamaba mucho la atencion. M. de la Varenne me ha hablado con entusiasmo de la señorita Antilia.

Aquí hubo un momento de silencio ocasionado por la horrible turbacion de la condesa, que poniéndose de repente una máscara risueña:

—A propósito, Mr. Du Buc, exclamó, ¿quién era aquel hombre con quien hablávais debajo de mis ventanas el dia siguiente de mi llegada á San Pedro?

Du Buc aparentó ignorancia y admiracion.

—Aquel hombre, repuso la condesa, que se paró donde estabais en el momento en que M. de Autanne y vos ibais á separaros....

—No me acuerdo, dijo Du Buc.

—Pues le cojisteis del brazo cuando llamaba á mi puerta con una obstinacion muy fuera de lugar.

—Es posible, repuso el criollo; pero en ese caso no hubiera hecho mas que mi deber librándoos de un importuno.

(AVENTUREROS.)

Al decir estas palabras, Du Buc procuró librarse de la sujecion en que le tenia el brazo de la condesa enlazado con el suyo.

—Os doy gracias por la galantería, repuso madama de Saint Chamans; pero no se limitó á eso vuestra intervencion y es imposible que hayais olvidado por completo ese incidente, porque despues os fuisteis con aquel hombre.

—Vamos, dijo Du Buc, resignándose en la apatencia, veo que teneis una memoria que destruye las mas firmes resoluciones.

—Veamos.

—El hombre á quien aludís estaba loco... loco de remate.

—¡Ah! ¿y qué os ha contado?

—Tonterías capaces de hacer dormir á un muerto.

—¿Qué tonterías?

—¿Pues no se empeñó en que erais...? Dispensad, condesa, yo no sé si debo repetir las insolentes palabras de aquel tunante....

—Hablad, hablad, yo os lo ruego, dijo madama de Saint Chamans con una curiosidad candorosa, perfectamente finjida.

—Pues bien, continuó Du Buc aparentando que se dejaba arrancar las palabras una á una, aquel loco se imaginó que erais su muger.

—¿Su muger? murmuró la condesa con una admiracion llena de candor.

—Sí, nada menos que su muger, quien al decir de aquel miserable ha sido camarera en casa del presidente Lamoignon, siendo el peluquero de la casa....

—Como comprendereis, M. Du Buc, esa equivocacion no deja de ser lisonjera para mí.

La condesa pronunció estas palabras con el tono y la sonisa de una gran señora en quien no puede hacer mella un chisme de lacayo; tanto, que hizo vacilar al criollo.

—Este principio, añadió Du Buc, despertó mi curiosidad; y como Dubost, que tal es el nombre de ese pobre loco, me parecía dispuesto á seguir la broma, le di cordelajo para que me hiciera....

—¿Confianzas?

—Si es que así pueden llamarse las tonterías que me dijo.

—Veamos, veamos; no me desagrada oír mi historia.... su efigie.

—Enhorabuena.... Pues bien, Mad. Dubost, porque no quiero haceros la injuria de pensar en vos al referiros esta novela; Mad. Dubost hubo de prestar gran ayuda á M. de Lamoignon en las odiosas espoliaciones que se le atribuyen contra los mercaderes, en aquellas famosas cámaras de injusticia que presidió.

Du Buc miraba oblicuamente á la condesa, cuyos lábios no dejaban de sonreír. Esta por su parte fijó en el impasible Du Buc, sus ojos que expresaban la admiración y la incredulidad y en los cuales no brilló un relámpago de cólera ni se observó una nube de inquietud.

—Continúa, dijo al criollo; la historia me divierte infinito.

—Dubost, repuso el criollo, me refirió entre otros el episodio de un tratante llamado Bou.... Bour....

—Bourvalais?

—El mismo.

—Lo he conocido mucho; era un antiguo lacayo enriquecido; hombre muy hábil y que había aprendido

muy bien de su amo el arte de llevar la casaca y tomar tabaco: un mono de buenos modales. Esas gentes son notables para la imitacion. ¿Y qué? ¿qué le sucedió á Bourvalais?

—Bourvalais habia sido sentenciado por la cámara de justicia á una multa de un millon doscientas mil libras. Metiósele en la cabeza á Dubost ir en su busca y le propuso, med ante un trago de vino de trescientas mil libras, hacerle borrar de la lista de los multados. Conociendo la cupidez de M. de Lamoignon, su plan era partir con su amo las trescientas mil libras, con la condicion de borrar en efecto, á Bourvalais de la lista fatal.

—¿Y qué sucedió entonces? preguntó madama de Saint Chamans.

—Sucedió que Mr. de Lamoignon, repleto ya por un número de prevaricaciones del mismo género, no habia codiciado de la inmensa fortuna de Bourvalais y de su lujoso mueblage mas que dos cubetas de plata, dos obras maestras del cincel, destinadas á refrescar el vino. Para obtenerlas encargó á Mad. Dubost que hiciese á Bourvalais la proposicion de perdonarle la multa, mediante la entrega de las dos cubetas de plata. Pero aquella diestra muger, considerando que el precio era demasiado bajo, habia estipulado además una cantidad de ciento cincuenta mil libras, que le fueron muy bien contadas por Bourvalais, quien se dió por muy contento de librarse de la espoliacion y el destierro á tan poca costa.

—¿Sabeis que eso es muy diestro? murmuró madama de Saint Chamans.

—Dubost se quedó estupefacto cuando el tratante le respondió que se habia arreglado hacia dos horas

con una persona del servicio del presidente. El lacayo furioso corrió al instante á denunciar el hecho á M. de Lamoignon, quien obligó á la indiscreta camarera á hacer entrega del dinero en provecho propio, por supuesto. Pero la recompensó, á lo que parece, por su habilidad, tomándola por querida.

—Esa recompensa, dado que lo fuese, estaba muy bien ganada, ¿no es verdad?

—Seguramente. En cuanto á Dubost, por temor de que revelase el secreto, fue condenado, bajo no sé qué pretexto, á galeras, de donde logró escapar volviendo á las islas. Ved si tenia razon en deciros que era una historia de loco.

—Todo eso puede ser muy posible, murmuró la condesa. Pero si por efecto de una de esas semejanzas que la casualidad esplica algunas veces, ese pobre diablo ha creído ver en mi á su muger, debe haberse admirado y maravillado mucho al verme gran señora y en el rango en que estoy.

—Pues no: eso es, por el contrario, lo que menos le ha asombrado. Es capáz de todo, me dijo. Y cuando quise hacerle comprender la vanidad de su insolente suposicion:— ¡Oh! me respondió, habrá conseguido embrujar á M. Lamoignon. Aquí empezaba la injuria para vos, señora, y he debido imponer silencio á ese loco amenazándolo con ahogarle en el mar. No he podido sacar partido de su increíble obstinacion hasta que le he demostrado á lo que se espone un lacayo que se atreve á insultar, ni aun de pensamiento, á una muger de vuestra calidad.

—¿Y qué habeis hecho de ese desgraciado?

—Lo dejé entregado á una profunda agitacion. Despues habrá recobrado la razon y habrá tenido

remordimientos. Ignoro dónde ha ido á parar, aunque el hecho es que está pregonado por desertor...

—Lo siento. Hubiera querido ver á ese hombre, hablar con él, persuadirle...

—¿De su error? Ah, señora! ¿Os rebajaríais hasta ese punto? No, por el contrario, alegrados de que haya desaparecido: ya lo veis, en este país son inustos con vos y esta injusticia parece bárbara á los que os tratan. Pero vos pagáis las faltas y los errores del señor marqués de la Varenne. Pues bien, ¿quién sabe si de las habillitas de ese loco hubiera fraguado la pública maledicencia algun arma bien afilada para herir vuestra reputacion? Dubost está bien donde se halla: no penseis en él.

—Gracias por las palabras que acabais de pronunciar, M. Du Buc, interrumpió la condesa. De ese modo ¿vos pertenecéis al número de mis amigos?

—Si me dispensais la honra de aceptar con ese título mis servicios, señora...

—Me consolais en este momento de todo lo que he sufrido desde mi llegada á este país.

El joven criollo se despidió de la condesa y salió murmurando:

—Tu marido está realmente en sitio seguro. Los calabozos de mi habitacion se hallan á diez pies bajo tierra, y están bien contruidos y provistos de sólidas barras de hierro.

—¿Y qué habeis hecho de ese desgraciado?
—Lo habé entregado á la pútrida agitación.
Después habré recordado la razon y habré tenido

do en demasia con vuestras instancias; pero a Du
Buc...
—Habiera preferido una descoftesia al insulto que
me ha hecho.

—¿Que insulto? Hablad...

—Hay cosas, amigo mio, cuyo secreto desea una
mujer que se respete. Si os basta mi palabra, sa-
bed que Mr. Du Buc me ha insultado, y...

—No os enojéis, mi querida Claudina: me basta
vuestra palabra y sin insistir mas para saber el
motivo de vuestro odio a Mr. Du Buc, os dejo el
cuidado de hallar y proporcionarme la ocasion de
vengaros...

—¿La ocasion... ó el pretexto?

—O el pretexto.

—¿Le encontraré...! Ah! murmuró la condesa
cuando estuvo sola; yo aspiré donde Mr. Du Buc ha
encerrado a Dubost, sin duda para utilizarle contra

Mad. de Saint Chamons, así que salió Du Buc,
se fue a ver a la Varenne.

—Ya veis, mi querido marqués, le dijo con calma
perfectamente fingida, como siguen insultándome
vuestros criollos. Desde esta noche renuncio a ofen-
derles mis salones, que no quieren pisar...

—Apruebo esa resolución y os vengaré...

—Gracias. Pero tengo un favor especial que pedi-
ros.

—¿Cuál, mi querida Claudina?

—Que mandéis prender a Mr. Du Buc y hagáis que
le corten el cuello ó por lo menos la lengua.

—¿Cómo! ¿escojéis cabalmente al único criollo que
se ha mostrado, si no solícito, sensible al menos a
vuestra invitación? Comprendo que conserveis ven-
cor a M. de Autanne, a quien habéis honra-

do en demasía con vuestras instancias; pero á Du Buc...

—Hubiera preferido una descortesía al insulto que me ha hecho.

—¿Que insulto..? Hablad...

—Hay cosas, amigo mio, cuyo secreto desea una muger que se respete. Si os basta mi palabra, sabed que Mr. Du Buc me ha insultado, y...

—No os enojeis, mi querida Claudina: me basta vuestra palabra y sin insistir mas para saber el motivo de vuestro odio á Mr. Du Buc, os dejo el cuidado de hallar y proporcionarme la ocasion de vengaros....

—¿La ocasion.... ó el pretesto?

—O el pretesto.

—¿Le encontraré...! ¡Ah! murmuró la condesa cuando estuvo sola; yo sabré dónde Mr. Du Buc ha encerrado á Dubost, sin duda para utilizarle contra mí.... ¡Miserable! ¡cómo me ha atormentado esta noche....! ¡Cara me pagará la comedia de sonrisas y coquetería que me ha hecho representar...!

Como en aquel momento pasase por su lado su hermano:

—Maubrac, le dijo, ven y hablaremos de un proyecto que se me ha ocurrido.

La condesa echó el cerrojo á la puerta de su estancia. Maubrac se tendió con espuelas y todo en un sofá y escuchó.

El dia siguiente al en que medió la conversacion entre Maubrac y su hermana, conversacion cuyo sentido revelarán los hechos que van á ocurrir, aquel se trasladó á su antigua *ajupa* situada en el claro de la montaña Peleo, donde por sus hábitos habia estado muchas veces en relaciones con los ci-

marrones. Maubrac llevaba una buena cantidad de aguardiente y dinero; más dinero del que sus bolsillos habían contenido nunca.

Hacia un mes que había abandonado aquella guarida medio salvaje, para gozar de su nueva fortuna, y la yerba había crecido con un lujo invasor en torno y en el interior de su cabaña. Maubrac hizo un visage al pensar en el lecho voluptuos, en la buena mesa y en las elegantes dulzuras que acababa de dejar por aquel tabuco de donde las malizas le despedían. El tejado de la *ajupa* y los bambús que formaban las paredes aparecían en medio de las plantas trepadoras como la ruina de un antiguo monumento.

Maubrac observó, sin embargo, que la yerba había sido pisada al rededor de la cabaña y que las legumbres que había dejado en la tierra en el momento de marcharse habían sido segadas. Un mosquito olvidado en un rincón de la *ajupa* había desaparecido también. A cien pasos de la puerta obstruida por una barrera de verdura, recogió una *lengua* (1), cuyo extremo ferrado tenía manchas de sangre coagulada, así como un largo cuchillo que la humedad del sol había cubierto de orín.

—No solo, pensó Maubrac, me han dispensado la honra de venir á visitarme en mi ausencia, si no que además han talado mis tierras y saqueado el interior de mi casa; y á mayor abundamiento se han batido en mi territorio.

(1) Baston ferrado que era un arma terrible en manos de los negros.

Para Maubrac no era dudoso que la lucha habia sido entre los negros, como lo indicaban claramente las armas que se habian encontrado en su territorio; prueba casi segura de que los cimarrones de Fabulé y los de Macandal se habian encontrado en aquel sitio.

—Es mucho honor para mí, murmuró el colono, que mi casa sea el objeto de las peregrinaciones de dos bandos enemigos.

Maubrac no sabia cuánto tiempo duraria su destierro en la *ajupa* y fue preciso pensar en poner el local en condiciones, si no agradables, al menos sufribles. Ayudado por un esclavo que le acompañaba, recurrió al medio mas espedito y mas practicado en el Nuevo Mundo para desbravar las tierras, que fue incendiar las yerbas del interior de la cabaña. El aventurero no quedó muy contento al ver huir del incendio, donde habia mas humo que llamas, dos ó tres familias de serpientes espantadas. Este descubrimiento le inspiró la idea de hacer la misma operacion al rededor de la cabaña. El incendio, que tenia allí alimento de sobra, se propagó á gran distancia, levantando una espesa y negra humareda que duró hasta el anochecer. En este momento la llama baja y bien alimentada empezó á derramar un resplandor siniestro que rodaba rasando el suelo como una ola de fuego.

Despues de limpiar su habitacion, Maubrac dijo al negro que le acompañaba:

—Ahora, vete á vigilar ó á cazar por los contornos, y al primer cimarron que encuentres, tráemelo diciéndole que le espero aquí.

Maubrac se utilizaba de aquel negro como el cazador de fieras se sirve de ciertos animales que

ofrece en holocausto á la voracidad del ligre ó de la pantera.

El negro, para quien la tentación era muy fuerte el hallarse solo y libre en pleno país de cimarrones, quiso, sin embargo, sondear las intenciones del aventurero, y le hizo candorosamente esta pregunta:

—¿Y si en vez de poder conducir aquí á los cimarrones que encuentre, son ellos los que me llevan á mi al interior de los bosques?

—¡Imbécil! respondió Maubrac; ¿crees que al traerte aquí no he hecho de antemano el sacrificio de tu persona? ¿Crees que yo he abrigado la esperanza de volver contigo á San Pedro? ¿Por ventura el pescado que arrojas al mar después de cojerlo vuelve á la orilla? Trá-me ante todo cimarrones y después te irás con ellos si quieres: yo no te pondré impedimento.

—Gracias, amo, respondió el negro con gozo.

Y se alejó corriendo.

Maubrac se tendió en una hamaca y aguzó la vista y el oído. Sea que las emanaciones del aguardiente hubiesen penetrado hasta el interior de los bosques, sea que el incendio de las yerbas de la *ajupa* pareciese de lejos á los negros una señal que les anunciaba la vuelta de un huésped amigo, el hecho es que á eso de media noche Maubrac oyó un ruido ligero de pasos y entre los bambús mal unidos distinguió el resplandor rojizo de una tea de resina. Saltó de su hamaca y esperó á pié firme á los que le visitaban:

—¿Quién va? gritó.

—¿Sois vos, compadre Maubrac? preguntó una voz que el colono conoció perfectamente.

—Si, Fabulé, yo soy, puedes acercarte!

Fabulé se acercó seguido de dos compañeros y saludó familiarmente á Maubrac.

—¿Es mi negro quien te ha conducido aquí? preguntó el aventurero.

—¿Qué negro?

—Un tunante que puse de centinela para avisar al primero de vosotros que encontrase de que yo estaba aquí deseando veros, compadre. Si no has encontrado á ese bribon, es que se ha ido con los cimarrones.

—¿Es vuestro ese negro?

—Tú sabes muy bien, Fabulé, que yo no tengo ya esclavos. He poseido dos, que se han ido uno tras otro á tu campo y allí me los has guardado. No, ese me acompañaba para servirme por espacio de algunos dias que quiero pasar en el campo, entre vosotros. Me lo prestaron y le permití que se fuese cuando yo no necesitase de sus servicios.

—¿Es un miserable! exclamó Fabulé con seria indignacion: ¿quiereis que lo busquen y os lo traigan, amo?

Esta proposicion del jefe de los cimarrones no maravilló á Maubrac, porque sabia por experiencia cuán caprichoso es el carácter de los negros. Para Fabulé aquel esclavo no estaba en condiciones de fugarse, y habia abusado de una confianza de que era indigno.

—No tengo interés en conservar á ese tunante, respondió Maubrac: ya que estás tú aquí no le necesito y te lo regalo. Si va á tu campo, guárdale.

—Gracias, amo, respondió Fabulé sentándose sobre el tonel de aguardiente, que miraba con codicia desde su llegada: y añadió: —Yo creia que os habiais hecho rico y poderoso.

—Y no te engañas, compadre; por eso te he dicho que venia á pasar algunos dias en el campo para verte y hablar contigo. La fortuna no me hace ingrato ni olvidadizo.

—¿Y qué teneis que decirme, amo? preguntó el negro, tocando una sonata de baile sobre las duelas del tonel.

—Sí, me he hecho rico, Fabulé: soy el amigo, el protegido, el favorito de la condesa de Saint Chamans. ¿Sabes de quién hablo?

—Perfectamente, replicó el negro: dicen que es una señora muy linda, muy generosa, muy buena y á quien aborrecen los criollos. Razon mas para que nosotros la amemos.

—¡Muy bien! Pues Mad. de Saint Chamans, á quien he hablado de tí, de tu valor, de tus méritos, me ha encargado que te ofrezca su amistad, su proteccion, ese barril de aguardiente en que estás sentado y el dinero que tengo en el bolsillo, á trueque y en recompensa de un servicio....

—¡Estoy dispuesto á todo! exclamó Fabulé quitando el tapon del barril y bebiendo á grandes sorbos el aguardiente que vertia en el hueco de la mano.

—Es ocioso añadir, repuso Maubrac, que puedes contar con la proteccion de la condesa, del gobernador y mia, y con la impunidad mas absoluta. Por consiguiente, podrás valerte de los medios que quieras para conseguir el objeto.

—¿De qué se trata? preguntó el negro haciendo castañetear sus labios y poniéndose otra vez á horcajadas sobre el barril.

—Hay en la Martinica un criollo á quien Mad. de Saint Chamans profesa un odio profundo. Este hombre la ha insultado y herido en su dignidad,

—¿A una señora tan buena y que tiene tan esquisito aguardiente?

Y como si se apoderase de su paladar un recuerdo irresistible, Fabulé se sentó en el suelo, quitó otra vez el tapon, llenó un pequeño *cuñ* que llevaba en el bolsillo, se lo dió á Maubrac y despues á cada uno de sus compañeros y vació dos veces el *cuñ* por su cuenta.

—¿Cómo se llama ese criollo? preguntó levantándose.

—Se trata de M. Du Buc; ¿le conoces?

—¿Si le conozco! ya lo creo! ¿Y qué quiere mi buen ama que hagamos con él? ¿Que se le mate?

—No, basta con causar su ruina, ante todo, haciendo que se rebelen sus negros é incendiando su casa. Sobre todo, Fabulé, no olvides de aprovecharte del desorden de la habitacion para registrar los calabozos y llevarte á un blanco, que segun sospechas de la condesa, tiene alli encerrado M. Du Buc.

—¿Y despues?

—Sacarás á ese blanco y le conducirás á tu campo.

—¿Y qué hay que hacer con él?

—Ocultarle bien y encadenarle para que no se escape ó le vuelvan á cojer; y esperar las órdenes de la condesa.

—Estoy pronto. Dentro de dos dias, Fabulé, con la tea en una mano y el cuchillo en la otra, habrá pagado á su buen ama los favores de su amistad... y de su aguardiente.

—¿Respondes del éxito, compadre?

—Yo respondo. Joaquin, repuso Fabulé dirijiéndose á uno de los dos negros que le acompañaban,

—ponte luego en camino para la habitación de Du Buc y dí al comendador que le espero mañana á la noche delante de los bambúes del río Blanco.

—¿Tienes confianza en ese comendador? preguntó Maubrac.

—A una orden mia sembrará la discordia en toda la habitación.

—Adios, compadre.

—Adios, amo.

Fabulé se alejó llevándose su barril de aguardiente y haciendo sonar sus bolsillos, donde Maubrac habia echado dos puñados de dinero. Este habia bailado medio de hacer economías. Abrió un agujero en un rincon de la ajupa y enterró lo restante de la suma.

—Ahora que crezca la yerba, murmuró, y que le sea ligera....

Maubrac no creía que su misión quedaria tan pronto terminada; y satisfecho de sus rápidos resultados se disponia ya por la mañana á ponerse en camino, cuando apareció Macandal á la puerta de la ajupa.

—¡Bueno! dijo para sí el aventurero; parece que de todas maneras habia de despachar pronto mi negocio, y si ayer tarde no hubiera recibido la visita de Fabulé, la de Macandal daba fin á mi destierro este mañana. Tanto me daba el uno como el otro.

—Buenos dias, compadre, añadió dirigiéndose al mulato.

—¿Necesitais de mí, amo? preguntó el gife examinando escrupulosamente el interior de la ajupa.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Vuestro negro que ha venido á mi campo á anunciarme vuestra llegada y el deseo que teniais de

verme, y á decirme que estábais encargado de ofrecerme un barril de aguardiente.

Maubrac se mordió los labios.

—¿De qué negro me hablas? preguntó.

—Del negro á quien habeis dado permiso para hacerse cimarron, así que me diese el recado. El mismo se ha otorgado la recompensa entrando en mi campo, donde ha sido bien recibido. ¿Vos no deseais que os lo traiga, no es verdad?

Maubrac se sintió confuso é intimidado.

—¿Pero dónde está el barril de aguardiente, dijo Macandal, y qué servicio esperais de mí, amo?

Maubrac se resolvió á confesarlo todo.

—Compadre, dijo á Macandal, en honor de la verdad, yo no habia encargado á ese negro que te buscara á ti con preferencia á Fabulé. Este vino ayer, pasó aquí la noche y se llevó el barril de aguardiente.

Al oir el nombre de Fabulé, Macandal dió un rujido.

—¿Y le habeis pedido lo que deseábais de mí?

—Naturalmente, compadre; pero no te apures, que antes de mucho es posible que apele tambien á tu celo.

—Bien está, respondió Macandal con voz sorda. ¿Y qué especie de servicio habeis pedido á ese negro? añadió con un tono que revelaba su odio contra Fabulé y el desprecio con que miraba á su rival.

Maubrac comprendió que era preciso obrar con prudencia.

—Si fuera á tí, respondió, á quien hubiera pedido ese servicio y Fabulé me hiciera la misma pregunta

ue tú no haces, te contestaría....

—Que querais guardar vuestro secreto, interrumpió el mulato; es muy justo, M. de Maubrac; guardarle. Y Macandal añadió para sí:—Por fortuna estaba escondido detrás de la ajupa y lo he oído todo. M. Du Buc será avisado á tiempo.

—Supongo que no me guardas rencor por ello Macandal, dijo Maubrac que empezaba á inquietarse por el aspecto sombrío y reflexivo del mulato.

—¿Yo, amo? ¿Y por qué os he de guardar rencor? Fabulé ha sido también esta vez mas listo que yo: siempre llega primero á vuestra casa, aunque se trate de robar el mosquito que dejasteis en la ajupa y de talar las plantaciones. Mis negros no han sido bastante fuertes para defender la propiedad de un amigo: los han batido y vencido á la puerta de vuestra casa.... ¿Sin duda es también para él para quien habeis enterrado en ese rincón.... yo no sé qué....?

—¿Aquí? dijo Maubrac mostrando la tierra recién removida donde acababa de ocultar el dinero.

—Sí, ahí, dijo el mulato.

—Pues bien; he ocultado en ese rincón un puñado de dinero que te doy en compensación del barril de aguardiente.

Maubrac creía salir del conflicto á poca costa sacrificando sus ahorros.

—Gracias, replicó bruscamente Macandal; no necesito dinero, yo presto gratuitamente los favores que me piden, y ya lo vereis cuando se presente la ocasión.

El aventurero tenía prisa de alejarse: la presencia del mulato le tenía en estado violento. Tenía como un fatal presentimiento de la preferencia in-

(AVENTUREROS.)

voluntaria que había concedido á Fabulé para el cumplimiento de una mision á la vez difícil y peligrosa.

Sabia que Macandal era mucho mas inteligente que su rival; pero era demasiado tarde para pedirle participacion. Confiarle un secreto que segun las palabras de Macandal creia que éste ignoraba, era esponerse á comprometer la empresa. Por odio al negro, por despecho y aun por capricho, el mulato era capaz de hacerla abortar.

—Adios, compadre, le dijo Maubrac; pronto volveré por aquí espresamente para verte. Mi señal será una tea encendida colocada en lo alto de ese palmito.

—No faltaré á la cita, respondió Macandal. Hasta la vista, amo.

Cuando salió Maubrac, Macandal desenterró el dinero y lo arrojó en el fondo de un barranco por donde corria uno de esos numerosos arroyos de que está surcada la Martinica y que en los dias de tormenta se convierten en torrentes formidables.

—Fabulé seria capaz de descubrir ese dinero, murmuró Macandal, y yo no lo necesito.

Macandal arrojó al agua los dos puñados de dinero con un sincero desdén que hubieran envidiado los filósofos de la civilizacion. Oyó las monedas rebotar y sonar sobre la roca que servia de lecho al riachuelo é inclinado sobre la barranca siguió con un gozo cuya causa principal era el chasco que llevaria Fabulé, la caída de aquel dinero de que hacia tan poco caso.

No eran solamente el odio y los celos los que habian inspirado á Macandal la resolucion de avisar á Da Buc del complot que se tramaba con-

tra él; era mas que todo su afecto á la familia de Autanne. Ahora bien, Macandal, perfectamente enterado de todo lo que pasaba en el interior de la casa de su antiguo amo, sabia que Du Buc estaba desposado con Antilia. Arruinar á Du Buc era atentar al porvenir de Antilia y sembrar el duelo en la casa de Autanne.

Macandal se dirigió á la luz del dia y á riesgo de que le prendiesen y le matasen, á la habitacion de Autanne para tomar la delantera al mensajero de Fabulé.



VII.

Macandal corrió directamente á casa de M. pe Autanne. Sus antiguos compañeros de esclavitud le miraban con asombro pasar silencioso, tranquilo y audáz y apenas podían creer con el testimonio de los ojos que aquel mulato cimarrón amenazado del látigo y de la cárcel, arrostrase así á la luz del día, en su propia habitación, la autoridad y la cólera de su amo. Sus mejores amigos, sus mas fieles compañeros volvian á otro lado la cabeza por no verle. Macandal, comprendiendo esta reserva y este temor, no quiso dirigir la palabra á ninguno de ellos. Cruzó semejante á un fantasma por en medio de aquel rebaño de esclavos estupefactos.

Macandal continuó su camino impávido. En las inmediaciones de las dependencias de la casa vió á Lucinda sentada en el umbral de una puerta, con

el rostro oculto entre las manos y sumida en una meditacion tan profunda, que no oyó venir al mulato. Este tocó el hombro de Lucinda que se levantó dando un grito.

—¿Estás loco? dijo al fugitivo: ¡venir aquí de día! ¿Vas a repetir tu insolente empresa y á querer comer á la mesa de M. de Autanne? ¡Oh! vete, Macandal, vete por Dios!

El mulato escuchó con frialdad y sin pestañear esta esplosion de temor.

—Mira, repuso Lucinda viendo que Macandal permanecia inmóvil é impassible, hace un instante tenia fatales presentimientos: cuando cerraba los ojos veia el cielo negro.... Te digo que te vayas.

—Tenias razon en abrigar funestos presentimientos, Lucinda; porque amenazan á esta casa horribles desgracias; pero no es por mí por quien hay que temer. Vengo, por el contrario, á conjurar esas desgracias.

—¿De qué desgracias hablas?

—Llévame pronto á tu habitacion y vé á decir en secreto al Sr. Enrique que le espero.

—¡Decir al señor Enrique que le esperas! murmuró la jóven con terror.

—Nada temas, anda; el Sr. Enrique no arrancará un solo cabello de mi cabeza. Al contrario, me dará las gracias.

Lucinda obedeció confusa y turbada las órdenes de Macandal: le introdujo en su cabaña y fue temblando á avisar á Enrique de Autanne sin atreverse á pronunciar en su presencia el nombre de Macandal.

Cuando el jóven criollo se halló en presencia del esclavo, éste le dijo con voz firme y resuelta:

—Amo, yo soy Macandal.

Enrique se estremeció fijando una mirada de sorpresa en el mulato, cuyo rostro afectado denotaba, sin embargo, cierta confianza en el resultado de la misión que desempeñaba en aquel momento.

—¡Ah! ¿eres tú Macandal? murmuró Enrique no pudiendo creer que aquel culpable viniese á buscar el suplicio sin que le obligase á ello un grave motivo.

—Amo, repuso, podeis hacerme prender, meterme en un calabozo y mandarme azotar: me entrego á vos. Pero cuando me habreis oído juzgareis si merezco un castigo ó la conservacion de mi libertad.

—Hablad, dijo Enrique; y con tal que no te dé el capricho de insultar otra vez á mi padre y á mi hermana, queriendo sentarte á su mesa; con tal que me traigas una gran noticia, te prometo dejarte ir de aquí tan libremente como has venido.

Macandal refirió entonces á Enrique con todos sus detalles la escena que habia presenciado la noche anterior y le reveló el proyecto fraguado por Fabulé y Maubrac.

—¿Estás seguro, le preguntó Enrique, de que es la condesa de Saint Chamans el alma de ese complot?

—Estoy seguro, amo.

—¿Y qué partido te parece mas prudente, Macandal? ¿Prender á Fabulé ó al comendador de la habitacion de M. Du Buc?

—Yo sé que no conseguireis apoderaros de Fabulé: mas vale que impidais que acuda á la cita el comendador. Id al instante á la habitacion de M. Du Buc, si quereis evitar grandes desgracias.

—No basta asegurar al comendador; será preciso también...

—Después me direis vuestros proyectos, Sr. Enrique; corred al instante.

—Tienes razón, Macandal. Serás libre; pero espérame.

—Muy bien, amo; os esperaré.

Cinco minutos después Enrique montaba á caballo y partía á galope para la habitación de Dn Buc.

—¡Este país está perdido! pensaba el joven criollo, mientras su caballo le llevaba con la rapidéz del viento. Este país está perdido si una intrigante para lograr sus venganzas desencadena contra nosotros las hienas y nos vemos obligados á apelar á los tigres y á los leones para defender nos.

Enrique no había querido contestar á ninguna de las preguntas de Antilia, en la cual su inquietud había despertado una curiosidad que no estaba exenta de temor. Y si se había negado á dar á la joven las esplicaciones que podía, no era por falta de confianza, sino por temor de que algun oído indiscreto sorprendiese la revelacion. Enrique se limitó á decirle:

—Haz que te acompañe Lucinda al sitio de donde yo vengo y dí al hombre que verás allí que te repita las palabras que me ha dicho. Adios, hermana mia; buen ánimo y mucha confianza.

Macandal, después de salir Enrique se retiró al rincón mas oscuro de la cabaña, con la cabeza inclinada sobre el pecho y los brazos cruzados, en al actitud que pintan á Espartaco rompiendo sus cadenas. Macandal, que de fijo no había oído hablar nunca de Espartaco, meditaba en aquel momento el

éxito posible de aquella lucha en que iba á representar quizá un papel que aun no habia vislumbrado.

La presencia de Antilia turbó su meditacion; pero llenó la cabaña de un espléndido resplandor que deslumbró la vista del mulato. De repente el horizonte de su ambicion se ensanchó y la belleza de la jóven criolla se le apareció como el sol de un cielo hasta entonces oculto á sus ojos. Macandal creció en su propia estimacion proporcionalmente al papel que iba á representar. Se habia despojado de su humildad, de su ignominia de esclavo cimar-ron, y habia tomado el alma, las pasiones y el orgullo de un héroe. Por primera vez se habia atrevido á mirar frente á frente á una muger blanca, á la hija, á la hija de su amo, con los ojos del hombre y no con los del esclavo.

Permaneció un momento inmóvil, contemplando á Antilia y estremeciéndose al oir sus palabras. Una nube pasó por su cerebro y oscureció su pensamiento. No pudo articular una sola palabra y cayó de rodillas delante de la jóven en una actitud en que ésta no vió mas que respeto y sumision.

Lucinda no se equivocó acerca de la emocion de Macandal; porque de repente recordó el entusiasmo con que el mulato le habia hablado muchas veces de su ama. Fue como un relámpago en el espíritu de Lucinda; sintió oprimírsele el corazon, mordiose cruelmente los lábios, la sangre subió impetuosamente del corazon al cerebro, y no pudo definir en aquel momento, á quién odiaba mas, si á Antilia ó á Macandal.

Hubiera sido un buen asunto para un cuadro de expresion, el de aquellos tres personajes: el uno,

dueño apenas de una pasión repentinamente revelada, cuya energía se pintaba en su rostro con un candor primitivo; la otra, abroquelada en el orgullo de su raza y de su rango, y sin sospechar que un esclavo cimarrón pudiera tener tanta audacia, aceptaba aquel homenaje con una candidez encantadora; y en fin, Lucinda, herida en el corazón y mordida por la serpiente de los celos, contemplaba con mirada llena de odio aquel espectáculo que su pensamiento no hubiera podido concebir.

Antilia retiró suavemente la mano sobre la cual se había inclinado Macandal.

—Macandal, le dijo, mi hermano te manda que me confíes la causa de su marcha precipitada.

El mulato se levantó y dirigiéndose á Lucinda:

—El secreto de los blancos no nos pertenece, dijo á la negra. Déjame solo con la señorita Antilia.

Lucinda permaneció inmóvil en su sitio y era posible que no hubiera comprendido la orden que le daba Macandal.

—¿No has oído? añadió el mulato.

Lucinda sintió un frío glacial en el corazón y se retiró lentamente y como á despecho; fingió que se alejaba, volvió y aplicó el oído á la puerta que Macandal había cerrado con precaución. De este modo oyó la revelación entera del complot. Este secreto, sorprendido en la ebullición del odio y de los celos por la negra, le pareció que era un arma que el cielo enviaba para su venganza. Lucinda, poseída de una especie de delirio, huyó sin saber á dónde la llevaba la fiebre. Una especie de instinto la puso en el camino de los bosques de la montaña Peleo. Caminó de esta suerte hasta la noche, se detuvo á la orilla de uno de los precipicios por donde corre el lecho del

rio Blanco, cuyas aguas atormentadas por las rocas majen con el estrépito de una catarata, sentóse sobre una peña y con la barba apoyada en la mano se puso á reflexionar.

Antilia, después de oir á Macandal, dejó al muto en la cabaña de Lucinda y volvió en busca de su padre aparentando una calma admirable.

Cuando estuvo solo Macandal se sobrecojió al considerar los sentimientos de que estaba poseído y de la horrible incertidumbre en que le ponian por una parte su atrevida pasión y por otra el compromiso adquirido con Enrique. ¿Persistiría en su lealtad llena de abnegación ó dejaría cometer á Fabulé y aun le ayudaría en caso necesario, un crimen cuya realización era lo único que podía favorecer los sueños extraños que la presencia de Antilia había despertado en él de repente?

—Si falto á la fe de mi promesa, dijo para sí, me envilezco á mis propios ojos y á los de Antilia. Poniendo mi valor, mi fuerza y mi influjo al servicio de su raza, cambio de papel y de condición, me elevo y conquisto cuando menos su gratitud. Es verdad que salvo á su prometido de la ruina y de la muerte; pero el casamiento aun no es cosa hecha.

Macandal hacia en su conciencia reservas para el porvenir. Su generosidad no era mas que un compromiso y los vínculos á que se sujetaba eran ágiles de romper en caso necesario. No se atrevió á salir de la cabaña por temor de que le descubrieran, á pesar de la confianza que tenía en el temor y el respeto que inspiraba para asegurar su libertad, y permaneció oculto en la cabaña revolviendo en su cabeza pensamientos volcánicos.

Al anocheecer se arriesgó á sumergir la vista en

la masa de espesas sombras que cubrían el suelo alrededor. Distinguió una forma blanca, inmóvil en el umbral de la casa de su amo. Era Antilia que de pie y con la cabeza apoyada en el brazo, esperaba con ansia el regreso de su hermano. Los ojos de la joven criolla se fijaban obstinadamente en un camino hondo que conducía a la pequeña plataforma donde se levantaban las dependencias de la habitación.

Macandal contempló con ternura la forma vaporosa de la joven, cuyo vestido blanco y rojo chál se destacaba sobre la sombría cortina de la noche. Ni una luz brillaba en la casa de M. de Autanne ni en ninguna de las cabanas que la rodeaban.

La tentación era grande para Macandal, que ardía en deseos de acercarse otra vez a Antilia, a quien quizá no volvería a ver. Se fundió en la importancia del servicio que acababa de hacer a la familia de Autanne y a Du Buc para excusar la audacia de su conducta. El mulato salió de la cabana y se acercó a Antilia.

Esta, al oír ruido de pasos, hizo un movimiento de retirada para entrar en su casa.

—No temáis, señorita Antilia, murmuró Macandal a media voz acercándose respetuosamente; soy yo.

Antilia tenía los ojos arrasados en lágrimas: su rostro mostraba los indicios de una gran ansiedad. La tortura de la joven no se le escapó a Macandal.

—Estáis impaciente, señorita, le dijo, por ver a vuestro hermano. Apenas puede estar de vuelta y yo no le espero tan pronto. No hay razón para inquietaros.

—No puedo dominar mis presentimientos, respondió Antilia: no es solo la vuelta de mi hermano lo

que me inquieta en este momento, sino el porvenir en que presiento grandes desgracias.

—¿Para quién?

—Para nosotros, los colonos; para Enrique, para mí...

—Por lo que hace á vos y al Sr. Enrique, replicó el mulato, no temais nada. Os he librado ya una vez de la muerte, señorita, y todos os habeis acordado de ello en esta casa bendita para mostráros buenos é indulgentes conmigo. Por eso he jurado en el fondo de mi corazón consagraros toda mi existencia. No tenéis ningún peligro que temer mientras Macandal pueda manejar su cuchillo.

—Gracias, respondió Antilia, dando algunos pasos hacia el camino hondo y prestando atención.

Era una falsa alarma del deseo y volvió á apoyarse en la puerta en la actitud de la resignación y de la angustia. Las protestas de lealtad de Macandal no habían calmado completamente sus terrores y sus fatales presentimientos.

—¿Dónde está Lucinda? preguntó.

—La he esperado inútilmente desde vuestra salida de la cabaña, señorita. Lucinda se habrá picado tal vez porque he querido estar solo con vos para confiaros el secreto que vuestro hermano me ha mandado revelaros.

—¿Y si Lucinda ha escuchado y oído ese secreto? dijo Antilia haciendo un vivo ademán de inquietud.

—Nada temais, señorita, repuso Macandal. Lucinda os es tan leal como yo y si os hiciera traición la aplastaría como una culebra.

Antilia miró otra vez al camino por donde debía venir Enrique Macandal, inmóvil á algunos pa-

sos de la joven, y dominado por un resto de temor que le imponía la condición de la joven criolla, la contemplaba con mirada ardiente, el corazón turbado y la cabeza volcánizada. Su respiración era corta y fatigada como la de un hombre poseído de una ardiente pasión, comprimida por la timidez o el respeto. Antilia no sospechaba al parecer el peligro que la amenazaba, ni los dolores de que era causa.

Desde el origen de las colonias se ha acostumbrado á las mugeres blancas á no considerar como hombres á los esclavos; y aunque el candor natural de Antilia no la hubiera preservado por sí solo, el desprecio natural que le inspiraba el mulato, aun en medio del afecto que le inspiraba su salvador, no le permitía dar á las palabras, á las miradas del mulato ninguna otra interpretación que la de un gran respeto y una profunda adhesión. El peligro real que hubiera podido resultar para la joven criolla de un contacto tan peligroso para un hombre de su casta y de su condición, no existía en presencia de Macandal. Antilia no experimentaba ninguna turbación.

De repente los cascos de dos caballos resonaron en los guijarros del camino.

—¡Mi hermano! exclamó Antilia corriendo á recibir á Enrique que venía acompañado del Du Buc. Este traía delante de él, atravesada sobre el caballo, una masa inerte que dejó en el suelo. Era Dubost amarrado y con mordaza.

—Macandal está ahí todavía, ¿no es verdad? preguntó Enrique abrazando á su hermana.

—Aquí estoy, amo.

—Toma, dijo Enrique al mulato mostrándole el

cuerpo de Dubost, ese es un depósito que te confiamos. Vas a acompañar, ó por mejor decir, á llevar á ese hombre á tu campo y le pondrás al abrigo de toda sorpresa y de todo golpe de mano. ¿Me respondes de él?

—Sí, amo.

—Es una pieza justificativa que nos hará falta algún día. En cuanto al comandante de la habitación de Du Buc está en el calabozo y entre cadenas: he llegado antes que pudiese comunicar con el mensajero de Tabulé. Lo demás es cosa nuestra; y esa bribona nos ha de pagar caro su insolente capricho. Pero tú me has jurado fidelidad; Macandal, añadió Enrique con imponente firmeza. Puedo fiarme de ti en toda ocasión y cualesquiera que sean los sucesos que sobrevengan, ¿no es verdad?

—Podéis fiaros, amo.

—Toma, vacía este vaso de aguardiente. A tu salud, Macandal!

Los dos criollos y el mulato bebieron en la oscuridad. No se hubieran atrevido á hacerlo á la luz del día.

—No podrás llegar á tu campo con esa carga, dijo Enrique: toma mi caballo.

—Vuestro caballo no me serviría de nada: á los diez pasos tendría que abandonarlo; porque nuestros caminos no son á propósito para caballerías.

Diciendo esto, Macandal cogió á Dubost y le cargó sobre sus hombros.

—Adios, amo.... ¡adios, señorita. Mañana este hombre y yo estaremos en mi ajupa.

Macandal se alejó con paso rápido.

Al propio tiempo ocurría otra escena en los bambúes de las orillas del río Blanco.

Lucinda había llegado al sitio de la cita indicado por Fabulé al comandante de los esclavos de Du Buc, y le había anunciado la revelación de Macandal y la ruina del proyecto.

—¡Mientes! exclamó el jefe cimarrón.

A su juicio el odio que los separaba no podía conducir á Macandal al extremo de preferir la causa de los colonos á la de favorecer, al menos con la inacción, una empresa que debía poner toda la isla á merced de los esclavos.

—¡Mientes! repitió el negro asiendo de las manos á Lucinda que dió un grito de dolor; y lo que quieres es tenderme un lazo. No me moveré de aquí y tú te quedarás conmigo: aquí esperaré toda la noche si es preciso al capataz de la habitacion de Du Buc. ¿Y mi negro? ¿Qué crees habrán hecho con él?

—¿Crees tú, replicó Lucinda, que si han preso al capataz, como es probable, no habrán cojido lo mismo á tu mensajero?

—¿Qué importa! murmuró Fabulé tronchando con su *bengala* los tallos de los bambúes. ¿Qué importa! Esperaré.

La obstinacion de Fabulé en no abandonar el sitio de la cita favoreció la retirada de Macandal, que llegó sin obstáculo á su campo con la preciosa carga.

Dubost, inquieto por su suerte y no sabiendo á qué atribuir aquel cambio de cautividad, había interrogado al mulato sobre la causa de su traslacion al campo de los cimarrones.

—Vuestra muger quiere mandaros asesinar, respondió éste, siguiendo las instrucciones que habia

recibido, y los colonos, que son amigos vuestros os libran de la muerte.

Era ya muy entrado el día cuando Fabulé, no dudando de la veracidad de Lucinda, se decidió á volver á sus bosques, y llevóse consigo á la negra por via de rehenes ó de consuelo, porque aun no sabia definir con qué objeto la llevaba á su campo.

VIII

Los sucesos que acabamos de referir tenían para los colonos harta gravedad para que la simple noticia de su capitez y del manuscrito de Fabulé pudiese ser un secreto que á nadie hubian tenido que guardar para ellos solos; y aunque muy satisfechos del socorro inesperado que les prestaba Macabral, todavía les repugnaba á las entretenciones de aquel indio, á quien su capicho ó la necesidad propia de seguir en salvacion, podian arrastrar á una tra-



Por todas estas razones los dos criollos resolvieron apreturar el desenlace de la aventura. El medio mas breve y rápido que encontraron fue intentar una conferencia con el marqués de la Varena, con la esperanza de conseguir por objeto revelar al gober-

recibido, y los colonos, que son amigos nuestros os libran de la muerte.

Era ya muy entrada el día cuando Fabulé, no dudando de la veracidad de Lucinda, se decidió á volver á sus posees, y llevóse consigo á la negra por via de rehena ó de conato, porque aun no sabia decirle con qué objeto la llevaba á su campo.

VIII.

Los sucesos que acabamos de referir tenían para los colonos harta gravedad para que la simple prision de su capatáz y del mensajero de Fabulé pudiera satisfacerles. En cuanto al rapto de Dubost era un secreto que Autanne y Du Buc habian tenido que guardar para ellos solos; y aunque muy satisfechos del socorro inesperado que les prestaba Macandal, todavía les repugnaba fiarse enteramente de aquel mulato, á quien su capricho ó la necesidad quizá de asegurar su salvacion, podian arrastrar á una traicion.

Por todas estas razones los dos criollos resolvieron apresurar el desenlace de la aventura. El medio mas breve y rápido que encontraron fue intentar una conferencia con el marqués de la Varenne, conferencia que tendria por objeto revelar al gobernador, pidiéndole justicia, el complot de Fabulé y de sus cómplices.

(AVENTUREROS.)



Esta opinion fue aceptada por los habitantes del Predicador y convinieron en que fuese á ver á la Varenne una diputacion elejida entre los colonos mas ancianos y mas notables. Semejante resolucion no podia permanecer secreta. La noticia llegó á San Pedro antes que la diputacion. Supiéronlo Maubrac y la condesa y comprendieron que les interesaba en gran manera prevenir el efecto de aquella gestion. Recurrieron de comun acuerdo á dos medios susceptibles de completo éxito: la violencia y la superchería.

Madama de Saint Chamans, con la máscara de hipocresía, el corazon oprimido, los ojos arrasados en lágrimas y armada al propio tiempo de todo su arsenal de coquetería, se fue á casa de la Varenne.

—Amigo mio, le dijo, vais á pasar por una prueba penosa.

—La venceré, respondió la Varenne con el tono brusco y resuelto que le era habitual.

—Pero no sin dificultad, replicó la condesa. Os va en ello el honor, el reposo, la paz y la gloria de vuestra administracion. Ya sabéis, la Varenne, cuánto os estimo: pues bien, vengo á anunciaros que estoy dispuesta á hacer por vuestro bien los mas grandes sacrificios.

—No os comprendo, Claudina; explicaos.

—He sabido que las reclamaciones que vais á oír de los señores colonos, se dirigen especialmente contra mí.

—¿Contra vos?

—Sí; ya sabéis que acusan al caballero de Maubrac de instigador del complot atribuido á Fabué.

—¿Y qué?

—Pues bien; lo que no os han dicho aun y lo que yo sé muy bien, es que los colonos se atreven á comprenderme en la misma acusacion.

—O estais loca, Claudina, ó son muy atrevidos y muy insolentes.

—Soy para todos ellos un objeto de celos y de odio para algunos. Hace un momento os hablaba de vuestro reposo y de los sacrificios que estoy dispuesta á hacer. Uno de ellos es mi marcha, que tengo muy resuelta.

—¿Vuestra marcha? ¿Estais en vuestro juicio?

—Sí, mañana dejaré la colonia y he dicho á M. de Maubrac que haga lo mismo. Este ya se ha alejado de San Pedro; de suerte que cuando los señores colonos vengan á presentaros sus quejas, bastará que les anunciéis mi marcha para apaciguarlos como por encanto.

La Varenne se paseaba como un furioso por la estancia, escuchando las palabras de la condesa que lloraba á lágrima viva.

—No os ireis, mi querida Claudina, dijo el marqués sentándose al lado de la condesa y tomándole afectuosamente las manos; os quedareis conmigo y arrostraremos juntos el descontento de los señores colonos. ¡Que vengan á presentarme sus reclamaciones! Bonito humor tengo yo para recibirlos. Y si dan muestras de resistencia, haré que los tiren por la ventana. ¡Dejad que digan! ¿Qué me importa su odio ni sus celos contra vos? Decid á Maubrac que no se vaya: nos es adicto y podrá sernos útil. Es hombre de energía y de resolucion, de quien sacaremos mucho partido en caso necesario.

—¿Teneis algun proyecto? preguntó la condesa.

—No lo sé á punto fijo: haré lo que me aconsejen

las circunstancias. Pero en todo caso estoy resuelto á no dar la razón á los colonos y sobre todo á no consentir que os insulten ni os calumnien. El complot de ese Fabulé quizá no es mas que un pretesto; pero si es real y verdadero... ¡qué diantre! que se defiendan como puedan...! ¿Quedamos, pues, en que dareis saber á Maubrac que deseo que vuelva?

La irritacion de la Varenne no le permitia coordinar las ideas. El tono de su voz y la energía del ademán, bastaron á convencer á la condesa, mejor que las palabras, de la intencion resuelta que tenia el marqués de defenderla, aun contra el interés de su autoridad, del descontento de los colonos. Tranquila sobre este particular dejó á la Varenne poseída de una violenta agitacion, esperando á los diputados.

El marqués recibió con altivez á los colonos del Predicador y tomó al instante la ofensiva contra ellos, sin darles tiempo para esponer sus quejas, negando en absoluto el complot de Fabulé y sobre todo la participacion de Mad. de Saint Chamans y de Maubrac; trató á los delegados de rebeldes y les amenazó con la cárcel si se atrevian á persistir en sus calumnias.

Habia entre ellos un octogenario, cuya presencia hubiera debido imponer respeto á la Varenne. Habiendo insistido este anciano sobre su derecho de ser oido, el marqués le mandó prender. Los colonos trataron de cubrirle con sus personas y sus espadas; pero la sala de audiencia se llenó al instante de soldados y la diputacion en masa fue detenida, desarmada y conducida á la conserjería.

Mad. de Saint Chamans, oculta en una pieza contigua, habia presenciado esta escena de violen-

cía. Así que la Varenne se quedó solo, Claudina abrió bruscamente la puerta y se arrojó en sus brazos, llorando de gozo.

—Gracias, amigo mío, le dijo; me habeis demostrado que me amais realmente, y saliendo á la defensa de mi honor... ¡Oh! añadió, no siento mas que una cosa y es que ese M. Du Buc, cuya cabeza me habeis prometido si os la pido, no estuviera entre los diputados...

—¿No habeis oído lo que han dicho, mi querida Claudina? Han dicho que los jóvenes y los vigorosos han quedado en sus casas, dispuestos á la defensa y al ataque. Tampoco ha venido M. de Autanne y yo hubiera querido verle aquí. Pero yo los encontraré algún día; porque comprendo que el acto de autoridad que acabo de ejercer, hará hervir en sus venas la sangre de esos criollos... Me han amenazado, me han augurado la guerra! Buena buena; yo se la haré por todos los medios que estén á mi alcance...

La Varenne rujía como un león, llevando á cada instante la mano á la empuñadura de la espada, por un movimiento instintivo.

—¡Que prueben, vive Dios, que prueben, gritaba y verán lo que soy en el campo de batalla!

El marqués, previendo el resultado que debía provocar su arrebató impolítico, tomó inmediatamente sus medidas y mandó que una compañía de granaderos reales estuviese pronta á marchar bajo sus órdenes.

No se había engañado. Apenas se divulgó el arresto de los diputados, un grito de indignación estalló en la ciudad y llegó al Predicador, cuyos co-

lonos se reunieron al instante en casa de Autanne para deliberar sobre lo que debía hacerse.

Antes de referir la resolución que se tomó en esta asamblea, bueno es que demos á conocer la conducta de Maubrac durante los sucesos que acababan de ocurrir.

Maubrac se había trasladado al Predicador, donde tenía por íntimos amigos colonos perezosos y holgazanes como él, aventureros sin casa ni hogar, dispuestos á cualquier fechoría. La aldea del Predicador había sido, desde el origen de la colonia, y siguió siendo por espacio de mucho tiempo el refugio de todos los descontentos y el foco de todos los motines. Maubrac había reunido en una especie de concilio á sus amigos, gente resuelta á todo y á quienes la repentina mudanza de fortuna del caballero inspiraba gran consideración. En esta reunión, donde los cerebros se calentaron muy pronto, Maubrac fingió un gran descontento contra la Varenne, á quien supuso celoso de su intimidad con la condesa, añadiendo que su aljamiento de San Pedro era un destierro á que el gobernador acababa de condenarle. Este destierro, al cual podría seguir la marcha de la condesa de Saint Chamans, era, por consiguiente, una ruina para él y de rechazo para sus amigos. Ahora bien, Maubrac había alimentado abundantemente las buenas disposiciones de aquellos señores, y no se mostraron indiferentes á la desgracia del caballero.

—¿Qué se debe hacer? preguntaron á una voz los compañeros de Maubrac.

—Ayudarme á dirigirme al marqués de la Varenne.

Aunque semejante proposición les pareció gran

re, los amigos de Maubrac no hicieron la mas mínima oposicion, y esperaron que el caballero desarrollase su plan de campaña.

Maubrac les espuso su política, que habia consistido en fomentar el descontento de los colonos contra el gobernador, solicitando la intervencion de Fabulé. Esta circunstancia habia producido la prision de los diputados, crimen previsto por Maubrac y que á su juicio debía proveer un levantamiento general, de que era preciso aprovecharse para asegurar el éxito de su golpe de mano.

Sin embargo, Maubrac no confesaba á sus cómplices mas que la mitad del verdadero objeto que allí le conducia; lo demás entraba en el secreto del viaje misterioso de Mad. de Saint-Chamaas á la Martinica, secreto que el mismo la Varenne habia procurado en vano penetrar y que nosotros podemos revelar aquí.

Los sucesos que hemos referido hasta este momento se habian fraguado todos en Paris, entre la condesa y el presidente Lamoignon; este habia resuelto la perdition de la Varenne, con un fin que vamos á explicar.

La colonia de la Martinica fue en su origen la propiedad particular de la familia de Parquet. A la muerte de este primer gobernador de la Martinica, el mas illustre de los aventureros del Nuevo Mundo, la corona volvió á tomar posesion de la isla, mediante una indemnizacion satisfecha á sus herederos. Los tutores de los hijos de Parquet aceptaron este arreglo en un momento en que la propiedad parecia difícil de conservar en medio de las turbulencias que agitaban incesantemente la colonia. Pero algunos miembros de la familia vieron con disgusto es-

capárseles de las manos esta soberanía y el presidente Lamoignon se sustituyó á sus pretensiones.

Enormemente enriquecido á consecuencia de las exacciones cometidas con los comerciantes sujetos á su justicia, concibió la idea de reconquistar aquella herencia envidiada y verdaderamente envidiable. Era una joya casi real que deseaba unir á los florones de su inmensa fortuna.

Conocedor de los obstáculos serios que las colonias ponian á la metrópoli, M. de Lamoignon presintió que nuevas complicaciones facilitarían quizá la realización de su ambicioso sueño, y que, cansado de luchar, el regente firmaría una cesion de la Martinica, mediante una suma considerable.

Lamoignon necesitaba un emisario sutil, exento de toda sospecha, y que no obrase si no por medios embozados, y eligió á Mad. de Saint Chamans, ó por mejor decir, á Mad. Dubors. El marido de ésta, en su conferencia con Du Buc, nos ha referido su pasado, tan rico en recursos y en servicios que Lamoignon habia podido apreciar.

Engalanóla con el título de condesa y le ordenó que el marqués de la Varenne fuera su primera presa y su primera víctima, poniéndole en el camino de la violencia á que tan dispuesto se hallaba por su carácter.

El resultado que presumia y esperaba Lamoignon era un levantamiento de los colonos contra la Varenne. Para resguardarse de la tempestad confiaba en la condesa. Esta, á quien el triunfo prometia horizontes espléndidos, no habia vacilado en intentar, aun á riesgo de su vida, una lucha tan difícil y peligrosa.

La eleccion de Claudina fue, como se ha visto

hasta ahora, muy feliz. Parecía estar maravillosamente dotada para este papel que requería tanta audacia como coquetería. Solo que ni ella ni Lamoignon habían previsto la presencia en la Martinica de Dubost, quien había casi comprometido y podía comprometer aun el éxito, complicando y contrastando los planes de la condesa. Creían á Dubost muerto ó por lo menos en galeras. Tampoco habían tomado en cuenta las pasiones humanas que destruyen con tanta frecuencia las mas hábiles combinaciones políticas en todos los paises.

Su punto de apoyo, el eje de su política en la Martinica era la existencia en la colonia de un sobrino de Du Parquet, buen hombre y de escasa fortuna. Si era de aquellos á quienes el reino de los cielos pertenece de derecho en el porvenir, no mostraba la mas mínima pretensión á ninguno de los reinos de este mundo, por pequeño que fuese. Su nombre era Du Parquet de Clermont y vivía sin ambicion y sin cuidados en un rincon de tierra inmediato á la espléndida habitacion donde su tio había desplegado tanto valor y genio para la fundacion de la colonia. Por otra parte estaba rodeado de todo el respeto que su nombre ilustre inspiraba en toda la isla.

El objeto de Lamoignon era explotar esta veneracion profunda de los colonos por el nombre de Du Parquet, veneracion que ha continuado hasta nuestros dias en los últimos descendientes de esta familia, para hacer proclamar gefe de la Martinica á este resto ilustre, en el momento de la sublevacion de los colonos. Consumado este hecho, Lamoignon intervenia, demostraba la incapacidad de Cler-

(AVENTUREROS.)

mont para sostener tan encumbrada posiclon, se aprovechaba de los obstáculos que este suceso producia a la Francia, y les ponía un término, proponiendo, como apoderado de los Du Parquet, encargarse de un peso tan insoportable para los hombres de su aliado.

Maubrac investido de toda la confianza de su hermana, habia sido puesto por ella al corriente de este complot: pero Mad. de Saint Chamans, victima ya una vez del proceder poco generoso de Lamoignon, acostumbrada a desconfiar de sus promesas y comprendiendo a qué peligros se espoma en provecho de la ambicion del presidente, habia resuelto quedarse con la parte del leon en la conquista de aquella presa tan ardientemente codiciada.

Habia contado con la patente incapacidad de Clermont para egercer sobre este debil vencedor, despues de su advenimiento, un ascendiente que destruiria todos los calculos de Lamoignon y obligaria en todo caso al presidente a contar con ella.

Ahora se comprenderá el interés poderoso que tenia Mad. de Saint Chamans en que su pasado se ignorase en la Martinica, y en hacer que desapareciese, aunque fuese a costa de un crimen, su marido, cuya presencia comprometia todos sus planes. Así se esplica tambien su ardiente odio contra Du Buc, depositario del terrible secreto de su vida. Importabale, pues, ante todo, quitar al jóven criollo la prueba auténtica que posela contra ella.

El carácter de Maubrac se prestaba admirablemente para este género de maquinaciones, contra las cuales no opuso el menor escrúpulo. Haciéndose emisario y cómplice de su hermana en esta tene-

brosa empresa, aseguraba su porvenir sin arriesgar mas que un pasado cuya pérdida no debía inspirarle ningun sentimiento.

Cuando sus amigos del Predicador, enteramente dispuestos á prestarle ayuda y asistencia, le preguntaron lo que pensaba hacer despues de la caída de La Varenne:

—Eso es cosa mia, les respondió con un tono que no admitia réplica.

—Maubrac sabia que el nombre de Du Parquet de Clermont proclamado con anticipacion, hubiera inspirado temores á los unos y desconfianza á los otros.

—Como gustes, respondieron los aventureros; esperaremos tus órdenes.

—Mis órdenes, replicó Maubrac, son las siguientes: al primer grito de independencian que den los colonos del Predicador contra la Varenne, gritad tambien vosotros: si ellos amenazan, tomad las armas; si llevan la mano á la empuñadura de la espada, que estén ya las vuestras fuera de la vaina: en una palabra, exagerad sus intenciones, id mas adelante que ellos, comprometedlos arrastrándolos á su pesar á la sedicion. Os lo repito, lo demás es cosa mia. Fijad mucho la atencion en lo que ocurra en casa de los Sres. de Autanne y Du Buc.

Al salir del Predicador, Maubrac, perfectamente tranquilo acerca de la fiel egecucion de sus órdenes se habia trasladado á su ajupa de la montaña Pelco donde tenia otra mision que cumplir.



—¿Lo oyes, compadres? dijo Maubrac tirando de la oreja al gefe. La señora condesa se dispensa una hora muy señalada. Pueden atreverse á todo, pero meter cuanto le sea pida y cumplir todo lo que prometan.

—Está dicho, ama, replicó Fabulé dirigiéndose á Mad. de Saint Chamans.

—Teneis otros proyectos que los que hablamos convenido, preguntó Maubrac, que en presencia de Fabulé se mostró reservado para no descubrir el secreto del parentesco.

—El plan que hablamos dispuesto no impedirá la ejecución del que he concluido despues, repuso Maubrac. Pero los dampnos de vuestra ajupa tienen oidos Maubrac; bien lo sabeis: vigilad ó mandad que vigilen los alrededores.

De pie en el umbral de la ajupa, Maubrac esperaba con impaciencia el efecto de la señal con que habia anunciado á Fabulé su llegada.

Casi al mismo tiempo que al gefe de los cimarrones el caballero vió aparecer en la oscuridad á Mad. de Saint Chamans. Esta visita inesperada le sorprendió en gran manera. A pesar de la gravedad que traía pintada en el rostro la condesa, á quien esta expedicion nocturna habia impresionado vivamente, Maubrac no pudo menos de tomar á risa la aventura, en presencia de aquellos dos huéspedes, é hizo la presentacion mútua con el mismo ceremonial que hubiera empleado en un salon entre dos personajes del mismo rango.

—He querido veros de cerca, Fabulé, dijo la condesa sonriendo de un modo que causó al negro mas turbacion que simpatía: he querido hablar con vos y expresaros mi gratitud y mi amistad.

—¿Lo oyes, compadre? dijo Maubrac tirando de la oreja al gefe. La señora condesa te dispensa una honra muy señalada. Puedes atreverte á todo, prometer cuanto te se pida y cumplir todo lo que prometas.

—Está dicho, ama, replicó Fabulé dirijiéndose á Mad. de Saint Chamans.

—¿Teneis otros proyectos que los que habíamos convenido, preguntó Maubrac, que en presencia de Fabulé se mostró reservado para no descubrir el secreto del parentesco.

—El plan que habíamos dispuesto no impedirá la egecucion del que he concluido despues, repuso madama de Saint Chamans. Pero los bambues de vuestra ajupa tienen oidos, Maubrac; bien lo sabeis: vigilad ó mandad que vigilen los alrededores.

—No temais nada, señora, interrumpió Fabulé he puesto cuatro negros de centinela. Esta vez Maubrac no oirá nada de lo que decimos.

—Eres hombre prevenido, compadre. Vaya, echa en tu cui un poco del contenido de tu botella, á la salud de la condesa.

Fabulé despues de hacer la señal de la cruz antes de beber segun costumbre inmemorial de la raza negra, envasó su cui de aguardiente que equivalia á un gran vaso.

—Maubrac, dijo la condesa, habíamos convenido en que Fabulé se aprovecharia del tumulto que ocasionase la insurreccion de los colonos contra M. de la Varenne, para provocar entre los esclavos un movimiento á favor del cual acometerán con la tea y el cuchillo en la mano la habitacion de Du Buc, y se llevarán al prisionero blanco. Ya veis, Fabulé, que tengo empeño en poseer á ese hombre, y

os autorizo á no retroceder ante ningún crimen para arrancarle de su calabozo y traerle á vuestro campo. Mas adelante os diré la suerte que le reservo.

—¿Has comprendido, compadre?

—Perfectamente, amo.

—Pero ¿y si por casualidad, repuso Maubrac, á consecuencia de las revelaciones de Macandal, Du Buc ha hecho desaparecer el prisionero? ¿Lucinda no te ha dicho nada sobre este particular?

—Nada; ignora sin duda si se ha adoptado ese medio.

—Ya he previsto el caso, dijo la condesa; por eso he modificado ó completado nuestro proyecto primitivo. Fabulé ¿sois hombre para conducir de frente dos empresas y dar dos golpes á la vez?

—Tengo doscientos negros á mis órdenes, respondió Fabulé. Puedo enviar ciento á una parte y ciento á otra; yo me pongo en el centro, con un brazo y un ojo á la derecha y otro brazo y otro ojo á la izquierda; y con tal que los soldados del gobernador no me detengan en el camino, me creo capaz de osar á todo y de conseguir cualquier intento.

—¡Bravo, compadre!—Acabad, condesa.

—Pues bien, se trata de igualar la partida entre los señores Du Buc, de Autanne y yo. Es preciso que el juego sea igual. Si el prisionero blanco no está ya en casa M. Du Buc, hagamos por nuestra parte su prisionero que nos permita tratar despues de igual á igual. Decid, Fabulé, ¿podeis robar á la señorita de Autanne y guardarla con todos los respetos que se deben á una muger de su condicion? Esas serán las mejores rehenes que podré devolver á Du Buc, en cambio de Dubost. Explicadle todo

esto á Fabulé de una manera precisa, mi querido Maubrac.

—He comprendido bien, señora, descuidad.

—Me parece, dijo Maubrac, que seria mas sencillo y mas seguro robar á la señorita Antilia y registrar al propio tiempo la casa de Du Buc; con eso no hay mas que devolver la prisionera, si se encuentra al hombre que buscamos.

—Perfectamente. Sujetaos á esas instrucciones, Fabulé.

—Vuestras órdenes serán cumplidas fielmente, señora.

—¿Y no podia ayudaros Lucinda en ese rapto? Algunas indicaciones suyas facilitarían tal vez el éxito.

Fabulé meneó la cabeza en señal de desaprobación.

—No, no, respondió, esa muchacha ha tenido de demasiado cariño á sus amos, y si la entrase el remordimiento éramos perdidos. Tengo mas confianza en mí solo que en nadie.

—Obrad como os parezca. Despues de esta campaña, Fabulé, yo me encargo de vuestra absolución.

—Gracias, señora.

Fabulé llamó con un silvido á los cuatro negros que componian su escolta y los cuales se presentaron á la puerta de la ajupa.

—Mirad bien á esta señora, les dijo. Dios la envia á este pais para dicha de los negros. Si alguna vez necesito de vosotros y no estoy yo para mandaros, haced todo lo que os diga; obedecedla como á mí mismo. En cuanto á ese, añadió Fabulé designando á Maubrac, ya sabéis que es hace tiempo nuestro compadre.

Los cuatro negros, imitando á su jefe se arrodillaron á los piés de Mad. de Saint Chamans.

— Cuando se fueron, Maubrac dijo á ésta:

— Ya estás convertida en jefe de los cimarrones, mi querida Claudina. Eso puede ser útil, porque no se sabe lo que puede ocurrir....

Mad. de Saint Chamans dejó la ajupa de Maubrac antes de la aurora y á la mitad del camino encontró su silla de manos, servida por cuatro negros que la llevaron á San Pedro.

La agitacion promovida por los amigos de Maubrac habia hecho rápidos progresos entre la gente de su especie. No dejarán de encontrar vivas simpatías entre los descontentos y agitadores que abundaban á la sazón en la Martinica. Se hallaba nada menos que de tomar las armas, y el nombre de Du Parquet de Clermont, como jefe de aquella asonada fue pronunciado con habilidad, segun las órdenes que Maubrac habia dejado á dos ó tres de sus amigos mas seguros.

Clermont, espantado de esta manifestacion que venia á turbar su vida tranquila y exenta de ambicion, se encerró en su casa;] resuelto á no salir de ella. En cuanto á los colonos, aunque muy decididos á defender su independendencia ultrajada, desconfiaron de este esceso de celo que mostraban un puñado de aventureros, estraños á la santidad de su causa. Perfectamente tranquilos sobre los sentimientos y la inercia de Clermont, pensaron desde luego en reducir al silencio á los amigos de Maubrac y en deshacerse de ellos.

Pero la Varenne habia sido informado del movimiento insurreccional y puesto ya á la defensiva se puso en marcha hácia el Predicador, donde llegó en

el momento en que se dejaban oír los primeros gritos tumultuosos. Habiendo resonado en sus oídos el nombre de Clermont, y sabiendo la influencia que este nombre, si no el personaje que lo llevaba, ejercía en el espíritu de los colonos, ordenó la prision de este desgraciado. En vano Clermont protestó de su inocencia: la Varenne le puso bajo una buena escolta y lo mandó conducir á San Pedro.

Esta medida enérgica y la inmovilidad de los colonos ante la manifestacion, intimidaron á los partidarios de Maubrac. Habiendo sido presos tambien dos ó tres de entre ellos, temieron haber perdido la partida antes de empeñarla. De pronto se dispersaron; pero la vergüenza de una derrota tan breve hizo recobrar el ánimo á los mas audaces, y se reunieron muy resueltos á empeñar una lucha formal.

El recuerdo de las liberalidades de Maubrac, y de los compromisos recientemente adquiridos, inflamó su valor. Admirados de la indiferencia de los colonos, creyeron que el medio de encender su entusiasmo era librar á Du Parquet de manos de la escolta encargada de conducirle á San Pedro. No dudaban que el ultraje hecho al descendiente del ilustre gefe, moveria á los criollos á vengarle.

Este grupo de atrevidos aventureros tomó el camino de San Pedro y encontró á la escolta de Du Parquet, trabando con ella el combate. El eco de la mosquetería puso en alarma al Predicador, á los colonos y á la Varenne.

Los aventureros fueron derrotados al instante y la noticia llegó al Predicador, anunciando que la escolta habia continuado su camino hácia San Pedro.

Los colonos, al saber el arresto del inocente Du

(AVENTUREROS.)

Parquet que habían ignorado hasta aquel momento, vieron en este hecho un atentado contra su dignidad. Reuniéronse al instante en casa Du Buc. Oyendo el ruido del combate y teniendo que el asunto tomase un giro que comprometiese la situación, resolvieron tomar la ofensiva con la Varenne y aceptar la alianza que habían rechazado al principio con los partidarios de Maubrac. Intimaron, pues, al gobernador que pusiera á Du Parquet en libertad.

La Varenne, despedido por esta insistencia, envió inmediatamente á San Pedro la orden de hacer fusilar sin tardanza al prisionero, y al mismo tiempo se dirigió á la habitación de Du Buc, resuelto á prenderle, sabiendo que él y M. de Autanne eran los agitadores de este movimiento.

La Varenne pasó primero por la habitación de Enrique antes de ir á la de Du Buc. Entró un momento en casa del criollo, abandonada á la sazón al cuidado de Antilia y del postrado caballero, que se daba á los diablos con mucha cólera por verse clavado en el sillón en el momento en que era preciso echar mano á la espada. Antilia salió al umbral de la puerta é hizo á su huésped los honores de una hospitalidad forzada, pero amable y discreta.

La Varenne, que se había entusiasmado ya en la primera entrevista que tuvo con Antilia en San Pedro, se quedó esta vez como deslumbrado por la belleza de la joven criolla. Alejóse pensativo, meditando un proyecto que debía, á su juicio, poner término á aquella lucha en que estaban comprometidas su autoridad y su influencia. Llegó, pues, á la casa de Du Buc transformado medio en fortaleza, medio en

sala de consejo, no como gefe irritado, sino como parlamentario.

Dejó su escolta al pié de la llanura y avanzó solo hasta el umbral de la casa. Autanne y Du Buc le salieron al encuentro, mostrándole el respeto que se debe á un gefe representante del poder real.

—Señores, dijo la Varenne apeándose, el tiempo urge, las circunstancias en que nos hallamos son graves: apresurémonos á atajar ese deplorable conflicto.

—En hora buena, ¡vamos al caso! respondió Autanne.

—Mucho lo deseo, señores. Retirémonos á algun sitio donde podamos hablar los tres.

Autanne, Du Buc y el marqués se encerraron en una sala.

—Veamos, señores, les dijo la Varenne, ¿qué pretendis?

—Nosotros no somos los agresores, dijo Enrique; por consiguiente somos nosotros los que pedimos una esplicacion, señor marqués. Una banda de aventureros, bajo un pretesto que ignoramos y que por cierto es extraño á la causa que queremos defender contra vuestros atentados y vuestros abusos; una banda de aventureros, repito, provoca un levantamiento á consecuencia del cual prendéis brutalmente y mandais conducir á San Pedro á M. Du Parquet de Clermont....

—Es verdad, señores, interrumpió la Varenne.

—Habeis olvidado, señor marqués, el respeto que nosotros los criollos profesamos á ese descendiente del ilustre fundador de esta colonia, é ignorais que M. Du Parquet de Clermont es incapáz de aspirar al papel ambicioso de que le acusais. Nos habeis ajado

en nuestra religion de los recuerdos y habéis cometido otra injusticia, otro acto de despotismo para aumentar el catálogo de vuestras injusticias y abusos de autoridad. Poned ante todo en libertad á M. Du Parquet y despues trataremos.

La Varenne recordó en este momento la órden que habia dado de fusilar á Clermont. Levantóse, abrió la ventana, hizo una seña á uno de los hombres de su escolta y le mandó que volviese inmediatamente á San Pedro con encargo de mandar suspender la ejecución del preso.

—Váveis, señores, añadió dirijiéndose á los doctores, que me mostráis accesible á vuestras reclamaciones. Comprendo el interés y el respeto que me inspira M. Du Parquet de Clermont.

—Señor marqués, os damos las gracias por ese acto de condescendencia.

Ahora, repuso la Varenne, despues de vacilar un momento, hay un medio mas sencillo y mas fácil de entendernos y de sofocar sin efusion de sangre esta rebelion naciente.

Hablad, ya os escuchamos.

—Os quejáis de mis injusticias, de mis abusos de autoridad, de mi despotismo. No quiero examinar si son fundados vuestros agravios. Lo que comprendo es que hay falta de inteligencia, antipatia entre nosotros. Quizá eso proviene de que no nos comprendemos.

—¿Dónde vais á parar? preguntó Enrique.

—Señor de Autanne, repuso el gobernador, acerquémonos unos á otros por vínculos que no sean los del interés público.

—Ignoro lo que quereis decir.

—Teneis una hermana jóven, llena de encantos, que quien compiten el talento, la gracia y la belleza.

—Continuad, dijo al gobernador, la señorita

—Dispensadme la honra de concederme su mano, y este matrimonio que ambiciono con toda la fuerza de mi alma, será de hoy mas el vínculo sagrado que nos ligue á una causa única.

—Enrique se devanó y con voz reposada y digna!

—Señor marqués, dijo al gobernador, la señorita de Autanne no es á propósito para secundar vuestros proyectos. Mi hermana está prometida á su primo Mol Du Buc, y aunque ellos mismos, consintiesen en romper sus compromisos, cosa que dudo, os confieso que tambien os negaria la mano de mi hermana.

—Ese es un insulto, caballero! exclamó la Varenne pálido de cólera.

—No, señor; es una contestación á la demanda que me habeis hecho. No tengo fe en vuestro cariño á este pais y si que le tengo en el afecto que M. Du Buc profesa á Antilia. Dentro de ocho dias faltariais á vuestras promesas y me obligariais quizá á sacar la espada contra el marido de mi hermana. Y por otra parte.

—Y por otra parte, interrumpió Du Buc, hay un medio mas sencillo todavia de reconciliarnos, ya que tales vuestra intencion. Estais supeditado á una muger que ha fraguado esta rebelion, despues de haber inspirado vuestros actos mas detestables, con el único objeto de tener oculta la verdad que voy á revelar. Esa muger...

—Caballero, interrumpió la Varenne con vivacidad, quisiera detener en vuestros lábios una acusacion tal vez apasionada y que va á convertirse en

una calumnia. Toda vez que no ignorais el afecto que me une á Mad. de Saint Chamans, aunque estoy dispuesto á sacrificarlo á un deseo de mi corazón y á un acto de buena política, toda vez, repito, que no ignorais ese afecto, me concedereis el derecho de poner á esa señora al abrigo de injuriosas sospechas.

—¡Vaya, señor marqués! ó no seais generoso mas allá de los límites permitidos, ó dejad que os informemos. Esa muger de que haceis ostentacion es una aventurera. No es tal condesa de Saint Chamans: se llama M.^d. Dubost y su marido está en mi poder desde el dia siguiente á vuestra llegada á la isla. Esa muger lo sabe y con el objeto de apoderarse de Dubost ha llamado en su ayuda una banda de esclavos cimarrones destinados á sublevar á los negros de mi habitacion.

—¿Dónde están las pruebas de lo que decís, caballero? Traedme á ese hombre para que yo le interrogue.

—Ya le oiréis cuando sea tiempo, señor marqués. Dubost no está aquí; mandad registrar si quereis toda mi habitacion; no encontrareis á ese testigo que guardo en sitio seguro para presentarle cuando llegue el dia de la justicia, y cuando haya recibido de París las noticias que he pedido.

La Varenne habia escuchado con una especie de avidez las revelaciones de Du Buc.

—Comprendo ahora, dijo para sí, despues de un momento de reflexion, la causa del odio que profesa Mad. de Saint Chamans á M. Du Buc.

El marqués se paseaba á paso largo por la sala donde estaban encerrados. De repente se detuvo; una sonrisa asomó á sus lábios y murmuró fijando en Du Buc una mirada de triunfo:

—Yo sacaré partido de esa revelación... á mi manera y en propio interés.

Después añadió con benevolencia:

—Acabais de revelarme cosas de la mayor gravedad. Sin tratar de darme razón en este momento del objeto que puede proponerse Mad. de Saint Chamans al representar ese papel, hay en su conducta un misterio que debo penetrar. Como gefes de este movimiento insurreccional, añadió la Varenne acentuando esta frase que comprometia á los dos criollos, poneis, señores, á vuestra sumision y á la pacificación de la colonia condiciones que estoy dispuesto á cumplir lealmente. M. Du Parquet y vuestros delegados serán puestos en libertad y Mad. de Saint Chamans será objeto de una activa vigilancia. En cambio, ¿puedo contar con vuestra palabra, señores?

—Ni M. Du Buc ni yo, replicó Enrique tendiendo francamente la mano al gobernador, aceptamos el título de gefes de la rebelion; pero podemos aseguráros que cuando hayais cumplido vuestras promesas, emplearemos toda nuestra influencia para que los colonos vuelvan al orden.

—Perfectamente, señores: de ese modo comprendereis fácilmente el deseo que experimento de volver prontamente á San Pedro.

Los dos criollos y el gobernador iban á separarse después de cambiar apretones de mano, si no cordiales, al menos políticos, cuando se dejaron oír grandes gritos de angustia al extremo de la llanura. Enrique abrió la ventana y vió á Lucinda que corria hacia él.

—¡Amo, amo! gritaba; ¡una desgracia horrible...!

Estas fueron las solas palabras que pudo pro-

nunciar la negra, indicando con una seña que le faltaba la palabra y llevando la mano á su cuello para comprender la naturaleza del crimen que veia á referir. Despues se desmayó á los piés de Enrique, que al volver la cabeza no vió á su lado mas que á Du Buc. Una nube de polvo que se levantaba á doscientos pasos les anunció que el marqués de la Varenne habia partido con sus oficiales.

Hé aquí la escena que habia presenciado Lucinda ó de cuyo sangriento desenlace podia dar fe.



...nunció la negra, indicando con una señal que le
...tallaba la palada y llevada la mano á su cuello para
...comprender la naturaleza del crimen que veía á
...referir. Después se desmayó á los pies de Antanne,
...que al volver la cabeza no vió á su lado más que á
...Du Buc. Una nube de polvo que se levantaba á dor-
...cientos pasos le anunció que el marqués de la Va-
...tenne había partido con sus oficiales.

...Hé aquí la escena que había presenciado Lucio.
...de ó de cuyo significado desentrase podía dar le-

...mente y se retiró por instinto al lado del capiteo
...al partir.
...—¿Qué tiempo más me queda? preguntó M. de An-
...tanne.

—¿Tú ves esos árboles padre muy respondido la
...joyen entiendo con sus brazos el cuello de su

En el momento en que estallaba en el Predica-
dor el movimiento insurreccional que hemos visto
abortar, Fabulé bajó de la montaña Pelco á la ca-
beza de unos treinta negros, dirigiéndose con pres-
teza á la habitacion de Antanne.

Segun las indicaciones hechas por dos espías ca-
ribes que habia despachado anticipadamente, sabia
que no debia encontrar la menor resistencia á sus
proyectos. Fabulé llegó al terreno llano de su ha-
bitacion muy pocos instantes despues de la salida
de la Varenne, y aun vió relucir los dorados del
trage del gobernador y de los oficiales que le acom-
pañaban.

El instante no podia ser mas propicio para la
consumacion del crimen que el gefe cimarrón tenia
encargo de llevar á cabo. Todos los esclavos, en
parte por temor y en parte movidos de una espe-

ranza vaga, habían huido de la habitación. Unos se habían encerrado en las cabañas, otros espiaban el éxito de la insurrección que se tramaba en las cercanías. Los criados de la casa, atraídos por la curiosidad, habían seguido corriendo al grupo brillante de los oficiales. Antilia, de pie en el umbral de la casa, admiraba también aquellas chispas de oro que el galope de los caballos hacía brotar de las charreteras y de los trages.

Fabulé se arrojó como un tigre, dando gritos espantosos. Antilia, pálida de terror, entró bruscamente y se refugió por instinto al lado del caballero su padre.

—¿Qué tienes, hija mía? preguntó M. de Autanne.

—¿No oyes esos gritos, padre mío? respondió la joven enlazando con sus brazos el cuello de su padre, á quien cubría al propio tiempo con su cuerpo.

—En efecto, se oyen gritos terribles. ¿Y desde cuándo hay chacales en este país?

M. de Autanne quiso levantarse de su sillón, pero los brazos de su hija le sujetaron en el sillón, donde volvió á sentarse pálido y ruiendo de cólera.

—¡Socorro, socorro! gritó Antilia en el momento en que Fabulé pasó el umbral de la puerta. El rostro horrible del negro la heló de espanto.

—Vamos, señorita, dijo Fabulé enarbolando su bengala, entregaos prisionera.

—¿Prisionera de quién? preguntó Antilia.

—De Fabulé, capitán de esclavos cimarrones.

—¡Miserable insolente! dijo con voz sorda el caballero de Autanne; ¡sal de aquí!

El negro dió un paso adelante. M. de Autanne, como si hubiera recobrado de repente sus fuerzas, que eran las únicas que le habían abandonado, y no la energía ni el valor, se levantó del sillón y separando á Antilia con viveza, cojió con brazo joven su espada que nunca había querido que separasen de su lado.

—¡Sal de aquí, miserable! repitió, haciendo ademán de arrojarle sobre el negro, sal ó te mato como á un perro.

—¡Pobre viejo beké! (pobre viejo blanco) dijo el negro encojiéndose de hombros de pura lástima. Y sin mostrar inquietud por las impotentes amenazas del caballero, Fabulé se acercó á Antilia que se refugió detrás de su padre.

La espada amenazadora del anciano guardaba á la jóven, y la mano que la empuñaba era tan resuelta y hábil todavía, que Fabulé se dejó intimidar por un instante. La actitud firme y enérgica del caballero, su elevada estatura, su mirada de fuego, las gloriosas cicatrices de su rostro y de su pecho desnudo, ejercieron en el negro una especie de fascinación.

No era miedo lo que experimentaba; era ese terror vertiginoso que los blancos han ejercido siempre sobre los negros. Fabulé experimentó una especie de deslumbramiento. A encontrarse solo en presencia de aquel anciano que se levantaba delante de él como el fantasma del valor, no sé si hubiera apelado á la fuga. Pero estaban allí sus compañeros con la vista fija en él y les debía el ejemplo de no temblar delante de un anciano. Fabulé se pasó la mano por los ojos, como para romper la especie de influencia magnética que experimentaba.

Dió un golpe con su *bengala* á la espada del caballero, que permaneció firme en su mano.

—¡Truenos! gritó el negro subiéndosele al rostro la cólera.

—¡Valor, padre mio! dijo la jóven exaltada por la emoción de esta escena.

Fabulé se acercó otra vez y al mismo tiempo que se arrojaba sobre el viejo enarbolando su arma, alargó las dos manos para cojer á Antilia. Por hábil que fuese este movimiento brutal y decisivo, toda vez que hizo caer al caballero sobre su sillón, el hombro de Fabulé encontró la punta de la espada. Sintió penetrar en sus carnes el frío del arma y brotó la sangre. Esta leve herida exasperó al negro: retrocedió dos pasos y empuñando su *bengala* con ambas manos, descargó un golpe terrible sobre la cabeza del anciano que dió un ruido y cayó al suelo con el cráneo partido.

Un coro infernal de gritos y carcajadas saludó el triunfo de Fabulé, que creyó su victoria segura. Pero Antilia, bañada en la sangre de su padre, recojió la espada que se había desprendido de sus manos; y sin saber muy bien la pobre jóven el uso que podría hacer del arma, la opuso á los ataques del bandido. No parecía sino que aquella sangre de soldado de que estaba inundada se había trasladado á sus venas.

Inhábil para manejar aquella pesada y valiente espada, que en cualquiera otra circunstancia no hubiera podido levantar siquiera su mano delicada, se arrimó á la pared, amenazadora como una leona y resuelta á vender cara su vida antes que entregar su libertad á aquel negro insolente.

Fabulé empezó por sonreír y encojerse de hom-

bros al ver la actitud de Antilia y creyó que bastaba querer para someter á aquella jóven.

Sin embargo no pudo menos de admirar aquel arranque de valor inesperado.

—Un buen *beké*, murmuró el negro, siempre engendra hijos valientes.

Pronunciada esta sentencia, Fabulé, que no tenía tiempo que perder, resolvió poner fin á aquel largo y sangriento drama, cuyo desenlace le estaba confiado. Se acercó resueltamente á Antilia creyendo intimidarla, pero la jóven criolla detuvo con la punta de la espada los primeros pasos del negro.

Fabulé enarboló el arma con que habia vencido al anciano hacia un momento.

Recordando que no tenía orden de usar de violencia con la jóven, dejó caer la *bengala* sobre la espada que vacilaba en la mano de Antilia, pero que esta no dejó caer.

Uno de los compañeros de Fabulé, queriendo ayudar á su gefe y aprovechando el momento en que la punta de la espada de Antilia estaba baja, se abalanzó sobre la jóven para sujetarla. Antilia, al ver este movimiento, levantó el arma y recibió con la punta al negro, que recibió el golpe de lleno en el pecho.

Espantada de repente con el espectáculo de aquel hombre que agonizaba entre las ansias de la muerte, Antilia llevó la mano á sus ojos dando un grito.

Fabulé cojió entonces á la criolla por los dos brazos para llevársela; pero Antilia sintió renacer toda su energía, y desasiéndose con sus esfuerzos desesperados de las manos de hierro del esclavo, y tirándose al suelo, se agarró á todos los muebles, á

todos los objetos que encontraban sus dedos crispados: por un momento fueron los vestidos de su padre los que le sirvieron de punto de apoyo y se los llevó á pedazos entre las manos. Por fin enlazó con sus brazos, como una suprema tabla de salvación, el cadáver del negro que habia muerto, y con tal vigor que Fabulé desconfió de poder arrancarla de allí sin destrozar sus miembros. Para acabar mas pronto juzgó prudente llevarse atados uno con otro en repugnante coyunda, el cadáver del negro y el cuerpo de la jóven. Fabulé cargó sobre sus hombros su doble presa y huyó.

Lucinda llegó á casa de su amo cinco minutos despues de la salida de Fabulé. Su cabeza experimentó un deslumbramiento al ver al cadáver del anciano caballero y la sangre que inundaba el pavimento.

Llamó á gritos á su ama, recorrió la casa desierta que llenó de lamentaciones y vió que las pruebas no faltaban, que el asesinato del caballero de Autanne no era el único crimen cometido. Las huellas de esta lucha enérgica, desesperada, que hemos referido, estaban allí; Antilia habia sido víctima de una infame cobardia, habia sido evidentemente robada: ¿por quién?

Las ideas se agolparon al principio confusas en la cabeza de Lucinda; pero se acordó de repente del amor á Antilia que habia sorprendido en las miradas de Macandal. No hubo duda en ese pensamiento; Macandal era el autor del crimen.

Desgraciadamente la única prueba que hubiera podido convencer á Lucinda de su error habia desaparecido. Fabulé, llevándose el cadáver del negro que la jóven hubiera reconocido como perteneciente

á su banda, se había llevado la única prueba que pudiera dar sospechas.

Lucinda anonadada, medio loca, tomó corriendo el camino de la habitación de Du Buc, donde la hemos visto llegar jadeante y desmayarse á los piés de Enrique.

Cuando hubo recobrado la razón dió cuenta del horrible espectáculo que había presenciado, comunicando á Enrique los motivos que la inclinaban á acusar á Macandal como autor de aquel cobarde asesinato y de aquel rapto odioso.

La espantosa revelacion que Lucinda hizo á Enrique del amor de Macandal á Antilia, indignó al jóven criollo tanto, por no decir mas, que el asesinato de su padre. De vuelta á su habitación, donde todos los habitantes del Predicador le habían acompañado, levantó el cadáver del caballero y lo estrechó contra su corazón cubriéndole de besos.

—¡Ah! padre mio, murmuró sollozando, padre mio, yo te vengaré. Bien sabia yo, añadió recojiendo la espada cuya hoja estaba teñida en sangre, bien sabia yo que no había esperado la muerte sentado en su sillón de dolor. Ved esa espada tan noblemente llevada hasta que ese brazo débil ha sido vencido por la edad y las enfermedades: aun se ha hundido una vez en el pecho de esos miserables. Pero si ha sido impotente para defender su vida y la libertad de mi hermana, será formidable en mis manos para castigar al cobarde.

Enrique reclinó la cabeza sobre el hombro del cadáver, y cubrió de lágrimas y besos aquel noble rostro que había conservado toda la energía que le animaba en el momento en que el asesino había dado el golpe de muerte.

—Señores, repuso Enrique levantándose de repente sereno y firme, es preciso que olvide mi dolor para pensar en otro deber y vosotros me ayudareis á cumplirlo. Marchemos al campo de Macandal y exterminemos hasta el último de esa banda de infames bandidos. Esta vez al menos y en presencia de un atentado semejante, supongo que el marqués de la Varenne no prestará su apoyo á los esclavos cimarrones, nos dará socorro y las tropas necesarias para esta campaña.

Cuando Enrique y Du Buc estuvieron solos, Lucinda se acercó á ellos temblando, y echándose á los piés de su amo estrechó sus manos con efusion cubriéndolas de lágrimas.

—¡Perdon, amo mio! exclamó; soy muy culpable por no haberos revelado ese amor fatal de Macandal á la señogita Antilia; pero cuando sorprendí ese secreto no sabia de quién debía vengarme, si de Macandal ó de la señorita. Tenia ofuscado el cerebro y hasta esta mañana no ha brillado el sol en mi corazon. Quiero enmendar mi falta prestándoos un gran servicio.

—¿Qué servicio? Habla.

—Cuando dije á Fabulé el secreto que Macandal os habia revelado, aquel juró que el mulato moriria á sus manos. ¡Oh! yo le hubiera ayudado con placer llevada de mis celos; pero esta mañana he sorprendido en el campo de Fabulé un plan de rebellion con que se trataba de exterminar á los blancos. Vuestro nombre ha sido pronunciado y entonces me he acordado de vuestras bondades conmigo y de mi escelente ama, y he huido para daros aviso.

Enrique escuchaba á Lucinda con gran atencion.

—¿Dónde vas á parar? le preguntó.

—Os he dicho que Macandal no tiene mayor enemigo que Fabulé y vais á emprender contra ese mulato una expedicion en que los blancos no saldrán nunca vencedores. Yo conozco ahora los caminos que hay que pasar para llegar al sitio en que se han fortificado los cimarrones, y sé que no llegareis jamás. Pues bien, yo me voy en busca de Fabulé, le prometeré de parte vuestra todo lo que querais, para que sea él quien ataque á Macandal y libre de su poder á la señorita Antilia.

Enrique reflexionó un momento, concertóse con Du Buc y dijo á Lucinda.

—Vé y haz lo que te inspira tu lealtad; y si consigues que prendan á Macandal, tendrás por recompensa la libertad.

Lucinda besó las manos de Enrique, se levantó orgullosa y llena de júbilo por la mision que acababan de confiarle y marchó sin demora al campo de Fabulé.

—¿Esperaremos nosotros, preguntó Du Buc, el éxito de la tentativa de Lucinda, ó nos pondremos en campaña con nuestras propias fuerzas y los socorros que el gobernador no podrá negarnos? ¿No temeis nada por nuestra pobre Antilia?

—A la verdad, mi querido Du Buc, respondió Enrique, que si no escuchara mas que los consejos de mi ternura, volaria solo, si necesario fuera, salvando obstáculos y peligros al socorro de Antilia; pero dejemos obrar á Lucinda. Ya sabeis que los negros poseen recursos poderosos y ocultos; y además, considerando los abismos de que estamos rodeados, casi estoy por no creer en los sucesos que se han verificado, ó por mejor decir, creo que se

(AVENTUREROS.)

han verificado con otro objeto que el de que habla esa negra. No hay de cierto ni de realmente positivo mas que el horrible asesinato de mi desgraciado padre. Escuchad, mi querido amigo, continuó Enrique después de un corto momento de reflexion, debemos estar preparados para sucesos graves que reclamasen nuestra presencia aquí; porque de la parte de San Pedro soplará un viento que nos traerá mas tempestades que el de la montaña Pelco.

—Teneis razon, Enrique, respondió Du Buc apretando afectuosamente las manos de su primo; tengo, como vos, siniestros presentimientos.

Los hechos que acabamos de referir y los que vamos a narrar, ocurrieron simultáneamente en San Pedro y en el Predicador.

La prision de Clermont, su llegada á la cárcel de la ciudad y la noticia de haber sido condenado á muerte, produjeron una impresion de estupor en el pueblo. Cuando los sucesos llegaron á oídos de Mad. de Saint Chamans, ésta no pudo contener un grito de desesperacion que se escapó de su pecho. Se daba por perdida y veia desplomarse todo el edificio de sus ambiciosos cálculos.

Y Maubrac no estaba allí para sostener su valor desfallecido y ayudarla con sus consejos.

Hasta entonces la condesa habia representado su papel con una habilidad maquiavélica. Habia sabido conquistar en el espíritu de la Varenne una influencia considerable, arrastrando de una manera fatal al marqués por aquella sen la despótica, que escitó el odio de los colonos, y habia ido preparando el momento en que debia estallar el levantamiento cuyo objeto hemos referido. El lector recuerda que ara ella se trataba de derribar á la Varenne y hacer

proclamar á Clermont gobernador. Tampoco se habrá olvidado sin duda cuáles eran los proyectos de Mad. de Saint Chamans y por cuenta de quién trabajaba.

Así se explica la turbacion que le causó la prision de Clermont, inocente instrumento de esta política tortuosa, debió ocasionar á Mad. de Saint Chamans. Todos estos planes venian al suelo de un golpe: le iba en ello mas que la vida, porque temia que una tardanza en el éxito diese tiempo á Du Buc para recibir de París los informes que indudablemente habia pedido á consecuencia de las revelaciones de Dubost.

La condesa creia que no le quedaba mas medio que la fuga. Al instante se le vino á las mientes Fabulé, á quien habia encontrado tan dócil y tan agradecido en su entrevista. Seguramente que Fabulé no le negaria la hospitalidad que iria á pedirle. Todos los demás sucesos que eran consecuencia de su alianza con el jefe de los cimarrones, el rapto de Antilia, las pesquisas para encontrar á su marido, su venganza contra Du Buc; todo lo habia olvidado al pensar en su propia salvacion.

Loca de terror se disponia ya á salir para marchar á la *ajupa* de Maubrac, cuando se presentó éste con la calma y el imperturbable aplomo que tenia de costumbre.

—¿Qué pasa, Claudina? preguntó á su hermana; ¿qué sucede para que corras de ese modo como una desesperada?

—¿No sabes nada de lo que ocurre?

—Lo sé todo, querida hermana.

—Se ha dado un golpe en falso, dijo la condesa con desesperacion.

—El golpe se ha aplazado y ya encontraremos medio de volver á comenzar la empresa y acelerar el éxito.

—Pero Clermont....

La condesa fue interrumpida por una explosión de vivas que estalló en todos los tonos en las calles de la ciudad.

Aquellas manifestaciones eran ocasionadas por la noticia de haber sido puesto en libertad Du Parquet, á quien los colonos llevaban en triunfo por las calles gritando:—Viva Clermont!

La comitiva desfiló bajo las ventanas de Claudina, que la vio pasar, oculta detrás de las celosías. Un relampago de gozo brotó de su pupila.

—Crees, le dijo Maubrac, que ese frenesí por Du Parquet, no es de buen agüero? Con ese nombre unido á un ente semejante, podremos, cuando queramos, levantar la colonia entera.

—Es verdad, murmuró la condesa, en quien acababa de renacer la confianza.

Maubrac continuó:

—El lado grave de la situación es que parece que se ha firmado la paz entre la Varenne y los colonos.

—¿Con qué condiciones? preguntó la condesa con vivacidad.

—Eso es lo que ignoro todavía; pero pronto lo sabré. En todo caso esta paz no puede ser de larga duración. Los colonos han mirado con harto odio á la Varenne para profesarle un afecto sincero. En cuanto á él está demasiado acostumbrado á hacer cuanto se necesita para merecer ese odio. Lo más urgente es negociar con Autanne y Du Buc el canje de prisioneros; porque importa que nos deshagamos cuanto antes de tu marido.

—¿Antilia está bien en manos de Fabulé?

—Perfectamente; solo que ese salvaje ha cometido un atróz y horrible crimen que ha exasperado mas á los colonos. Ha asesinado al anciano caballero de Autanne. Afortunadamente los colonos, por una complicacion de incidentes diversos cuyo hilo no he podido seguir bien todavía, están convencidos de que el autor del crimen y del rapto es Macandal. Contra éste va á organizarse una batida para la cual vienen á pedir auxilio á la Varenne. Este error favorecerá en gran manera nuestros proyectos. Mientras la expedicion se estravie en los senderos perdidos de la montaña Pelco, en persecucion de Macandal, propondremos el cámbio de los rehenes; los blancos habrán tenido ya tiempo de perder bastante gente para desear las negociaciones. Una vez fuera de combate tu marido....

La condesa ya no escuchaba á Maubrac. Con la cabeza inclinada sobre el pecho y la mirada fija en el suelo, seguia al parecer una idea confusa todavía.

Los pasos de la Varenne se dejaron oir en la escalera y la condesa se levantó aceleradamente.

—Ven á verme dentro de un instante, dijo á su hermano.

Maubrac salió en el momento que entraba el marqués.



XL.

Dos eran los motivos que conducian á la Varenne á casa de la condesa de Saint Chamans. Habíale llamado la atención el entusiasmo escitado por Clermont, y el paseo triunfal por la ciudad le inspiró graves inquietudes. Mientras Maubrac y la condesa se regocijaban de las simpatías de que Clermont era objeto, la Varenne meditaba sobre la influencia que el nombre venerado de Du Parquet ejercia en los colonos.

—Ese, decia para sí, es un hombre realmente peligroso. Incapaz de sacar partido en provecho propio de esa simpatía que se asemeja á la devoción, fuerza es, sin embargo, tenerle consideracion por temor de que se sirvan de él como de un instrumento.... á no ser que sea mas prudente hacer que desaparezca.

Por otra parte, la idea dominante de la Varenne era deshacerse de su rival, cuya presencia dañaba á

sus proyectos relativos á la señorita de Autanne. Habia recordado el odio de la condesa contra Du Buc; odio inesplicable en un principio para él, pero cuya causa estaba ya á su alcance, y tenia en sus manos un poderoso resorte que poner en juego.

—Vamos, mi querida Claudina, dijo el marqués sonriendo hipócritamente, acabamos de ganar una gran partida. ¡Oh! ya veis si mis presentimientos y mis antipatías eran infundados. Esos colonos son unos rebeldes insensatos y gente peligrosa que es preciso tratar con la espada en alto.

—Y vos, caro marqués, sabeis tener la vuestra con mano bastante firme para no tener nada que temer en lo sucesivo.

—Sí, la paz está firmada, pero desconfío de ella. Las causas de disidencia ya no existen en la apariencia: el complot para sublevar á los esclavos de Du Buc ha fracasado; lo olvido, lo perdono todo y pongo en libertad á Clermont Du Parqu et.

—Habeis hecho bien: además ese M. de Clermont es poco peligroso.

—Es verdad, repuso la Varenne, pero esos malditos criollos se han reservado pretextos para volver á las andadas al primer capricho de una cabeza un poco exaltada.

—Explicaos.

La Varenne estaba visiblemente confuso. Venia á representar como la condesa una comedia de astucia cuyo desenlace podia ser terrible y donde iba á empeñarse una lucha de pasiones. Ahora bien, la diplomacia no era precisamente el talento del marqués; vaciló un instante y tomando una resolución repentina abrazó á la condesa con aparente efusion.

—¿Sabeis, mi querida Claudina, le dijo con tono de indiferencia, á quién los señores colonos atribuyen la responsabilidad de todas las turbulencias que agitan la colonia, de todos los descontentos que rujen al rededor mio, de todo el odio en fin que les inspiro y que no se cuidan de disimular?

—No sé.

—Adivinad.

—Vaya, mi querido la Varenne, ya que vos sabeis y yo ignoro, no me interrogueis y explicaos, dijo la condesa con una impaciencia que no estaba exenta de inquietud.

—Pues bien, Claudina, sobre vos pesa tan grave responsabilidad.

—¡Sobre mí! murmuró la condesa estremeciéndose de piés á cabeza.

Y al propio tiempo se puso pálida.

—¿Qué os importa eso? dijo la Varenne con un acento que finjía á la vez el desprecio y la espresion del mas tierno y ciego amor.

—Quiero saberlo todo, dijo Mad. de Saint Chammans.

La Varenne le refirió entonces palabra por palabra las revelaciones de Du Buc. La condesa, que oia por segunda vez estas terribles confidencias, en que estaba comprometida su existencia entera, dirigió á la Varenne una mirada de leona que penetró hasta el fondo de su alma.

—¿Por qué esas lágrimas y ese cólera, querida Claudina? Contestó el marqués con un tono engañoso; ¿habré de deciros que no creo una palabra de esas abominables acusaciones, en las que se descubre tanta envidia contra vos como contra mí? Ellas han destrozado mi corazon: y vos sois y sereis en

a delante para mí lo mismo que habeis sido desde el primer día en que tuve la dicha de conoceros.

—¿Quién os ha contado esa fábula infame? preguntó la condesa.

—Una persona que aborreceis y ahora comprendo vuestro odio.

—No puedo adivinar á quién aludís, porque todos los criollos me son odiosos.

—El culpable es M. Du Buc, respondió la Varenne.

—¡Ah! ¡es M. Du Buc! ¿Y habeis sido tan bueno que le habeis escuchado hasta el fin sin darle de bofetadas por cobarde, como lo hubierais debido hacer á tenerme la mitad del afecto y estimacion que suponéis?

—Veamos, mi querida Claudina; no necesito repetiros que no he dado fe á esa calumnia, así como tampoco seguiré el consejo que me ha dado á ese propósito.

—¿De veras? ¡Ah! ¿se ha tomado la molestia de daros un consejo? ¿Y qué consejo es ese?

—M. Du Buc ha añadido que la calma renacerá en la colonia y que los colonos y yo viviremos en buena inteligencia en cuanto me separe de vos.

—¡Ah! ¿conque estoy en tela de juicio....? ¿Y habeis decidido que me vaya, no es verdad?

—¿Quién os dice tal cosa? Al contrario, mi intencion formal é inmutable es haceros respetar, Claudina, y mostrar por medio de mi afecto, el valor que doy á vuestra presencia en la isla.

—¡Pues bien! exclamó la condesa, en hora buena; partiré, dejaré este pais y os granjearé el amor de vuestros colonos.

—¡Estais loca, Claudina!

(AVENTUREROS.)

—Pero antes de alejarme, continuó ésta, me vengaré de M. Du Buc.

El rostro de la Varenne se inundó de gozo. Estas últimas palabras, pronunciadas por la condesa con el acento de la rabia mas violenta, le aseguraban el triunfo que se habia propuesto.

—No dejareis la colonia, mi querida Claudina, replicó la Varenne; no lo consentiré de ningun modo.... Por lo que hace á vengaros de M. Du Buc.... es cosa vuestra.

La condesa levantó la cabeza con vivacidad y miró al marqués cara á cara.

—Aunque la cosa no vale realmente la pena, repuso éste, algo turbado por aquella mirada de fuego. Es una de esas calumnias á que están espuestas diariamente todas las mugeres en esta sociedad, lo mismo que en la del antiguo mundo.

—De ese modo, murmuró la condesa, me aconsejais que me vengue?

—Os repito que el crimen de M. Du Buc no merece, á mi juicio, mas que el desprecio.

—Pero al menos me dejareis obrar á mi antojo?

—Eso es cosa vuestra.

—Bien está, dijo Mad. de Saint Chamans. ¡Oh! me ha de pagar cara esa infamia!

La Varenne no habia representado aun mas que la mitad de su comedia. El primer triunfo que acababa de conseguir era fácil; el medio para conseguirlo, brutal y grosero, pero infalible. Escitando el odio de Mad. de Saint Chamans contra Du Buc, ponía inevitablemente á esta en el camino de un crimen, cuyo resultado debía librarle de un rival importuno en la cuestion de su amor á Antilia.

Pero con esto no estaba todo conseguido: la Va-

renne tenía un enemigo temible por su popularidad, y este enemigo era Du Parquet. Autorizando la venganza de Claudina, contaba en cambio con su gratitud y su apoyo para aniquilar á su competidor, y se apoyó en la prueba de interés que acababa de dar á Claudina para exigir de ella una prueba de afecto.

La Varenne dejó un momento á la condesa bajo el peso de la revelacion que le habia hecho, y saboreando su venganza, que debía ser tanto mas implacable cuanto mayor habia sido el ultraje. Cuando juzgó que la hiel habia destilado bastante en el corazón de la condesa, se acercó á ella y estrechándole las manos con ternura:

—Me deciais poco há, mi querida Claudina, que Du Parquet era un hombre poco peligroso....

—En efecto, respondió la condesa algo distraída.

—Así lo creo yo tambien, repuso el marqués; pero no es menos cierto que las manifestaciones entusiastas de que ha sido objeto esta mañana, ocultan una amenaza en el fondo y me dan mucho que pensar. Mi autoridad y hasta mi persona pueden verse comprometidas.... Ahora bien, mi querida Claudina, necesitais que mi poder no decaiga teniendo, como teneis, una venganza legitima que llevar á cabo, y...

—¿Dónde vais á parar? preguntó Claudina con viveza.

—Quisiera tender un lazo á Du Parquet. Buscad un pretesto que me libre de él para siempre.

Este proyecto no era del agrado de Mad. de Saint Chamans. La persona de Clermont le era harto necesaria para esponerla á las venganzas de la Varenne, y mucho menos para ayudarle á llevarlas á cabo.

—¿Qué os importa, dijo al marqués, que sean ó no significativas las simpatías que despierta M. Cler-

mont Du Parquet? Vamos á ver; ¿ese desgraciado tiene los hombros bastante robustos para llevar el peso que á vuestro modo de ver quieren confiarle?

—Convengo, dijo la Varenne; pero ese hombre me importuna con la popularidad de su nombre. Quisiera evitar el caso de tenerle que derribar por un medio brutal y demasiado evidente, del pedestal en que le han colocado los colonos. Buscad, pues, mi querida Claudina, imaginad un lazo que pueda ponerle en mi poder.... Nos interesa igualmente á vos y á mí.

Un relámpago cruzó por la mente de Mad. de Saint Chamans. El marqués acababa de poner en sus manos el arma mas poderosa que pudieran apeteer su política y sus proyectos de ambicion. Salvar á Clermont aparentando sacrificarle á los temores y al terror de la Varenne, le parecia el resorte capital de la comedia que se habia propuesto representar. Disimuló su gozo y adoptó el tono mas indiferente para preguntar á la Varenne:

—¿Lo decis seriamente?

—Muy seriamente.

—Pues bien, ya que tanto os interesa, yo os libraré de Clermont.

—¿De qué modo?

—¡Oh! supongo que me dareis tiempo para formar mi plan y madurarle?

—Por supuesto, querida Claudina.

La Varenne estaba muy ufano creyendo haber cojido á la condesa en la red que le tendia, y disimuló bajo una efusion de gratitud exagerada, la inmensa alegría que experimentaba. Du Buc y Clermont, sus dos competidores, sus dos rivales en las regiones del poder y del amor, desaparecian de un

solo golpe. La misma mano heria á los dos, al uno por una venganza hábilmente fomentada, al otro por una compensacion comprada á poca costa.

Este doble crimen se cometia en provecho suyo, sin arriesgar su persona ni su carácter. La responsabilidad entera pesaba, segun sus cálculos, sobre Mad. de Saint Chamans, que estaba dispuesta á sacrificar, si era preciso, á la vindieta criolla, aparentando satisfacer de esta suerte los principios mas vulgares de justicia.

La Varenne, ignorando á qué causa se debía la popularidad repentina y alarmante de Clermont, no podia sospechar que organizando contra él un complot, de acuerdo con Mad. de Saint Chamans, caia en una red urdida por la misma condesa.

Al levantarse para salir, gozoso y satisfecho de su combinacion maquiavélica, la Varenne estrechó la mano de Claudina.

—De modo que estamos de acuerdo, le dijo, vos me librais de Clermont Du Parquet.

—Favor por favor, replicó la condesa; vos me entregais ó dejais que caiga en mis manos Du Buc.

—Está firmado el pacto, mi querida Claudina: abnegacion por abnegacion. ¿Vuestra suerte y vuestra fortuna no están ligadas á la mia?

—A propósito, dijo la condesa, ¿no podríais designar á Du Buc entre los que han de formar parte de la expedicion contra Macandal....? Ya me entendeis.

—¡Diantre! ¡Teneis razon!

Apenas salió la Varenne, Mad. de Saint Chamans dió un rujido de hiena al ver una presa asegurada.

—¡Ah! dijo paseándose con agitacion por la estancia

ya estamos los dos frente á frente. ¡Sres. Du Buc y la Varenne! os tengo en mi poder.

Claudina se dejó caer sobre un sillón. Sus ojos medio cerrados en vez de mirar los objetos exteriores parecía que contemplaban su propio interior; sus dientes apretados cortaban el lábio inferior, sin que se mostrase sensible al dolor de esta herida; su frente arrugada á causa de una contracción nerviosa, estaba medio oculta entre sus manos, cuyos dedos atormentaban la suelta cabellera. Con los codos apoyados en las rodillas, y la espalda encorvada, Claudina se hallaba de perfil á la puerta.

No oyó entrar á su hermano á pesar de la espada y las espuelas que sonaban sobre el pavimento de la estancia. Maubrac permaneció un momento en el umbral, como si quisiera respetar el recojimiento de Claudina, pero viendo la inmovilidad de su hermana y el desórden de su tocado, se acercó á ella con presteza y cojiéndola del brazo:

—Claudina, le dijo, ¿qué te pasa?

—¡Ah! ¿eres tú? exclamó Mad. de Saint Chamans enderezándose de repente. ¿Llegas muy á propósito!

Claudina ofreció á la vista de Maubrac su rostro descompuesto por la palidez; y echando atrás con ambas manos su espesa cabellera, que le cubría la frente, con voz seca dijo á su hermana:

--Siéntate y escucha.

Maubrac se sentó maquinalmente en la silla que le designaba Claudina. Estaba espantado y conmovido por el estado en que la veía.

—O somos perdidos, le dijo con tono penetrante, ó llegamos al término de nuestros sueños y de nuestra ambición! Un paso nos separa de un abismo afrentoso ó de una gran victoria. O estoy amagada

del oprobio mas espantoso ó tengo en mis manos el triunfo.

La emocion apenas hacia inteligibles las palabras de Claudina. Se detuvo y limpióse el sudor que inundaba su frente. Maubrac esperó, sin atreverse á pronunciar una palabra.

—Tenemos, dijo la condesa despues de un instante de silencio y de recojimiento, tenemos dos cosas que hacer, dos crímenes que cometer: necesito tu brazo, tu espada y tu inteligencia.

—¿De qué especie de empresa se trata? preguntó Maubrac con el aplomo de un maton de plaza.

—Se trata, respondió la condesa pronunciando estas palabras con estraña volubilidad, se trata de llevarse á Clermont, cuya libertad, y cuya vida tal vez, están amenazadas, y de ponerlo en lugar seguro.

—Bien.

—Se trata de matar á Du Buc dentro de veinticuatro horas, ya sea en un duelo contigo, ya haciéndole asesinar si es preciso. Escoge el mas facil y pronto de estos dos medios.

Maubrac se retorció el bigote, levantóse, dió una vuelta por la sala y volvió á sentarse al lado de su hermana.

—No me niego á nada de lo que me pides, dijo con calma perfecta; pero antes de decir que si, necesito comprender mejor.

Claudina miró á su hermano con ironía. Empezaba á dudar de todo el mundo y no pudo menos de sospechar hasta de Maubrac.

—Quieres que desaparezca Du Parquet, repuso el caballero; ¿con qué objeto?

—Porque la Varenne no ha podido oír sin temor las manifestaciones de simpatía de que Clermont ha sido objeto. Te digo que tiene miedo y si no hacemos desaparecer á ese desgraciado, es perdido, nuestros proyectos fracasan y mi mision aquí queda sin resultado. ¿Comprendes ahora? Por otra parte me he anticipado á los deseos de la Varenne y le he prometido librarle de ese rival importuno: él mismo ha favorecido nuestros proyectos sin saberlo.

—Muy bien, replicó Maubrac; pero ¿quién se ha de llevar á Du Parquet?

—Esa es cosa tuya: tú y tus amigos. Lo que quiero, lo que necesito indispensablemente es que Clermont se libre de los terrores de la Varenne, que pueden convertirse á la menor emocion, en una cólera fatal.

—Du Parquet será puesto á cubierto, yo respondo. No se necesita esconderlo; bastará velar por él como si fuera un tesoro. Mis amigos le rodearán.

—En hora buena; pero que vigilen bien.

—Fia en mí; pero lo que me esplico menos es tu resolucion de matar á Du Buc.

—¡Quiero que muera! ¿No sabes que ha revelado á la Varenne todas las noticias que sabia por mi marido? Es mi enemigo mas encarnizado y peligroso. La Varenne ha aparentado no dar crédito á esas revelaciones, pero es indudable que cree; y si flaquea el poder que ejerzo sobre él, soy perdida. Abandonada hoy, mañana será espulsada de la colonia.

—Veo, mi buena hermana, dijo Maubrac, que no sabes todo lo que pasa. Si has engañado á la Varenne aparentando servirle con el rapto de Clermont, la Varenne en cambio te ha tendido un lazo

escitando tu odio contra Du Buc: guárdate de caer en esa red. A estas horas Du Buc es, por el contrario, tu tabla de salvacion.

—No comprendo, dijo Claudina acercándose con presteza á su hermana.

—Sí, la Varenne te ha tendido un lazo, continuó Maubrac. Que Du Buc haya revelado las noticias adquiridas por Dubost, no es un hecho dudoso; pero la Varenne, al decírtelo, no ha tenido otro objeto que el de librarse de un rival temible.

—¿De un rival? preguntó Claudina estupefacta.

¿De qué rival hablas?

—¿No sabes que la Varenne está enamorado de Antilia? Pues ha pedido su mano como una prenda de la paz y estrecha alianza que quiere formar con los colonos. Pero Antilia está prometida á Du Buc, se aman con pasion y Enrique de Autanne ha rechazado la demanda de la Varenne. Este no tiene mas que un medio de conseguir la realizacion de su sueño, y es el de deshacerse de Du Buc, y ha contado indudablemente con tu venganza para lograr su intento.

—¡Oh! eso es abominable! exclamó Claudina. ¿Y qué se debe hacer?

—Ante todo dejar que viva Du Buc, replicó Maubrac; que es el medio de quitar á la Varenne toda esperanza de matrimonio. De esta suerte no es posible ninguna reconciliacion entre él y los colonos, y tú, por el contrario, conservas tu influencia, porque viviendo Du Buc, la Varenne tendrá necesidad de lisonjear tus resentimientos y atizar tu odio.

—Tienes razon, Maubrac, tienes razon. Pero no debemos contentarnos con eso; porque es una pura defensiva que no basta. Me importa obrar. Discur-

re, busca, tú eres dueño de tí mismo; yo no sé dónde tengo la cabeza.

—¡Oh! ya he combinado mi plan, mi querida Claudina. ¿No me interesa también á mí?

—Veamos, habla.

—Como decías muy bien, hace un instante, es fuerza tomar la ofensiva. Todos los sucesos que están ocurriendo nos proporcionan el medio. Es preciso desde luego volver contra la Varenne la punta del arma que cree tener por la empuñadura. Triunfa de tu odio, ahoga tu cólera y haz caer á Du Buc en la red de tus sonrisas y de tus gracias. En vez de un enemigo tengamos en él un aliado y lisonjemos á los colonos.

—¿Cómo lo haremos?

—Todos ellos creen que Macandal es el autor del asesinato del caballero de Autanne y del rapto de Antilia. Contra ese desgraciado va á dirigirse la expedición á la cual la Varenne ha prestado auxilio con la mayor eficacia. Es preciso llamar á Enrique de Autanne, desengañarle acerca de Macandal, decirle el verdadero autor del crimen y acusar á la Varenne como instigador. Su amor repentino hará por lo menos verosímil esta acusación y tú ofrecerás á Enrique devolverle su hermana.

—En cambio de Dubost....

—Sin condiciones por ahora. El punto capital es levantar á los colonos contra la Varenne. Yo me encargo de ver á Fabulé y de sacar de su poder á la prisionera.

Claudina se echó en brazos de su hermano y lo estrechó con la efusión de la gratitud y de la admiración.

—Aude, le dijo, vé á solicitar de M. de Autanne

XII.

Fabulé había llevado á Antilia ó su propia *ajupa* y le había tributado las mayores muestras de respeto, llevado del influjo que egercia, hasta en aquella naturaleza salvaje, la superioridad de casta y de color. Antilia, ignorando por instigación de quién se había cometido el doble crimen de que había sido testigo y víctima, lo atribuyó á una de esas venganzas bárbaras de que estaba ya tan cargada la conciencia del negro.

Imaginando que su cautividad ocultaba un sentimiento de cupidéz, prometió á Fabulé todas las recompensas que exijiese, y sobre todo la impunidad, para conseguir que la dejase libre; pero el bandido se mostró inflexible. La joven criolla apeló entonces á aquella energía viril que la caracterizaba y los peligros á que se veia espuesta no la espan-

taron. Resolvió aprovechar y hasta provocar la ocasion de escaparse.

Fabulé, confiando en el aislamiento y la posicion formidable de su guarida y tranquilo sobre todo por la aparente resignacion de la jóven, no tomó contra ella otra precaucion que la de encargar á dos de sus negros que cuidasen de la *ajupa*, haciéndoles responder con su cabeza del depósito que tenían encargo de guardar.

Al saber la vuelta de Lucinda al campo, Fabulé tuvo cuidado de alejarla de la *ajupa* donde Antilia estaba encerrada. Temia que fuese sorprendido su secreto y que la jóven negra en un acceso de remordimientos se escapase para ir á denunciarle. Grande fue su alegría al saber por Lucinda los preparativos que hacian los blancos contra Macandal, acusado del asesinato cometido en la persona del caballero de Autanne y del rapto de Antilia. Fabulé, gozoso de encontrar tan buena ocasion de causar la ruina de su rival y de saber al propio tiempo que estaba al abrigo de toda sospecha, prometió todo lo que Lucinda le pedia. Impuso silencio á su odio contra los blancos para prestarles ayuda y proteccion en su difícil y peligrosa empresa.

Conforme á las instrucciones que le habia transmitido Lucinda, Fabulé debia ir á la habitacion de Autanne durante la noche, para concertarse con él y Du Buc sobre las medidas que debian adoptarse para marchar contra Macandal.

—¿Quieres que te acompañe? preguntó Lucinda al gefe de los cimarrones.

El negro reflexionó un momento y respondió:

—Sí tal; me acompañarás.

Fabulé no desconocía la gravedad de su situación. Al tiempo de ponerse en camino se había preguntado á sí mismo si la conducta de la jóven era siucera ó si era un lazo que le tendían.

Por otra parte había resuelto no llegar hasta la habitación, si no detenerse en algun sitio del camino donde la fuga le fuese fácil en el caso de que el combate se presentase con éxito dudoso. Mandaría á Lucinda á avisar á los dos criollos y los esperaría. Contaba con la noche, con su conocimiento particular de las localidades, con su valor y su fuerza para librarse de las emboscadas.

Pusiéronse, pues, en camino Fabulé y Lucinda, y ésta iba temblando de impaciencia, sobrecitada por el odio que le inspiraba Macandal.

A eso de media noche, cuando reinaba en el campo la calma mas completa, Antilia se arriesgó á salir á la puerta de la *ajupa* que le servia de cárcel. El negro que estaba de centinela se hallaba acurrucado en el suelo, fumando en una larga pipa caribe y tarareando á ratos una cancion monótona y lúgubre, cuyas palabras poco poéticas, pero muy significativas, escuchó con gozo la jóven criolla.

Esta cancion, evidentemente improvisada, era una especie de himno de remordimientos en que el negro deploraba el asesinato cometido aquella mañana y el cautiverio de la jóven criolla. Estaba de tal manera absorto en su doble operacion de fumador y de improvisador, que no se apercebó de la presencia de Antilia. Esta, despues de examinarle atentamente á la claridad espléndida de las estrellas, creyó reconocer en él á uno de los que habían invadido su casa y cooperado al asesinato de su padre.

La joven experimentó un estremecimiento de horror; pero el peligro de su situación le hizo vencer la repugnancia que sentía y vino á infundir aliento á su corazón. Acercóse resueltamente al negro y le tocó en el hombro. Este se levantó instantáneamente y empezaron á temblar todos sus miembros, al ver en su presencia á la joven criolla pálida, inmóvil y con los brazos caídos á lo largo de su vestido blanco. Tomóla realmente por una aparición.

—Escúchame, le dijo Antilia. Hace un momento deplorabas en tu cantar, el asesinato odioso cometido en la persona de mi padre y mi íntimo cautiverio.

—Es verdad, ama, respondió candorosamente el negro; porque yo soy quien ha dado á vuestro padre el primer golpe que le ha roto el brazo.

—Calla! exclamó Antilia estremeciéndose y tapándose el rostro con las manos.

—Perdon, ama, dijo poniéndose de rodillas á los pies de la joven.

—¿Tu remordimiento es sincero? preguntó Antilia.

—Dios me es testigo.

—¿Y sientes verme aquí cautiva?

—Sí, ama. Los negros cimarrones pueden matar á los blancos, pero no deben hacerlos prisioneros.

—¿Quieres dejarme escapar?

El negro vaciló, miró en torno suyo con la mayor atención y respondió con lengua balbucien:

—Capitan Fabulé me ha puesto aquí: no puedo; mañana me matará.

—¿A quién pertenecias antes de hacerte cimarron? preguntó Antilia.

—Era capatáz en casa del Sr. de Montfort.

—El Sr. de Montfort es muy buen amo.

—Es verdad.

—Si te prometo conseguir tu perdon, si te prometo comprarte en seguida á M. de Montfort y proporcionarte una vida descansada y feliz en la habitacion de mi hermano ó de mi marido, ¿me dejarás escapar?

El negro paseó otra vez la vista al rededor y respondió muy bajo:

—Ama se perderia en los bosques.

—Entonces tú me acompañarás.

El cimarron se estremeció. No habia vacilado un instante al tratarse de huir de casa de su amo, y temblaba á la idea de escaparse del campo donde era mas esclavo y se veia mas maltratado que en la habitacion de M. de Montfort. ¿Era la libertad lo que deseaba? ¿Qué uso hacia de ella? ¿La tenia siquiera? ¿Era el asesinato, el saqueo á que se entregaba aquel egército de bandidos, lo que le halagaba? ¿Era aquella vida de aventuras y peligros que tiene un atractivo una vez probada su amargura? ¿Era, en fin, el sentimiento de terror que inspiraba su persona y que le inspiraba cierto orgullo de su brutal superioridad? Algo de todo esto habia en la vacilacion del negro al obedecer al sentimiento de piedad que habia agitado su corazon en la soledad, entre su pipa y su cancion.

—No me respondes, dijo Antilia. Si no quieres acompañarme, si desprecias todo lo que te ofrezco en recompensa del servicio que reclamo de tí, déjame marchar sola.

—Sola no; temeria por ama; yo la acompañaré, pero no entraré en la habitacion de M. de Montfort.

—Si vuelves aquí, Fabulé te matará.

—No volveré aquí: me quedaré en los bosques ó ré á buscar á Macandal.

—En hora buena, dijo Antilia, harás lo que te parezca. Si te pasas á Macandal, puedes decirle que vas de parte mia y serás bien recibido. Si te decides á volver á casa de tu amo, ten presente que no olvidaré jamás el favor que vas á hacerme.

—Acompañaré á ama hasta un sitio desde donde pueda hallar su camino sola y sin temer ningun peligro.

—¡Bien está: marchemos!

—Esperad, ama, dijo de repente el negro en el momento que iban á partir: entrad un instante en la ajupa.

Antilia obedeció, no sin temor por este retardo, cuya causa ignoraba.

El negro paseó al rededor una mirada penetrante y se cercioró de que todos sus compañeros dormian profundamente.

Terminado este exámen se acercó al tronco de un árbol detrás del cual habia visto dos ojos que brillaban como dos estrellas en la oscuridad. Era su compañero de guardia que habia escuchado toda su conversacion con Antilia y espiado todos sus movimientos. Al llegar á dos pasos del árbol, el negro saltó como un tigre sobre el espía, le asió con la mano izquierda por la garganta, con fuerza sobrehumana, y con la derecha le asestó en la cabeza un golpe terrible con su *benyila*. El desgraciado cayó al suelo sin haber podido dar un grito.

El negro se cercioró de que el ruido de la caída

(AVENTUREROS.)

de su víctima no habia despertado á ninguno de los cimarrones; volvió á la ajupa y con voz que no revelaba la menor emocion.

—Ama puede salir ahora, dijo.

Antilia siguió silenciosamente á su salvador; pasaron por en medio de los cimarrones que dormian á la luz de las estrellas; recorrieron los senderos sinuosos que serpenteaban al rededor del campo y llegaron á los grandes bosques de la montaña Peleo, en los cuales el negro abria camino á la jóven derribando con su cuchillo las ramas de los árboles y las enredaderas que formaban de trecho en trecho murallas de verdura.

Hasta despues de una hora de marcha no pronunciaron una sola palabra.

—¿Qué has ido á hacer, preguntó Antilia al negro, cuando me has rogado que entrase en la ajupa y qué ruido sordo es el que he oido, semejante al de un cuerpo que cae al suelo?

—Era un cuerpo, en efecto, respondió el negro; el de mi compañero de centinela que nos espiaha y hubiera dado la voz de alarma al sorprender nuestra fuga. Le he muerto sin darle tiempo para exhalar un suspiro.

En este momento Antilia tenia la mano apoyada en el brazo del negro que la ayudaba á vadear un riachuelo, y se apartó, movida de una especie de error. Aquel hombre le parecia un animal feróz: ta sangre no le costaba de derramar y su suerte dependia de aquel miserable, á quien sin embargo movia en aquel momento un impulso generoso.

El negro se detuvo de repente.

—¡Atencion, ama! murmuró en voz baja.

Y arrastró á Antilia á una espesura del bosque,

arrodillándose sobre un colchon de yerba detrás de un grupo de árboles.

El compañero de Antilia acababa de oír á alguna distancia delante de ellos, ruido de pasos que rozaban el suelo. Estos pasos se acercaban en direccion al sitio donde estaban escondidos los dos fugitivos.

—O ultaos bien, ama, dijo con vivacidad el negro dirigiéndose á Antilia; es el capitan Fabulé en persona y esa jóven negra que ha venido á buscarle al campo.

—¿Qué negra? preguntó Antilia.

—Una jóven llamada Lucinda, que ha sido vuestra y que era la muger de Macandal.

—¡Lucinda! exclamó Antilia apartando el ramaje.

—¡Silencio, ama! murmuró el negro obligando á la jóven criolla á esconderse detrás de las matas.

La presencia de Lucinda al lado de Fabulé era, en efecto, un misterio para Antilia.

—Esplicadme, dijo al negro, cómo es que Lucinda está aquí.

—¡Silencio, ama! Ya se acercan, y si Fabulé nos oye y nos vé, somos perdidos...!

Fabulé, acompañado de Lucinda, estaba ya á la distancia de unos treinta pasos.

Con esa admirable facultad del oido de que están dotadas las razas del Nuevo Mundo y gracias tambien á la sonoridad del sitio que aumentaba en proporcion á la calma solemne de la noche, Fabulé habia percibido el sonido de las palabras que mediaron entre Antilia y su compañero. Detúvose de repente é interrogó el espacio al rededor dirigiendo el oido ya á un lado, ya á otro.

La entrevista de Fabulé con Autanne y Du Buc habia tenido el resultado mas satisfactorio.

Lucinda, encargada del mensaje, habia conducido á los dos criollos al sitio designado para la entrevista y en el cual esperó Fabulé á sus dos aliados tomando todas las precauciones que exigian la prudencia y la desconfianza. Encaramado en lo alto de una higuera desde donde dominaba los senderos que debian seguir los dos colonos, teniendo en una mano su *bengala* y en la otra un largo cuchillo, se puso en actitud de hacer una vigorosa defensa en caso de traicion.

Media hora despues de separarse de ella vió volver á Lucinda acompañada de Enrique y Du Buc. Fabulé, desde lo alto de su observatorio pudo cerciorarse de que los dos criollos venian solos. Bajó del árbol y les salió al encuentro.

La entrevista no fue larga. Se trataba de entenderse acerca de la táctica que era preciso seguir para apoderarse de Macandal y tambien sobre las condiciones que Fabulé queria poner al servicio que en la apariencia prestaba á los colonos.

Para él el punto principal era arruinar á su enemigo y entregarle á la venganza de los blancos. La impunidad que le garantian, el olvido de todos sus crímenes pasados, el perdón para él y todos los esclavos cimarrones de la banda, aseguraban á Fabulé una libertad de maniobras, que segun sus cálculos debia darle indudablemente la victoria.

Veccido Macandal, poco le importaba que reconociesen la inocencia del mulato en el crimen que le imputaban. Fabulé sabia muy bien que los colonos por sí solos, aunque tuvieran el auxilio de todos los regimientos del rey que componian la guar-

nición de la Martinica, no conseguirían apoderarse del campo de un gefe cimarron sin el socorro del otro. Era preciso, pues, que andando el tiempo fuese Macandal su verdugo, ó él el verdugo de Macandal. La suerte estaba en su favor y quería aprovecharla. Una vez conseguido su objeto, se quedaba dueño de los bosques de la isla y no tenía nada que temer.

Fabulé se comprometió á apoyar los movimientos de las milicias y de las tropas y á atacar el campo de Macandal por caminos de que los blancos no tendrían la idea ni sobre todo la audacia de internarse. Finalmente, juró que antes de ocho días el mulato estaría en poder de los colonos.

Enrique quiso lisonjear el orgullo de Fabulé y atraerle enteramente á su partido. Le regaló un hermoso mosquete y le ciñó una espada diciéndole:

—Tus compañeros te llaman capitán; pero no lo serás verdaderamente si no llevas esa señal de mando.

Fabulé, ébrio de vanidad y de gozo, volvió á tomar el camino de la montaña murmurando:

—Esta espada y este mosquete me ayudarán á serviros hoy, pero mañana se volverán contra vosotros.

En el momento de separarse de los dos colonos, Fabulé dijo á Lucinda:

—Tú puedes volverte con tu antiguo amo: ya no te necesito.

Lucinda meneó la cabeza en señal de negación.

—Nada temas de mí, dijo Enrique; tienes concedido el perdón.

Lucinda respondió con voz firme:

—No, amo, no quiero volver á la habitacion.

Al mismo tiempo se acercó á Fabulé mostrando la firme resolucion de no separarse de él.

—Entonces guárdala para ti, dijo Enrique dirigiéndose al negro. Te la doy.

Fabulé en vez de dar las gracias franció las cejas.

—Haces mal, dijo á Lucinda; vamos á entrar en un periodo de combates y peligros y te arrepentirás de no haber aceptado la oferta de tu amo.

Lucinda volvió á menear la cabeza y se alejó algunos pasos mostrando su impaciencia por dejar aquellos sitios.

—¡Singular obstinacion! murmuró Enrique.

Blancos y negros se separaron definitivamente. Fabulé empujó á Lucinda por un sendero donde no tardaron en perderse en medio de las yerbas altas.

No hay que atribuir la obstinacion de Lucinda á otro motivo que el verdadero.

Como todos los negros que han probado una vez el cimarronage, es decir, la independencia, Lucinda repugnaba la idea de recobrar su collar de esclava, por benéficas que fuesen las condiciones de su amo. Este sentimiento, profundamente arraigado en el corazon de los negros, explica la dificultad de destruir el espíritu de desercion en la raza negra. La reincidencia en el cimarronage ha sido constante, y se comprende que aquellos á quienes se ofrecia este medio raro de poder persistir impunemente en su delito, no quisieran renunciar á él.

Y además, en el fondo de su pensamiento Lucinda se regocijaba con la esperanza de asistir al suplicio de Macandal. Habia amado al mulato apa-

sionadamente; pero su odio contra él era ahora tan ardiente como profundo habia sido su amor.

El descontento de Fabulé al ver que Lucinda rechazaba el perdón que tan generosamente le ofrecia Enrique de Autanne, tenia una causa muy grave.

Fabulé no pensaba de ningun modo volver á la negra á su campo. Temia que descubriese la presencia de Antilia, cosa que no podia menos de suceder, y que consiguiese fugarse para ir á desengañar á los colonos. Era, pues, indispensable á toda costa deshacerse de Lucinda, que era ya en sus manos un instrumento no solo inútil, sino peligroso. Confiaba que Lucinda, creyendo cumplida su mision, se decidiria á volverse con su amo, y no le quedaba mas recurso que hacerla desaparecer por medio de un crimen, porque no queria de ningun modo que la jóven volviese á entrar en su campo.

Fabulé y Lucinda siguieron silenciosamente su camino, hasta que llegaron al sitio en donde Antilia y su salvador se habian escondido al oír sus pasos.

En aquel momento Fabulé, que desde su salida habia alimentado la idea de deshacerse de Lucinda y combinaba los medios de conseguirlo, procuraba nuevamente persuadir á la jóven, cuya obstinacion le exasperaba y le causaba inquietud. El sitio adonde habian llegado estaba bastante lejos del límite en que terminaba la civilizacion de los colonos, y allí empezaba la dominacion bárbara de los caribes y cimarrones.

Fabulé se veia colocado en un terreno en que los remordimientos no hacian mella en su corazon.

No hablo del temor de apelar á su justicia sumaria, porque nunca lo habia tenido.

—Aun es tiempo, dijo de repente á Lucinda; ¿quieres volver á la habitacion de tu amo....? Te lo aconsejo....

El tono con que pronunció estas últimas palabras intimidó algun tanto á la jóven negra, quien instintivamente quiso apartarse del gefe. Fabulé la cojió del brazo y ya levantaba su *bengala*, cuando llegó á sus oidos el mormullo de la voz de Antilia y su compañero de fuga.

Fabulé bajó el arma. Lucinda, que no podia dudar de la intencion terrible del capitan de cimarrones, sintió renacer una vaga esperanza de librarse de la suerte que la amenazaba.

—¡Calla! le dijo Fabulé; si pronuncias una palabra ó si das un grito, te aplasto como á una serpiente.

La primera idea de Fabulé fue que el lazo que habia temido encontrar en la cita dada por Autanne y Du Buc, se lo habian tendido en aquel sitio. Sospechando una traicion, le pareció mas sencillo ir en busca del peligro y arrostrarlo. Cojió á Lucinda por los cabellos y la echó á un lado del grupo de árboles. A medida que Fabulé se acercaba, Antilia, obediendo á las instrucciones de su compañero, se alejaba arrastrándose de rodillas. Ambos desaparecian, ya entre los matorrales, ya detrás de los bloques de rocas ó de los troncos de árboles amontonados en forma de muralla.

Fabulé seguia avanzando, guiado por el ruido apenas perceptible de las hojas y de las ramas que los dos fugitivos agitaban á pesar de sus precauciones. De este modo habian llegado á la boca de uno de esos precipicios cuyo fondo es un misterio para

los ojos del hombre. El negro no osó penetrar en aquel abismo y se detuvo un momento indeciso y palpitante de terror y de emoción. Hizo brecha en las matas y el ramage que ocultaban la entrada del precipicio; sondeó con el pié y la mirada el medroso abismo; su pié encontró un vacío espantoso y sus ojos no distinguieron nada. Solo oyó á profundidades que le parecieron inmensas, el murmullo de un río y de una cascada que rodaba de roca en roca. Buscar la salvacion allí, era buscar la muerte.

A la derecha del precipicio, se abría un camino sobre un espacio de cien piés próximamente: era el único recurso de los fugitivos; pero en aquella direccion los habia de ver Fabulé y se ponian en peligro de caer en su poder. Sin embargo, no tenian mas remedio que apelar á este supremo recurso.

Sin que hubieran podido observar las maniobras del gefe, este estaba ya á poca distancia de su escondrijo. En el momento en que iban á tomar el camino descubierto de que he hablado, Fabulé, que tenia á Lucinda cautiva en sus manos de hierro, apareció de repente. Hubo un movimiento de sorpresa y exclamaciones por una y otra parte en aquel encuentro repentino y semejante á un choque.

Los gritos y las pocas palabras que cambiaron simultáneamente en aquel rápido momento de perplejidad, despejaron la situacion á los ojos de todos.

—¡Lucinda! exclamó Antilia, ¡sálvame, sálvame! ¡Ve á avisar á Macandal!

—Ama, huid, mientras yo me bato con Fabulé, habia dicho el negro:

—¿Eras tú quien habia robado á la señorita Antilia? murmuró Lucinda dirigiéndose á Fabulé; y añadió:—¡Pobre Macandal!

(AVENTUREROS.)

Estas fueron sus últimas palabras. Por un esfuerzo que dejó entre las manos de Fabulé un puñado de cabellos, Lucinda intentó huir. Pero no habia dado diez pasos, cuando Fabulé la volvió á cojer y de un *bengalazo* la tendió muerta á sus piés.

Antilia, al oir el estertor de la jóven negra, dió un grito de dolor.

Fabulé saltó como un tigre en direccion á los fugitivos. El negro se puso entre él y Antilia, gritando:

—¡Idos, ama, idos! ¡que muera yo solo!



XIII.

La lucha entre Fabulé y el negro duró bastante para dar tiempo á la jóven de asegurar su fuga. La lucha terminó por la muerte de su adversario, que Fabulé consiguió estrangular. Este segundo crimen, con que acababa de cargar su conciencia, ya tan pesada, era para él una necesidad.

El punto principal era que no quedase nadie que pudiese ir á desmentir la acusacion que pesaba contra Macandal, acusacion cuyo fruto debia recojer Fabulé.

El jefe cimarron se ocupó en seguida en hacer desaparecer los cadáveres de las dos víctimas. Arrastró el cadáver del negro y el de Lucinda hasta el borde del precipicio y los arrojó con el pié uno tras otro.

Hecha esta especie de inhumacion, Fabulé volvió á tomar el camino de su campo para hacer sus prepa-

rativos de ataque. Ya de antemano se había puesto en comunicacion con los caribes, con cuya cooperacion contaba mucho.

Gracias á la abnegacion del desgraciado negro, que tan generosamente habia sacrificado su vida por proteger su fuga, Antilia consiguió recorrer el camino no descubierto y llegar al bosque donde sus huellas podian ocultarse otra vez á la atencion de Fabulé.

La jóven siguió caminando con una energia á que servia de estímulo por una parte la esperanza del triunfo, y por la otra el temor de volver á caer en poder del gefe cimarron. Al despuntar el dia se encontró en lo mas profundo de los bosques de la montaña Peleo, muerta de cansancio, ignorando la direccion que debía tomar para volver á su habitacion y temiendo siempre aventurarse por los caminos impracticables por donde la Providencia la habia conducido sana y salva durante las tinieblas de la noche.

A la energia de los primeros momentos siguió la mas completa postracion. ¿Por qué milagro conseguiria salir de la situacion desesperada en que se hallaba?

Antilia se arrodilló al pié de un árbol y rogó á Dios que la sostuviese en su debilidad ó le mandase una inspiracion para salvarse.

Despues de pasar parte del dia en la oracion y llorando, procuró abrirse paso por aquel desierto silencioso y terrible, que era para ella como una inmensa cárcel.

El cansancio y la emocion le habian robado las fuerzas, y el miedo paralizaba al propio tiempo el resto de energia que le infundia la conciencia del peligro extremo en que se hallaba. Anduvo errante

por espacio de algunas horas por aquellos grandes bosques, donde las raíces gigantescas de los árboles formaban puentes sobre los abismos sin fondo y los lechos torrenciales de los rios.

Antilia pasaba estos puentes, se sumergía en los mares de yerba y trepaba por senderos cuyas sinuosidades misteriosas la conducian otra vez al punto de donde habia salido. No podia orientarse en la direccion que tomaba. La espesa muralla del bosque le robaba la vista del mar, punto hacia el cual debia caminar, segura de que acercándose á la orilla encontraria alguna habitacion. Pero á medida que avanzaba, el bosque parecia que iba elevándose, viendo siempre delante aquel velo de impenetrable verdura que le ocultaba el horizonte; y en la imposibilidad de orientarse ¿no corria el riesgo al bajar hacia el mar, de dar en una guarida de caribes?

El tercer dia Antilia se hallaba en una de las vertientes de la montaña, y vió al fin por encima de las copas de los árboles, el horizonte de la mar procelosa. Por momentos el mugido formidable de las olas, que bramaban como un trueno sordo, llegaba á sus oidos. Para la jóven criolla fue una señal de que se hallaba al norte de la isla, donde el mar tiene siempre este carácter de violencia. Los colonos habian hecho allí tentativas, siempre abandonadas, de establecimiento.

Aquella parte de la Martinica era todavía á la sazón, la propiedad disputada de los caribes, defendida palmo á palmo por los restos de la raza primitiva.

Antilia vaciló en avanzar por aquel lado. Sentóse triste y desesperada y pidiendo consejo á la reflexion y á la oracion, sobre el partido que de-

bía tomar. Cuando llegó la noche distinguió las hogueras encendidas por los caribes á lo largo de la costa.

En medio de las ansiedades que agitaban su corazón, la pobre niña no sabía si debía fiarse mas de los caribes que de los negros cimarrones, ó si debía entregarse á merced de la casualidad en su fuga por los bosques de la montaña Peleo.

De repente tomó un partido extremo: levantóse y marchó en derechura á la cabaña de los caribes, adonde sin embargo no pensaba llegar hasta el otro día por la mañana. Pero soportó valerosamente las fatigas y los peligros de aquella marcha nocturna, con la idea de que las hogueras encendidas por los caribes le servirían al menos de faros para no extraviarse.

A medida que los accidentes del terreno le permitian descubrir un horizonte mas cercano, veia deslizarse por el mar, en direccion á la costa, una multitud de piraguas en las cuales el fuego de las teas se confundia entre las olas agitadas con el reflejo de las estrellas. Eran piraguas de caribes que acudían indudablemente á una de esas citas por medio de las cuales esas legiones de salvages se reunian con frecuencia para algun gran complot contra los colonos.

Esta circunstancia debía paralizar la resolución de la jóven. Si se trataba de una conspiracion contra los blancos, era perdida probablemente; pero Antilia sabía tambien qué veneracion y qué terror conservaban los caribes al nombre de Du Parquet, en memoria del fundador de la colonia, cuya tradicion se habia perpetuado entre los salvages que le llamaban «su padre» y el «general terrible.»

Antilia resolvió invocar este recuerdo y hacer valer la sangre de los Du Parquet que corría por sus venas, para imponer al menos respeto á aquellos infatigables enemigos de los colonos. En resumen, imaginó que, á mal andar, sería en poder de los caribes un rehen y que su rescate podría satisfacerse por medio de alguna concesion que evitaria una nueva lucha y la efusion de sangre.

Antilia prosiguió, pues, su camino y al despuntar el dia llegó al campo de los caribes. Se hizo presentar al *boyex* ó gefe, á quien conoció por haberle visto muchas veces entre los colonos con alguna mision de los suyos, y le refirió la serie de aventuras y sucesos á los cuales debia su presencia en aquel campo. Antilia no se equivocó acerca de la influencia que egercia entre los caribes el nombre que llevaba y su parentesco con los Du Parquet. La jóven quedó aun mas sorprendida cuando supo que era ella la causa de aquella reunion.

El *boyex* le confió que se habian reunido por invitacion de Fabulé con el objeto de arrancarla de manos de Macandal, acusado del rapto; que la intencion de Fabulé era destruir á su rival y dirigir luego un ataque contra los colonos con la ayuda de los caribes, á quienes habia prometido su parte en la distribucion de la isla.

El relato de Antilia, que descubrió la traicion de Fabulé, indignó al *boyex*.

—Esta tarde, dijo á la jóven, te llevaré á casa de tu hermano, y en vez de marchar contra Macandal llevaremos nuestros socorros á los colonos.

Los caribes construyeron una especie de palanquin en el cual acostaron á Antilia y al anocheecer se pusieron en camino.

Ahora refiramos los sucesos que habian tenido lugar simultáneamente con los que acabamos de narrar.

Mad. de Saint Chamans habia ido en busca de Enrique para tener con él la entrevista que deseaba; y se habia mostrado tanto mas activa, cuanto que Du Buc, por el consejo que ella le diera á la Varenne, habia sido designado para mandar una compañía en la expedicion contra Macandal, mientras que Autanne se ponía al frente de las milicias del Predicador, llamadas á las armas para el caso de invasion de los negros cimarrones.

La presencia de Claudina en aquella casa cubierta de duelo, donde la sangre y las lágrimas habian corrido por su causa, si no enteramente por sus órdenes, la impresionó en gran manera. Era de noche cuando llamó á la puerta de Enrique, que se hallaba sentado en el fondo de la galeria de la habitacion, en el mismo sillón que ocupaba su padre en el momento en que fue asesinado.

Enrique, con la frente apoyada en las dos manos y los codos sobre una mesa, meditaba en los sucesos funestos que desgarraban su alma hacia algunos dias; y recordando aquellas tristes escenas hacia acopio de valor contra las luchas mas terribles aun que se preparaban.

Al ruido que hizo la puerta sobre sus goznes enmohecidos, Enrique levantó la cabeza, y á la luz vacilante de la lámpara vislumbró, sin distinguirlas, las formas inmóviles de una muger.

Levantóse pálido y agitado, como quien al despertar de un sueño cree que la ilusion continúa, y exclamó tendiendo los brazos:

—¡Antilia, Antilia! ¿Eres tú?

El acento con que Enrique dió este grito, en el cual se leía un dolor simpático, el aspecto fúnebre de aquella larga estancia apenas alumbrada, en el fondo de la cual se hallaba el jóven, pálido y vestido de luto, impusieron á la condesa. Sintióse desfallecida y se apoyó contra la puerta. La palabra espiró en sus lábios.

—Responded, dijo Enrique levantando la voz; ¿quién sois?

Y el jóven avanzó algunos pasos. Mad. de Saint Chamans hizo fuerza de voluntad y se acercó resueltamente á Enrique.

—No, dijo con cierta calma; no soy vuestra hermana; pero vengo á devolvérosela.

—¡Vos aquí! exclamó Enrique levantando los brazos como si hubiera querido aplastar á la condesa.

Esta, viendo el ademán de Enrique y adivinando la turbación que le agitaba, acabó de recobrar toda su calma y sangre fría.

—El tiempo apremia, caballero, le dijo: mirad no os haga olvidar la cólera y el dolor quién soy y que vengo, con riesgo de mi vida, á haceros un favor señalado.

Enrique no pudo menos de quedar subyugado por el tono de dignidad que tomó Mad. de Saint Chamans al decir estas palabras.

—¡Entonces hablad, hablad por favor!

—M. de Autanne, os han engañado acerca del autor del doble crimen que ha cubierto de luto esta casa, y en estos momentos se persigue á un inocente. No es Macandal quien ha muerto á vuestra hermana.

—¿Quién es entonces? exclamó Enrique levantándose bruscamente; ¿quién es el culpable?

—El hombre que ha asesinado á vuestro padre, repuso la condesa, el hombre que ha robado á vuestra hermana es Fabulé: y el que ha ordenado ese asesinato y ese rapto, siendo por consiguiente el autor verdadero de ambos crímenes, es el marqués de la Varenne.

—¡El marqués de la Varenne! exclamó Enrique.... ¿Y por qué? ¿con qué objeto? ¡es imposible....! Pero ¿qué interés podeis tener en inventar esa horrible acusacion?

—¡Ah! ¿habeis olvidado, repuso la condesa con pérfida intencion, la antipatia que inspirábais á M. de la Varenne á bordo de la fragata, la humillacion que le hizo sufrir vuestra palabra altanera? ¿Habeis olvidado, ó por mejor decir, no sabiais como yo que era su confidenta, el odio que profesa á los colonos?

—Pero eso no basta, interrumpió Enrique, para cometer semejantes infamias!

—¿Lo dudais aun? Pero lo que os convencerá tal vez de la culpabilidad y de la complicidad del marqués, es otra cosa que al parecer habeis olvidado tambien; el amor que profesa á vuestra hermana y la negativa de su mano. ¡Oh! era el sueño de su despotismo: obtener vuestra alianza con ese enlace y hacer de vos un cómplice de sus planes de dominacion.

Enrique escuchaba con atencion á la condesa: ya no combatia sus acusaciones; ya no dudaba. Los hechos que invocaba la condesa de Saint Chamans tenian una apariencia de verdad que no permitia la menor duda.

—¡Oh! no es eso todo, repuso Claudina, que ya se veia victoriosa; Mr. de la Varenne no ha encontra-

do otra causa de vuestra negativa que el afecto que unen á Antilia y M. Du Buc. ¿Qué ha hecho? Ha designado á M. Du Buc, el único de los oficiales de milicia á quien ha reservado este honor, para marchar contra Macandal en esa expedicion cuyo objeto es distraer la atencion de los colonos. ¿No es evidente que M. de la Varenne ha confiado que M. Du Buc sucumbiria en esta campaña? ¿Quién sabe si...

—¡Basta! dijo Enrique interrumpiendo á la condesa. Adivino lo que vais á decir, y vive Dios que seria una cosa abominable....

—No hay nada mas cierto, sin embargo, añadió Mad. de Saint Chamans con una conviccion que penetró hasta el fondo del alma de Enrique y desvaneció hasta la sombra de la duda. El objeto de M. de la Varenne es fácil de comprender. ¿Qué quiere? Aparentar que salva á la señorita de Autanne de unos peligros que no habrá corrido, y muerto, arruinado quizá Du Buc, pretender la mano de vuestra hermana en recompensa de un servicio imaginario.

En todos estos hechos, hábilmente presentados por Mad. de Saint Chamans, y con una apariencia de verdad muy persuasiva, entraban todos los elementos de una acusacion terrible contra la Varenne.

Enrique se paseaba á lo largo de la galería de su casa, entregado á una viva agitacion: Mad. de Saint Chamans seguia todos sus movimientos con curiosidad é interés. El jóven criollo volvió á sentarse bruscamente y fijó en la condesa una mirada cuya significacion comprendió ésta completamente.

—¡Oh! dijo Claudina, os admira mi conducta, M. de

Autanne y quereis penetrar el motivo que me hace obrar de este modo.

—Es verdad, señora, debo maravillarme, en efecto, de que nos deis esta prueba de un interés tan grande, á mí que os inspire odio, á M. Du Buc contra quien teneis sed de venganza, y á todos los colonos, en fin, que son vuestros enemigos....

—¡Ah! exclamó la condesa con desesperada indignacion, para odiar á M. de la Varenne mas que os odiaba á vos y á M. Du Buc y á todos los colonos, ¿no es razon suficiente que el marqués haya consagrado á vuestra hermana una pasion que es mi perdicion, mi ruina, mi muerte quizá? ¡Oh! sí, aborrezco hoy á ese hombre hasta el punto de desear la venganza! No necesitais analizar ni explicar mis celos, toda vez que habeis rechazado el amor del marqués; y así, ayudadme en mi venganza aspirando á obtener justicia.

Quedaba á Enrique una duda, ó por mejor decir, un punto que carecia de explicacion y era la conducta de Lucinda. Mad. de Saint Chamans la atribuyó á su complicidad en un crimen preparado evidentemente con mucho espacio.

La acusacion de la negra contra Macandal, su amistad repentina á Fabulé hasta el punto de rechazar el perdon que se le ofrecia, podian ser invocados como otras tantas pruebas en apoyo de esta interpretacion dada por la condesa sobre la conducta de la negra.

—Caballero, dijo Mad. de Saint Chamans aparentando levantarse para salir, no tengo mas que una palabra última y solemne que deciros. Antilia os será devuelta por mí mañana, quizá esta noche, lo mas pronto posible. Fabulé está á mi devocion; y en

caso necesario usaré con él del ardid para conseguir mi objeto: os lo juro.

—Gracias, señora; pero M. de la Varenne pagará caro ese insulto hecho á mi familia.

—¿Creeis aun que os engaño y que os tiendo una red, M. de Autanne?

Enrique ofreció la mano á Mad. de Saint Chamans, quien comprendió por su temblor que habia conquistado al jóven criollo por la gratitud.

—Ahora, dijo Enrique con emocion, tengo fe en vos, señora; pero ¿no poneis ninguna condicion al servicio que me prestais? Cualquiera que sea esa condicion y desde el momento en que me devolvais á Antilia, cumpliré el compromiso que por mi parte contraigo con vos.

El momento era solemne para Mad. de Saint Chamans: dominó su emocion y dijo con voz firme:

—Si, M. de Autanne, favor por favor, y vos no me negareis el que voy á pedirós. Hay un hombre que me ha insultado, que me ha calumniado.... calumniado.... ¿comprendeis? y mi justicia le busca para hacerle espiar su cobardía. Ese hombre está en poder vuestro y de M. Du Buc y es preciso que me lo entregueis.

Enrique se puso pálido y se levantó con visible desesperacion.

—¿Vacilais? preguntó la condesa.

—No, señora; mi palabra está empeñada, aun cuando la gratitud no me impusiera el deber de entregaros á Dubost, pero....

—¿Pero qué? dijo Claudina temblando.

—Dubost está en manos de Macandal.

—¡En manos de Macandal! repitió maquinalmente la condesa.... ¡Entonces todo se ha perdido!

Y diciendo esto cayó en una postracion profunda, procurando cojer en medio de su turbacion, el hilo de su pensamiento siempre tan claro y tan fecundo en recursos. Enrique por su parte experimentaba mayor agitacion. Su espiritu se representaba á Macandal, víctima de injustos ataques, cuando por el contrario su adhesion hubiera podido serle tan útil en aquellas circunstancias.

Para la condesa acababa de desplomarse todo el andamiage de sus sueños y venganzas. Enrique dió una interpretacion á las lágrimas de rabia que corrieron por las mejillas de aquella muger, á la agitacion de sus dedos, á las palpitaciones de su pecho donde rujan sordas tempestades. Habia comprendido que la repentina amistad de Mad. de Saint Chamans era interesada y que seria inflexible en sus exigencias; y en fin, que la devolucion de Antilia estaba implacablemente sujeta á la restitucion de Dubost.

—M. de Autanne, dijo de repente la condesa; es preciso que vayais al campo de Macandal y que traigais á Dubost. La entrada en el campo os será fácil con el guia que os daré; porque las compañías espedicionarias, con la inesperienza que tienen de los caminos de la montaña, no pueden haberse acercado bastante para impedir vuestra tentativa.

—Pero eso es desertar de mi puesto, dijo Enrique. Soy aquí comandante de las fuerzas de la milicia....

—Es preciso, caballero! repitió Mad. de Saint Chamans con tal acento de resolucion, que Enrique hubido no halló nada que replicar, sino que seria imposible negociar la restitucion de un prisionero

blanco con un gefe de cimarrones atacado por éstos.

—Le asegurareis la paz y hareis públicas, á vuestro regreso, la inocencia de Macandal y la traicion de la Varenne.

La condesa habia contado con esta declaracion de Enrique para insurreccionar á los criollos contra el marqués y apresurar el desenlace que habia preparado.

—Dentro de dos horas estareis en camino para la montaña Peleo, dijo levantándose y arrastrando á Enrique hácia la puerta: yo, entre tanto, veré á Fabulé y os cito para mañana en mi casa. Si me traeis á Dubost os entregaré vuestra hermana. Vamos, caballero, vamos en busca de vuestro guia.

—¿Quién es ese guia á quien me confiáis, señora?

—Un guia seguro.... el caballero de Maubrac. ¡Pero venid, venid!

Enrique cñó la espada, se armó de piés á cabeza y se dejó llevar por Mad. de Saint Chamans.

Una hora despues llegaron á la ajupa de Maubrac, donde este se hallaba durmiendo con sueño profundo.

Aunque Enrique repugnaba la compañía y por decirlo así, la vigilancia de aquel aventurero, se puso con él en camino para el campo de Macandal.

La condesa ocupó el sitio de su hermano en la hamaca que era el único mueble de la ajupa y esperó el efecto de la señal que habia hecho Maubrac para llamar á Fabulé.



lino é inesperado, opuso á los sitiadores una vigorosa resistencia, aunque sorprendido por este ataque repentino de Masandul, sembró la alarma en el campo. La presencia de las tropas, anunciada á la mañana, en gran manera dificultaba la marcha. Conducir á los soldados por los senderos sinuosos, y éste, sobrecojido de terror, se obligó á

XIV

XIV.

La expedición contra Macandal tuvo al principio mas éxito del que podia presumirse, y este triunfo preparó todos los sucesos que siguieron y que vamos á referir.

Apenas las compañías expedicionarias penetraron en los senderos de la montaña Peleo, al mando del marqués de la Varenne, encontraron dos negros cimarrones que la presencia de las tropas puso en fuga en el primer momento. Estos dos negros declararon que pertenecían á la banda de Macandal, pero se negaron, aun á cambio de su perdón, á servir de guía á las tropas.

Viendo que permanecían inflexibles á toda especie de seducciones, el marqués de la Varenne mandó que usasen con ellos de violencia y de rigor. Uno de estos infelices fue fusilado á la vista de su com-

pañero, y éste, sobrecojido de terror, se obligó á conducir á los soldados por los senderos sinuosos que en gran manera dificultaban la marcha.

La presencia de las tropas, anunciada á la banda de Macandal, sembró la alarma en el campo. El mulato, aunque sorprendido por este ataque repentino é inesperado, opuso á los sitiadores una vigorosa resistencia.

Acostumbrados á aquella guerra de montañas, precipicios y recas, los negros cimarrones fácilmente intimidaron á los blancos y les hicieron perder parte del terreno conquistado. Los mas atrevidos, estimulados al principio por la victoria inesperada que debian á una traicion, pagaron con la vida su audacia. Todas las armas eran buenas y fáciles para los negros: á falta de mosquetes y para suplir la insuficiencia de sus flechas y arcos, y en la imposibilidad en que estaban de servirse de sus cuchillos y bengalas, arrojaron á los sitiadores troncos de árboles y grandes bloques de rocas que saltaban á lo largo de los flancos de la montaña, aplastando á los sitiadores con su peso enorme y diezmado sus filas como lo hubieran hecho las balas de cañon ó la metralla.

Los blancos comprendieron, entonces mas que nunca, el poder formidable de los negros cimarrones. Quizá hubieran tocado á retirada á no ser por la esperanza del socorro que esperaban de Fabulé, cuya banda era la única capaz de luchar con armas iguales con los negros de Macandal.

Este, á quien la invasion de los blancos habia llenado de afliccion y sorpresa, experimentó un profundo desengaño cuando desde lo alto de un árbol que habia escojido por observatorio, recono-

ció á Du Buc al frente de una de las compañías. Macandal infirió que no habia remedio para él y que su ruina debia estar muy resuelta por los colonos, para que Du Buc y quizá Enrique de Autanne tomasen parte en la expedicion. Su última ilusion se desvaneció con su última y mas dulce creencia.

—¡Soy bien desgraciado! exclamó golpeando su robusto pecho; ¡mis mejores amigos me abandonan! ¡Me venden los mismos á quienes he dado mi vida!

No le quedaba á Macandal mas que la venganza. Un proyecto terrible brotó de su cerebro.

—¡Mueran los blancos! dijo señalando con su bengala el pequeño ejército expedicionario. ¡Todos perecerán! ¡El sol de la Martinica se beberá la sangre de los blancos!

Macandal se sentó á la orilla de una roca y dejó caer en sus manos su cabeza pensativa y agobiada con el vasto plan que acababa de concebir. Este plan consistia en ir á proponer á Fabulé, que no dejaria de aceptarla, una alianza contra los blancos, una devastacion completa de la colonia, el asesinato, en fin, el saqueo y el incendio.

En medio de estos proyectos de sangre se dibujó otra idea en el rostro de Macandal haciendo asomar á sus labios una sonrisa infernal. La imagen de Antilia acababa de cruzar por su pensamiento y la acarició como el recuerdo mas risueño de su vida, viendo en ella la esperanza mas gloriosa de la implacable guerra que iba á declarar á toda una raza de hombres. Su amor á la joven criolla, que su respeto y su timor habian tenido oculto en el fondo de su corazon, despertó con mas ardor, enardecido por la alegría feróz de la venganza.

—¡Oh! exclamó, ¡ese será el último escalon de mi orgullo satisfecho!

Macandal se levantó entonces haciendo girar entre sus manos su *bengala* con la rapidez del relampago. Este ademán y esta evolucion traducía todas las amenazas y todas las resoluciones de que estaba lleno su corazón. Se cercioró de que la masa de troncos de árboles y de rocas que había arrojado sobre los sitiadores formaba un parapeto suficiente para fortificar su campo contra todo ataque. Después dió órdenes secretas á sus dos tenientes y se puso en camino para el campo de Fabulé, disimulando su marcha por temor de que su ausencia sembrase el desaliento entre sus soldados.

Macandal contaba con su valor y con la inminencia del peligro que á su modo de ver los amenazaba á los dos, para decidir á su rival y enemigo á aceptar una alianza que debía ser fatal á los colonos.

Llegado á los límites del campo de Fabulé, Macandal se detuvo un instante. Una emocion profunda se habia apoderado de su corazón. Presentáronse á su espíritu la enormidad del acto que intentaba llevar á cabo, la complicidad que iba á reclamar de Fabulé, el cuadro de los crímenes atroces que tendría que cometer, y quizá también la magnitud del papel que estaba destinado á representar.

Tuvo un momento de duda y quizá un presentimiento fatal. Después de un momento de reflexión triunfó sin embargo de su timidez y se aventuró escalando las rocas y los árboles que conducian al campo de Fabulé.

Macandal no quedó tan sorprendido como nuestros lectores al observar la calma completa que reinaba en el campo del negro. Sabido es que éste ha-

bia prometido su ayuda á los blancos en la expedición contra Macandal. Fabulé, despues de recibir con entusiasmo las proposiciones que se le habian hecho en este sentido, habia saltado á la cita del campo de batalla y se habian mantenido á la expectativa, difiriendo el momento de cumplir su promesa.

Esta traicion de Fabulé merece esplicarse bajo el punto de vista de su odio contra los colonos y contra Macandal.

Sabia que los primeros solo se habian empeñado tan resueltamente en esta campaña con la esperanza de ser vigorosamente auxiliados por él, y que sin su ayuda hallarian una completa derrota. Pero semejante ataque no podia tampoco dirigirse contra Macandal, sin que éste esperara algunas pérdidas.

Fabulé contaba con este doble resultado: la derrota de los blancos y el descalabro de su rival. Llegando tardamente al campo de batalla recogia con mas facilidad el fruto de su traicion, consumaba la ruina de Macandal, y despues triunfaba con mas facilidad de los blancos con el auxilio de los caribes que habia llamado á las armas.

Esta era la causa de la inmovilidad de Fabulé en medio de la agitacion que reinaba en la montaña Peleo.

Al llegar al límite del campo de su enemigo, fue detenido por un «¡quién vive!» pronunciado con voz formidable.

—Soy Macandal, respondió.

A este nombre resonó por el campo un grito general, y en menos de cinco minutos todos los negros se pusieron en pié.

Macandal avanzó [resueltamente. Su elevada estatura, su fuerza hercúlea bien conocida de todos y experimentada por algunos, la osadía de su tentativa, el inmenso prestigio que ejercía en el espíritu de los esclavos, impusieron á la tropa de Fabulé. El mulato penetró en el campo sin que nadie hiciera el menor ademán de impedirsele.

—Llevádme á la presencia de vuestro capitan, dijo á los negros, necesito hablarle: á todos nos amenaza un gran peligro; á vosotros, á él, á mí, y á mis soldados.

El estrépito con que el nombre de Macandal resonó en el campo sirvió de aviso á Fabulé, que acudió con el rostro lleno de alegría y despidiendo relámpagos feroces.

—¡Rodeadle! gritó el negro, y que no se escape.

Macandal se encogió de hombros viendo el círculo de pechos desnudos y cabezas crespas que se formaban en torno suyo, y acercándose á Fabulé:

—¡Oh! ya te tengo en mi poder! murmuró entre dientes.

—Estás loco, compadre, replicó Macandal, y si supieras los buenos consejos que te traigo, me tenderias tu mano y seríamos buenos aliados. Los blancos, continuó, han decidido la destruccion de los cimarrones: han empezado por mí y acabarán por tí. Sin motivo alguno me han atacado con audacia desusada y nunca habian llegado tan cerca de mi campo. Todas sus tropas están sobre las armas y es posible que los degüelle desde el primero hasta el último, como es posible tambien que ellos triunfen de mí, en cuyo caso, compadre, tambien tú se-

rias hombre perdido. Si quieres salvarnos á todos es preciso que olvides nuestros antiguos odios y que vengas en mi socorro. Entre los dos estermínaremos el egército del rey, así como las milicias de los colonos, y la Martinica nos será nuestra. Hé aquí las noticias que te traigo. Confío en tu lealtad.

—Pues hé aquí mi contestacion, respondió Fabulé: los blancos que han sido tus enemigos, lo son míos en la actualidad. Estamos de acuerdo en que ellos te atacarán y yo los dejaré hacer y aun les prestaré ayuda. Mi objeto era apoderarme de tí, vil mulato; pero han venido á ponerte en mis manos como un niño y me ahorras el trabajo de correr en tu busca.

—Un sudor frio inundó el cuerpo de Macandal. Paseó al rededor una mirada inquieta y vió con terror el impenetrable círculo humano que le envolvía.

—¿Pero qué les he hecho yo á los blancos para que me declaren una guerra tan implacable? preguntó.

—Los has amado y lisonjeado en demasía, respondió Fabulé, y era justo que se lucieran pagar con una traicion esa amistad imposible entre su raza y la nuestra.

—¿Crees, repuso el mulato, que no está en tu interés el defenderme contra ellos?

—No, dijo el negro, mi interés es que desaparezcas de nuestros bosques donde estorbabas mis proyectos.

—Entonces dejadme volver á mi campo y yo me defenderé como pueda. Si sucumbo, mi puesto te pertenece; si salgo vencedor de los blancos, nos asociaremos los dos, porque entonces te alegrarás de entrar á saqueo sus habitaciones y de ponerlos á sangre y fuego.

Fabulé dejó caer la cabeza sobre el pecho y meditó un instante sobre las ventajas del plan que Macandal acababa de desenvolver.

—¿Qué resuelves? preguntó el mulato.

—Tengo mas int' res, repuso Fabulé, en hacer yo solo lo que me proponen llevar á cabo en comun.

—Bien está: entonces déjame ir.

—¡Eso no! Eres mi prisionero y lo que yo pensaba conseguir á costa de mi sangre y la de mis cimarrones, lo conseguiré sin que me cueste nada. ¡Y me propones que te deje huir! No, Fabulé no es tan tonto...

—Haces el oficio de los blancos.

—Hago el mio.

—¡Cobarde! exclamó Macandal retrocediendo algunos pasos, como para tomar carrera.

A una señal de Fabulé, dos manos vigorosas cayeron sobre los hombros del mulato. Apelando á sus fuerzas hercúleas, Macandal sacudió con cada una de sus manos á los dos colosos negros que habían intentado detenerle y los arrojó á quince pasos de distancia.

Después de esta rápida y fácil victoria, probó otra vez á huir, pero fue rodeado al instante por el batallón de negros que le cerró el paso.

Macandal paseó al rededor sus miradas y mostró por todas partes rastros que inflamaba la ferocidad y la alegría de una hacha que amenazaba ser terrible. A cada paso que queria dar adelante ó atrás, el círculo humano se estrechaba en torno suyo. Viendo brillar dos ó tres cuchillos en manos de sus adversarios, cruzó los brazos sobre el pecho y empezó á rugir; pero apelando á toda la energia y á todo el valor de los momentos desesperados, re-

cojió el cuerpo, cerró los dos puños duros como mazas de hierro y con la cabeza baja cerró con sus enemigos.

El primer choque fue terrible para estos. Sorprendidos por este brusco y repentino ataque, cinco ó seis de aquellos bandidos rodaron por el suelo, aturdidos por la violencia de los puntapiés y puñetazos que Macandal les habia distribuido.

Pero el pobre mulato no tardó en sentir una porcion de manos y brazos vigorosos que lo sujetaban y las puntas de los cuchillos que se apoyaban en sus carnes sin penetrar, á causa de la presteza con que se desasíó.

Despues de algunos minutos de una de esas luchas gigantescas en que la naturaleza humana consume mas fuerzas que las que parece conceder á un solo hombre, Macandal reconquistó la libertad de sus movimientos. Hallábase de nuevo echando espuma de rabia, con los brazos y el cuerpo chorreando sangre y sudor, solo en medio de un círculo de caras repugnantes, de hombros lastimados por los mordiscos, de miradas embrutecidas por el dolor y la cólera.

Por un momento Macandal buscó entre aquellos animales feroces uno en quien pudiera vengarse haciéndolo su víctima. Su pensamiento se fijó en Fabulé que permanecía delante de él impasible, con los brazos cruzados y en actitud de desafio. Pero el mulato pensó que era su vida lo que se jugaba en aquella venganza aislada y que valia mas para él derribar aquel baluarte y huir como vencedor.

Su pecho se dilató, los músculos de su cuerpo se tendieron de repente como resortes de acero, y arremetió por segunda vez con aquella manada de

tigres prontos á hacerle pedazos. Por segunda vez empezó la lucha terrible, feroz, inaudita: la tierra se estremecía con temblores formidables.

Las fuerzas de Macandal aumentaban en proporción del peligro y la energía de los ataques. Fuera destreza, fortuna ó superioridad real, consiguió librarse de sus mas tenaces enemigos, cuyos cuerpos nervudos y flexibles se enlazaban al suyo como los anillos de aquella serpiente que en otro tiempo hizo pedazos.

El espacio estaba abierto delante de él y Macandal tomó la fuga corriendo con la rapidéz de la flecha. Fabulé dió un grito de rabia, descolgó de las ramas de un árbol un mosquete y corrió en persecucion del mulato acompañado de dos ó tres negros.

Macandal habia penetrado en una espesura de altas yerbas, mas altas que él, y pudo desaparecer á la vista de Fabulé. Este, habiendo perdido el rastro de su enemigo, entró en un acceso de furor terrible.

—¡Sois unos cobardes! exclamó dirigiéndose á los negros: os habeis dejado vencer por un mulato!

Fabulé no era hombre que soltase fácilmente la presa. Además conocia todos los caminos inmediatos; sabia en cuáles podia sentarse el pié humano y en cuáles era imposible penetrar. Por consiguiente podia decir, poco mas ó menos, la direccion que habia tomado Macandal. Subióse á una higuera silvestre, cuyo alto ramage formaba un cómodo observatorio y desde la cual la mirada dominaba á gran distancia.

No tardó mucho en observar á unos cien pasos de distancia, una gran agitacion en medio de las al-

(AVENTUREROS.)

tas matas, sin poder distinguir, sin embargo, el objeto que se movía de aquel modo á brincos continuos y regulares.

Fabulé apoyó el cañon del mosquete sobre una rama y disparó.

Un grito sordo respondió á la detonacion. Fabulé y los tres negros que le acompañaban bajaron del árbol y se dirijieron hácia el punto en donde debió dar la bala. Al llegar al término de su carrera hallaron el terreno removido y con manchas de sangre, pero desierto.

El gefe cimarron paseó al rededor una mirada colérica y penetrante y vió á alguna distancia una ligera agitacion en las matas, indicio seguro de una fuga difícil y dolorosa.

Por otra parte las gotas de sangre que la tierra no habia podido absorber aun, marcaban el camino que habia tomado el herido.

Fabulé y los tres negros entraron resueltamente en aquel sendero y no tardaron en alcanzar á Macandal, que se arrastraba penosamente, herido por la bala que habia penetrado en sus carnes sin causarle lesion peligrosa. El mulato procuró levantarse y arrimarse á un tronco de árbol para defender su vida ó su libertad contra sus cuatro adversarios. Fabulé se acercó á él resueltamente y le descargó sobre su cabeza con la culata de su mosquete un golpe que hubiera sido mortal si el mulato no lo hubiera evitado en parte. Pero debilitado ya por la pérdida de la sangre, cayó desmayado.

—¡Al fin! murmuró Fabulé, volviendo del otro lado el cuerpo de su enemigo para ver si estaba muerto ó herido solamente.

Por órden de su gefe uno de los negros cargó

con el cuerpo de Macandal y lo trasladó al campo.

Cuando el mulato recobró los sentidos, después que le aplicaron sobre la herida algunas yerbas cuyo secreto conservan los negros:

—¿No puedes matarme? preguntó á Fabulé.

—No, respondió éste: puedo sacar de tí mejor partido. Mañana te llevaré yo mismo á San Pedro y te entregaré á los blancos.

—¿Vas á venderme cobardemente?

—Tu captura servirá para que me perdonen algunos de los crímenes de que me acusan los blancos. Tú sabes que el negro cimarrón que presenta otro, obtiene su perdón.

Lo único que Macandal temía al principio fue que le hiciesen marchar al instante; porque contaba con aquella noche de descanso que Fabulé le concedía, para recuperar sus fuerzas y sacar otra vez partido de su situación.

He dicho antes que la herida de Macandal no era grave. Los remedios que le aplicaron produjeron rápidamente una mejoría que el mulato tuvo la prudencia de disimular bajo una apariencia de angustia y de sufrimiento admirablemente fingidos. Con la facultad maravillosa que poseen los negros de dominar el mas agudo mal y hasta de imponérselo, Macandal fingió una tranquilidad de espíritu que influyó considerablemente en el estado de su herida.

El día siguiente Fabulé mandó á uno de los cimarrones que le acompañasen para conducir al prisionero á San Pedro.

El negro cojió del brazo á Macandal, empuñó su *bengala* y se pusieron los tres en marcha.

Fabulé había calculado el tiempo para llegar aquella misma noche á San Pedro.

XV.

A medio día el calor en las Anillas es tan pesado y los rayos del sol tan ardientes, que parecen láminas de fuego que penetran en las carnes. Los mismos negros, cuya piel parece que sea una coraza impenetrable, se ven obligados á buscar la sombra y á pedir al descanso la restitución de las fuerzas. Fabulé se vió obligado á hacer un alto. Penetró en la espesura de un bosque cuyo espeso ramaje formaba una bóveda de verdura, vació su calabaza de aguardiente y se tendió en el suelo para dormir, después de atarle los brazos á su compañero y á su prisionero y de rollarse al cuerpo los cabos de las dos cuerdas. Esta precaucion le pareció suficiente para evitar toda tentativa de evasion. Macandal finjó que dormia y espío el sueño de Fabulé y del negro momentáneamente cautivo como él. Este último, fiel á su consigna, á pesar del testimonio de desconfianza que acababa de darle su gefe, habi

permanecido sentado á cinco pasos de Macandal con la vista fija en él. Cuando el mulato estuvo seguro que Fabulé dormía profundamente, se incorporó sobre su asiento y miró frente á frente á su guardian.

—No digas una palabra, murmuró, no des un grito, no hagas un movimiento, y escúchame.

El negro, dominado por la ardiente mirada de Macandal, por la firmeza de su voz, por el valor que se pintaba en sus facciones, se quedó mudo y como fascinado. Sus grandes ojos amarillos, su lábio colgante, la estupidez de su rostro, mostraban la curiosidad que tenia de oír lo que iba á decirle Macandal. Este, despues de volver la cabeza para mirar á Fabulé y de cerciorarse de que dormía realmente:

—¿Has reflexionado, le dijo, en lo que va á sucederte cuando llegues á San Pedro? le preguntó Macandal. ¿Crees que porque me presentes á mí te concederán tu perdon y que al otro día podrás tomar el camino de los bosques? Pues te engañas, y Fabulé te emplea como un instrumento estúpido para llevar á cabo una venganza inútil y necia. Nada de lo que te promete se realizará.

El negro tendió el cuello y prestó atento oído al discurso tentador de Macandal.

—Yo, por el contrario, estoy seguro de mi perdon si quiero volver á la habitacion. Tengo por garantía la bondad de mis amos y no temo que el látigo caiga sobre mis espaldas, ni que me pongan en el cepo, ni que carguen de hierro mis piés: de suerte que el mismo dia, si quiero, podré hacerme otra vez cimarron.

Una sonrisa estúpida entreabrió los labios del

negro y mostró sus dientes blancos engastados en sus encías de color de violeta. Había comprendido ya, al menos en parte, el sentido de la insinuación de Macandal y cuando éste volvió otra vez la cabeza para mirar á Fabulé, el negro dirigió también la vista á su gefe, y su rostro impassible poco antes, se animó de repente. Con un solo movimiento de los labios, que no osaban ó no podían articular una palabra, indicó á Macandal que continuase.

—¿Sabes lo que te espera en San Pedro cuando me hayas entregado al carcelero? Te pondrán en la cárcel á ti también.

—¿Y á Fabulé? preguntó el negro decidiéndose al fin á romper el silencio.

—¿Crees tú que Fabulé será tan necio que se atreva á entrar en San Pedro? Sabe demasiado á qué atenerse sobre las promesas de los colonos. Dejará que tú me conduzcas á la cárcel y se detendrá á algunos pasos de San Pedro; y cuando esté bien seguro de que no podrás menos de desempeñar tu comisión, se volverá á los bosques libre de mí, y sin pensar en las miserias que te habrá ocasionado.

El negro se estremeció de pies á cabeza; su cerviz desnuda y reluciente se cubrió de gruesas gotas de sudor, que eran como lágrimas que su cuerpo dejaba correr al verse amenazado con los suplicios. Al mismo tiempo dirigió á Fabulé una mirada llena de rabia feroz.

—Al paso que él, dijo Macandal indicando al gefe dormido... él es muy diferente. La mitad de la Martinica nos darían por entregarle á la venganza de los colonos. Ese perdon falaz que te promete por ponerme en poder de mi amo, lo conseguiremos nosotros, y con el perdon todo lo que pidamos

por esa captura, que ni los soldados del rey, ni los colonos, ni los caribes han podido conseguir todavía.

El negro se retorcia los brazos impotentes y hacia esfuerzos sobrehumanos para romper sus ataduras.

—Y además, continuó Macandal, que veía á su cómplice en su poder, despues de perdonados nos haremos otra vez cimarrones cuando queramos y volveremos á los bosques. En estos momentos me hacen la guerra, me persiguen, pero los blancos aun no han entrado en mi campo. Los venceremos y será nuestro el incendio, el saqueo y la venganza: el pais caerá en nuestras manos, los caribes serán nuestros amigos y aliados y daremos libertad á todos los esclavos.

El negro, ébrio con las palabras de Macandal, que penetraban en su espíritu por todas las brechas que habian abierto el temor de un castigo debido á la traicion y la perspectiva de una libertad mas segura, luchaba con increíble energia para romper las ataduras que sujetaban sus brazos cautivos.

Sus ojos despedían relámpagos y su nariz hinchada respiraba una tempestad de cólera. Macandal, mas tranquilo y mas prudente, se guardaba muy bien de añadir un movimiento á las sacudidas furibundas de su compañero, por temor de despertar á Fabulé. Con la rodilla fuertemente apoyada sobre la cuerda que separaba á los dos negros, interceptaba toda comunicacion entre ellos. Al mismo tiempo seguía con mirada atenta el progreso lento de los esfuerzos de su compañero, cuyos musculos de acero habian alojado el nudo de la cuerda.

Cuando Macandal creyó observar que la cuerda

se había aflojado bastante sobre las muñecas del negro para que á trueque de su violento dolor fuese posible triunfar del último obstáculo:

—Acércate, le dijo á media voz, pon las muñecas en el suelo, aguanta y no des un grito, ó somos perdidos.

El negro hizo lo que le mandaba Macandal. Su cuerpo temblaba, la sangre se había retirado de su rostro y la descomposicion de sus facciones hacia adivinar una palidez invisible; su corazon palpitaba con gran violencia. Cuando el negro hubo puesto las manos en el suelo, Macandal apoyó la rodilla entre los dos brazos y pesando sobre la cuerda que ya estaba floja:

—Tira, dijo al negro.

Y al mismo tiempo que éste cumplia la orden con la energía de un fatalista, Macandal dió tan violenta sacudida á la cuerda, que una de las manos del negro quedó libre; pero el nudo al retirarse le llevó una parte de la carne hasta el hueso y las falanges quedaron desnudas, sangrientas y medio rotas: Macandal experimentó un sentimiento de horror al contemplar este espectáculo: el negro vaciló y cayó al suelo con el corazon desfallecido y los miembros helados.

En este momento Fabulé hizo un movimiento que indicaba que iba á despertar. En presencia del peligro los dos cómplices recobraron su sangre fria. Macandal se arrojó como una fiera sobre el pecho de Fabulé y le sujetó con todo el peso de su cuerpo. El negro, con la mano que le quedaba útil asió al gefe de la garganta, y con la otra, arrancándole el cuchillo del cinto, cortó las ligaduras de Macandal, quien pudo sostener con igualdad de fuerzas la

lucha en que su compañero imposibilitado hubiera sucumbido, perdiéndose los dos.

Fabulé rebotaba sobre el suelo y sus caderas parecía que estaban dotadas de resortes infatigables. A veces conseguía libertar sus muslos y piernas de la poderosa presión con que los sujetaban los dos cuerpos enlazados con el suyo, y formando un punto de apoyo con sus robustos hombros clavados en el suelo, describía en el aire gigantescas curvas: otras veces por el contrario, librando su cerviz de la presión de sus dos adversarios, se incorporaba, y aunque preso y sujeto por la otra mitad del cuerpo, les laceraba los costados y los brazos con las uñas y con los dientes. Una vez consiguió ponerse en pie, no para tomar la fuga, sino para emprender una lucha formidable, feroz, con la cabeza como los toros y con las garras y los dientes, como los leones y panteras.

Este fue el término de su impotente resistencia. Fabulé cayó rendido en el suelo que bañaba su sangre, la de Macandal, cuya herida se había abierto, y la del desgraciado negro que como ya hemos dicho tenía la mano en carne viva.

Las cuerdas que habían servido para los dos prisioneros, sirvieron para sujetar á Fabulé. Cuando estuvo maniatado, Macandal y su cómplice le echaron al pie de un árbol.

—Basta de trabajo por hoy, dijo el mulato al negro, no llegaríamos esta noche á San Pedro y además necesitamos vendarnos las heridas. Pasaremos aquí la noche.

El negro se envolvió la mano con compresas de yerbas y él y Macandal se durmieron á uno y otro lado de su prisionero.

(AVENTUREROS.)

Al día siguiente Macandal dijo al negro:

—Soy contigo mas franco que Fabulé y no me atrevo á asegurarte el perdon. Vuelve al campo y anuncia mi próximo regreso á tus camaradas: yo solo llevaré á Fabulé á San Pedro.

El negro se alejó poseído de una admiracion sincera por el mulato. Macandal desató los piés á Fabulé, que se mostraba dócil despues de su derrota, y se pusieron en camino.

Por la tarde llegaron á San Pedro: Macandal se dirigió á la conserjería y entregando su prisionero:

—Os traigo á Fabulé, dijo al conserje; me voy á casa de mi amo.

El juez criminal, extraño á todas las intrigas que se agitaban en las tinieblas, sabiendo la guerra que se estaba haciendo á Macandal y el valor que podia tener la captura de Fabulé, los hizo prender á los dos.

Macandal y Fabulé fueron encerrados aisladamente en la cárcel de San Pedro, que era poco formidable en aquel tiempo. Era simplemente una cabaña de madera, como casi todas las casas de la ciudad, situada en el centro de una gran área defendida por empalizadas. Se contaba mas con el terror de los negros al verse cautivos, que con la solidez de aquellas murallas de tablas.

No quedó poco maravillado Macandal al ver el desenlace imprevisto de su expedicion, y temiendo el resultado del juicio á que iban á sujetarle, resolvió no esperar la intervencion de la justicia ni la de su amo, en la cual no le era ya licito confiar. Sentado en el fondo de su celda, con la cabeza oculta entre las manos, Macandal discurría el medio de fugarse. Su calabozo estaba en el piso bajo; este he-

cho no admitía duda, toda vez que sus piés pisaban la tierra. Aguzó el oído para ver si cerca de él se escuchaba algún ruido; pero á uno y otro lado reinaba el mas profundo silencio, y de este hecho pudo inferir que las dos celdas contiguas estaban vacías. ¿Pero qué situacion ocupaba la suya con respecto al extremo del edificio de la cárcel? ¿Este concluía á la derecha ó á la izquierda? ¿Tendria muchos obstáculos que salvar antes de llegar al campo?

Una pequeña ventana en forma de tragaluz y guarnecida de hierros, servia para ventilar y alumbrar la celda. Macandal dió un salto de tigre, se asió con ambas manos de los barrotes de hierro, y recojiendo con fuerza los brazos se elevó hasta que pudo mirar á la parte exterior. Delante de él se extendia el terreno solitario en cuyo centro estaba construida la cárcel; mas allá las empalizadas y detrás las montañas; es decir, la libertad. Ladeando la cabeza pudo observar que su celda estaba á la izquierda y era la penúltima de la cárcel. De un salto bajó de la ventana. El plan de evasion habia germinado en su cabeza. Miró con disgusto los hierros que acababan de sostenerle; porque habia observado que estaban muy firmes entre dos vigas, de las cuales no conseguiria arrancarlos con la sola fuerza de sus manos vigorosas.

El éxito de su empresa dependia de la posibilidad de introducirse en la celda contigua para abrigarse desde allí una salida al terreno empalizado de la cárcel. Se trataba de agugerear la pared.

Macandal esperó la noche. El tabique que le separaba de la celda en donde debia penetrar ante todo, estaba basado en un monton de rocas informes y mal talladas, que formaban una especie de

muro de apoyo. Arrancó con las uñas los yesones que disimulaban los puntos de union de las rocas y empezó á combatir el paredon. Al primer ruido que hizo oyó en la celda contigua, hasta entonces silenciosa, un movimiento y una agitacion que se calmaron al instante.

Macandal no sabía si debía considerar favorable ó adverso este incidente. Se detuvo un momento y despues de llamar al tabique preguntó:

—¿Quién está ahí?

No recibió contestacion. Repitió la pregunta y no obtuvo mejor resultado. Entonces creyó que se habria engañado y puso manos á la obra con mas vigor.

La dislocacion de tres de las principales rocas bastó para abrirle paso á la celda inmediata, en la cual podia penetrar arrastrándose de bruces. Antes de entrar en aquel desfiladero procuró escudriñar con la mirada aquellas tinieblas misteriosas. La luna que resplandecía en el cielo no dejaba penetrar mas que dos ó tres débiles rayos por entre los barrotes de un tragaluz semejante al de su celda. Estos rayos trazaban en el suelo una lengua de luz pálida, y nada más.

Macandal se arriesgó: pasó la cabeza, despues los hombros y despues todo el cuerpo y se halló en medio de la celda que le pareció desierta. Aguzó el oido y distinguió en un ángulo completamente oscuro el ruido regular de una respiracion. Fijando atentamente la vista en aquella direccion, vió dos ojos que brillaban en la oscuridad y se destacaban en el fondo negro. Era la cara de un negro. Macandal alargó la mano y antes que aquel testigo tímido ó prudente de su tentativa de evasion pudiera

ponerse en guardia, le cojió por los cabellos y le arastró hácia el tragaluz, donde un rayo de la luna le dió en el rostro.

Los dos prisioneros dieron al propio tiempo un rujido terrible. Se habian reconocido. La casualidad ponía otra vez frente á frente á Macandal y Fabulé.

Este se aprovechó del asombro de su implacable enemigo para desasirse, y se arrimó á un lado de la celda, apoyando las caderas en el tabique y adelantando el cuello como para empezar una lucha.

Macandal comprendió que no era aquel el momento ni el sitio de dar una batalla.

—Estás loco, Fabulé, dijo al negro, y seríamos dos imbéciles si nos pusiéramos á disputar aquí, cuando debemos buscar la libertad.

—¿Qué medios tienes para conseguir tu objeto? preguntó Fabulé.

—Ya ves, respondió Macandal, que demoliendo la pared de mi calabozo he conseguido penetrar en el tuyo. Ahora se trata de hacer brecha en la pared que nos separa de la libertad.

—Eso sería imposible: para abrirte camino hasta aquí no has tenido más que hacer sino desencajar algunas rocas; pero esta es una pared verdadera y ocho dias con sus noches no bastarian para hacer brecha en ella.

—Es verdad, dijo Macandal dándose un golpe en la cabeza con despecho; y es preciso que antes de una hora estemos fuera de aquí.

—Yo tengo un medio, repuso Fabulé.

—Dilo pronto.

—Por esa ventana habia pensado escaparme.

—¿Por esa ventana? ¿Tan fácil es arrancar los hierros?

—No, pero es fácil aserrarlos.

—Pues manos á la obra, y pronto, dijo Macandal.

—¡Oh! murmuró Fabulé con risa socarrona, mostrando á Macandal una pequeña lima de acero como la mitad del dedo meñique, que tenia oculta en la boca; yo me hubiera valido de este instrumento para fugarme, pero prefiero renunciar á mi libertad á trueque de no favorecer la tuya.

—¡Miserable! dijo, Macandal, ¿tendrías valor para eso?

—Venganza por venganza, cobardía por cobardía. Me has entregado á los blancos ¿y quieres que te ayude á escaparte de su poder? ¡No á fe mia! Si por otro auxilio que el mio consigues huir, mejor para ti; pero no seré yo quien te dé los medios.

—Fabulé, date prisa á limar los hierros de esa ventana y á abrir para los dos el camino de la libertad.

—¡No!

—Cuando estemos en los bosques de la montaña Peleo, haremos alianza, si quieres; ó si te parece que uno de los dos está de más y molesta al otro, nos batiremos hasta que quede uno solo.

—No, respondió Fabulé; estás embrujado y sería yo el que perecería en la lucha! Sí, preciso es que estés embrujado para no haber muerto del tiro que te di en el bosque, y para haber podido escapar ayer de mis manos. No, no; te salvarás como puedas y yo haré lo mismo; pero no auxiliaré tu fuga.

—El tiempo urge, Fabulé.

—¿Qué me importa?

Macandal habia finjado hasta este momento una

calma que no tenia. A medida que Fabulé insistia mas en su negativa, el mulato sentia agolparse la cólera á su corazón: sus puños se crispaban y se tendian los músculos de sus brazos.

—¿Te niegas resueltamente? preguntó al negro cruzando los brazos sobre el pecho.

—Me niego.

Macandal bajó la cabeza para reflexionar un momento y la levantó de repente con los ojos encendidos en medio de la oscuridad. Se acercó á Fabulé que se habia refugiado en uno de los rincones de la celda, replegado como un animal feroz y pronto á arrojarle sobre su enemigo.

—Cualquiera tentativa que hagas será inútil, dijo á Macandal. Puedes intentar por la fuerza arrancarme este instrumento que codicias; pero no lo has de tener aunque quedes victorioso.

Y diciendo esto Fabulé se tragó la pequeña lima que ocultaba en la boca. El mulato exasperado, ébrio de cólera, se lanzó sobre el negro con la rapidéz del relámpago y sin que este pudiera prever el ataque. Macandal cojió á Fabulé por la garganta y mientras le estrangulaba entre los resortes de hierro de sus diez dedos, le hacia dar con la cabeza contra las rocas agudas y desiguales que formaban el muro de apoyo de la celda. Fabulé no habia tenido tiempo ni posibilidad de defenderse. Los dolores que le ocasionaba el pedazo de hierro atravesado en su garganta, le habian quitado las fuerzas. Exhaló en estertor de la agonía y quedó muerto entre las manos de Macandal.

El mulato dejó caer el cadáver y como espantado de la accion que acababa de cometer, retroce-

dió hasta el otro extremo de la celda con el rostro cubierto de sudor y los miembros temblorosos.

—¡Miserable imbécil! murmuró.... Condenarse á esa muerte inútil, sin provecho para él ni para mí!

Macandal se sentó en un rincon de la celda luchando entre la ira y la desesperacion. De repente se levantó y pasándose la mano por la frente, exclamó con risa feroz:

—No dejaré mi obra incompleta: queria mi libertad y la tendré.

Dió un paso hácia el cadáver y se detuvo, como paralizado por el terror. Reflexionó antes de continuar el sacrilegio que habia resuelto. Recordó que mientras estrangulaba á Fabulé, sintió bajo la pression de sus dedos la lima atravesada en las fauces del negro. Necesitaba á toda costa este instrumento. Se inclinó sobre el cadáver, apartó violentamente las dos mandíbulas entreabiertas y le metió la mano en la boca sin poder llegar al objeto tan ardientemente codiciado. Por efecto de una contraccion nerviosa muy natural, las mandíbulas de Fabulé se juntaron lentamente mientras que Macandal registraba las fauces y los dientes del cadáver apretaron como un brazalete agudo la muñeca del mulato, que dió un grito de terror.

Macandal experimentó como un vértigo supersticioso. Era indudable que Fabulé estaba muerto y sin embargo la mordedura leve que habia sentido le parecia un aviso del cielo. Permaneció un momento desconcertado, confuso, indeciso, y tuvo miedo de verse en presencia del cadáver. Giró alrededor de la celda como una fiera golpeando las paredes para buscar una salida. Por un momento tuvo la idea de volver á su celda y esperar la suerte que

le estuviese reservada: al menos de este modo se libraria del terrible espectáculo del cadáver de Fabulé.

Después de fijar durante algunos segundos sus ojos ávidos en el tragaluz, el sentimiento de la libertad que le habia impelido á cometer un crimen inútil, le inspiró una horrible idea.

—No, murmuró, no es posible que me condene yo mismo á la cárcel cuando está ahí la libertad.

Se arrojó al instante sobre el cadáver de Fabulé con la misma rapidéz con que se habia precipitado sobre su enemigo vivo, é hincando las uñas en la garganta del negro, desgarró sus carnes y las registró hasta que hubo encontrado en medio de las arterias, de la sangre coagulada y de los trozos de músculos, el pedazo de hierro de que dependia su salvacion.

Macandal no podia llegar fácilmente á la ventana. Arrastró el cuerpo de Fabulé, lo apoyó contra la pared y haciendo hincapié en sus espaldas, se asió de los barrotes de la ventana con una de sus manos sangrientas, mientras con la otra limaba los hierros que al desaparecer dejaron á su cuerpo bastante espacio para salir.

Una vez fuera de la cárcel, Macandal examinó con atencion el horizonte que se presentaba á su vista. Reinaba en todas partes el mas profundo silencio: la luna habia desaparecido del cielo, donde solo brillaban algunas estrellas que no podian alumbrar las profundas tinieblas.

El mulato corrió en línea recta con toda la celeridad de sus piés hasta las empalizadas, que empezó á escalar asiéndose con piés y manos de las desigualdades de las tablas y de los nudos de los bambúes cuyas aristas aceradas le rasgaban la piel.

(AVENTUREOS.)

XVI.

En el momento en que Macandal tocaba al término de su penosa ascension, la bala de un mosquete le rozó el hombro.

Al propio tiempo que el tiro, resonó un grito de alarma en la cárcel y el mulato oyó el galopó y los ladridos espantosos de uno de los perros enseñados á la caza de esclavos y caribes. Oprimiósele el corazón, pero el peligro le infundió valor é hizo un último y supremo esfuerzo para llegar á lo alto de la empalizada.

Iba á conseguir su objeto, cuando el perro, encarnizado en su persecucion, le alcanzó de un brinco y se asió con los dientes al muslo del fugitivo. Macandal dió un grito de dolor, de rabia y desesperacion: al mismo tiempo resonaron dos tiros de mosquete y el infeliz mulato, herido en el pecho y en la

cabeza, cayó al otro lado de la empalizada, arrastrando al perro en su caída.

Macandal había muerto en las tinieblas, como un malhechor vulgar, fusilado por una mano desconocida.

El perro soltó la presa, olfateó el cadáver del mulato y se puso á ladrar con toda su fuerza para dar aviso á los carceleros. Estos acudieron á la voz de alarma con hachas de resina que alumbraban la escena con resplandor siniestro. Mientras levantaban el cadáver de Macandal y cargaban sobre sus hombros al colono inerte, se oyó el ruido sordo de unos pasos acompasados y lentos, como los de un cuerpo de tropas en marcha.

Era la banda de los caribes que traían á Antilia. El perro, con la boca ensangrentada y olfateando su caza habitual, se puso á ladrar otra vez y quiso correr en busca de los caribes. Pero los carceleros no sintiéndose con fuerzas para sostener un ataque, detuvieron al perro, le arrojaron por encima de la empalizada, escalándola despues con presteza y abandonaron el cadáver del mulato.

Miraron por los resquicios de los tablas y vieron avanzar la comitiva con el palanquin en que iba Antilia y que custodiaba con paternal cuidado el *boyez* caribe. La tropa se detuvo: los ladridos incessantes del perro, la luz rojiza y la espesa humareda de las teas de resina que se elevaba formando torbellinos por encima de las tablas, pusieron en guardia á los caribes. El *boyez* avanzó algunos pasos y gritó:

—Somos amigos y traemos la hija de un blanco para entregársela á su hermano.

Los dos carceleros ataron al perro; salieron de

la empalizada y se acercaron al *boyez*, quien al ver el cadáver de Macandal dió un grito de desesperación.

Antilia corrió á estrechar la mano del mulato.

—¿Quién le ha muerto? preguntó.

—Nosotros, respondieron los carceleros. Y refirieron la llegada de los dos gefes cimarrones á San Pedro, su prision, la fuga de Macandal y el triste desenlace del drama.

—Habeis muerto al amigo de los blancos, dijo el *boyez*, y los blancos le hacian una guerra injusta.

—Llevadme prontamente á casa de mi hermano, dijo Antilia ocultando el rostro para llorar.

Los caribes partieron á galope y al despuntar el dia llegaron á la habitacion de Enrique, que encontraron desierta.

La salida de Macandal para el campo de Fabulé, la lucha entre los dos gefes cimarrones, el desenlace sangriento que hemos referido en el capítulo anterior, habian coincidido precisamente con la visita de Enrique al campo del mulato y la llegada de Mad. de Saint Chamans á la ajupa de Maubrac.

Estos movimientos simultáneos de todos nuestros personajes, esplican los sucesos que hemos referido y los que vamos á narrar.

Gracias al perfecto conocimiento que tenia Maubrac de los caminos de la montaña Peleo, que habia trillado muchas veces para ir á fraternizar con los negros cimarrones, Enrique pudo llegar fácilmente al campo de Macandal, evitando pasar por los sitios donde habia tenido lugar el combate. La entrada de Enrique y de Maubrac en el campo fue una sorpresa para el batallon negro, que creyéndose invadi-

do por las tropas, empezó á dar alaridos y tomó la fuga abandonando las armas.

—¡Macandal! ¿Dónde está Macandal? gritaba Enrique, deteniendo en su fuga á los negros que se hallaban mas cerca de él; quiero hablarle, quiero salvarle!

—Deteneos, regimiento de imbéciles, gritaba Maubrac. M. de Autanne y yo somos amigos y os traemos la paz y nuestra amistad. Ya veis que las tropas del rey no se mueven de su posicion. ¿Dónde está Macandal?

Restablecióse la calma. Los negros se formaron al rededor de los colonos, primero con timidez y despues con mas confianza. La anciana madre de Macandal se acercó entonces y cayendo de rodillas delante de Enrique y estrechándole las manos:

—Amo, le dijo; ¿qué ha hecho Macandal á los *bekés* (á los blancos), para que M. Du Buc se halle á la cabeza de los que persiguen á mi hijo?

—Sosiégate, respondió Enrique; un error, una infamia y una traicion, han traído á los colonos á estos sitios en persecucion de Macandal. Le han acusado de dos crímenes de que es autor Fabulé y vengo á salvar á Macandal y á proclamar su inocencia delante de los colonos. ¿Dónde está tu hijo? Llámale, tráele aquí para que le estreche la mano.

—¡Macandal! dijo la negra prosternándose hasta poner la cara en el suelo, Macandal ha ido á pedir socorro á Fabulé:

—¡Desgraciado! ¡Fabulé le va á matar!

La negra dió un grito desgarrador y cayó desmayada á los piés de Enrique.

—M. de Autanne, murmuró Maubrac que no olvidaba el objeto principal de su mision, mientras vais

en busca del gobernador para detener el ataque por este lado, yo llevaré á Dubost á Mad. de Saint Chamans. Mandad que nos devuelvan vuestro prisionero.

Enrique reclamó la persona de Dubost; pero le anunciaron que en el primer combate el prisionero habia conseguido escaparse. Esta noticia fue un rayo para Maubrac, que comprendió mejor que Enrique toda la gravedad de esta evasión. Si habia conseguido llegar á San Pedro, sediento de venganza, habria amotinado la poblacion contra la condesa, confiando las terribles revelaciones que esta tenia tanto interés en ocultar.

Mientras Enrique organizaba á los negros cimarrones para reunirse con los blancos y marchar con ellos contra Fabulé, Maubrac desapareció tomando el camino de San Pedro, á donde Dubost habia llegado en efecto proclamando el vergonzoso origen de la finjida condesa de Saint Chamans.

Los negociantes que le habian hecho tan considerables anticipos de dinero, vieron perdidos sus intereses, y todos aquellos señores burlados, aquellas mugeres humilladas, y aquella poblacion, en fin, esquilmada, escarnecida, tiranizada por aquella finjida gran señora que caía de su pedestal, dió un solo y unánime grito de venganza.

Por una coincidencia providencial, un buque llegado aquella tarde, habia traído cartas que confirmaban las revelaciones de Dubost y referian el origen de Mad. de Saint Chamans y el engaño de los que involuntariamente habian cooperado á aquella farsa. El mariscal de Estrées acusaba á Mad. de Lamignon de haber sorprendido su buena fe y avisaba al marqués de la Varenne de los proyectos fra-

guados entre el presidente y la condesa en favor de Clermont, con el fin de apoderarse de la colonia.

El populacho corrió en masa á la casa de Claudina y la demolió despues de quemar los muebles fastuosos.

Maubrac entró en San Pedro en el momento mismo en que estallaba este movimiento general. Reconocido por algunas personas, tuvo precision de abrirse paso espada en mano, y marchó á la *ayupa* donde su hermana esperaba con impaciencia la llegada de Fabulé, estrañando que no hubiese contestado á la señal. Ignoraba que en aquel momento Fabulé estaba ya preso con Macandal.

Maubrac le refirió la fuga de Dubost y los sucesos que ocurrían en San Pedro.

—Solo nos queda un medio de salvacion, le dijo, y es el de refugiarnos en el campo de Fabulé y defendernos con él hasta derramar la última gota de sangre.

—¡Marchemos! respondió la condesa envolviéndose en el manto.

Su ademan, su acento, su mirada, revelaban una resolucion que hizo temblar á Maubrac.

—Marchemos, repitió éste, y tomando á su hermana en brazos, la condujo al interior de los bosques.

—Vamos aprisa, hermano; siempre me parece que esos condenados colonos nos siguen la pista. ¡Oh! ¡maldito Dubost! ¡maldito Du Buc! No haberlo podido matar á tiempo!

Claudina rujia al pronunciar estas últimas palabras. La dificultad de los caminos y el cansancio no la detenian, y caminaba sin pararse, rendida y ja-

deante, pero sostenida por el objeto que guiaba sus pasos.

A veces gritaba con acento de rabia sin detenerse:

—¡Oh! tiemblen esos malditos colonos cuando vean caer sobre San Pedro, como una avalancha, á los negros conducidos por mí, y por tí que irás á su cabeza; ¿no es verdad, Maubrac? ¡Y á esa Antilia la ahogaré con mis manos; será mi primera víctima!

Claudina y Maubrac penetraron en el campo casi al mismo tiempo que el negro que habia ayudado á Macandal en su lucha con Fabulé. A un mismo tiempo supieron este lúgubre incidente que hacia ilusorios sus proyectos y la fuga de Antilia. Todo se escapaba de las manos de Claudina. Por un momento perdió el valor y la esperanza y quedó sumida en un abatimiento profundo.

La narracion del negro, cómplice de Macandal, impresionó en gran manera á sus compañeros. Contaban con la vuelta de Macandal para que tomase el mando de su banda, y sin saber exactamente á qué especie de conquistas los llevaría el mulato, veian ya en lontananza empresas nuevas y extraordinarias.

—¡Tambien esos se nos escapan! murmuró Claudina juntando las manos con desesperacion.

—No, respondió Maubrac que no habia perdido su sangre fria. Y llevando á un lado á su hermana, á quien los negros empezaban á mirar con desconfianza:—Recobra el valor, Claudina, le dijo, tú sabes lo que Fabulé ha hecho jurar en mi ajupa á los cinarrones que le acompañaban...

—Es verdad, dijo Claudina reanimándose.

—Pues bien, ha llegado la hora de invocar ese

juramento. Ya ves que esos bandidos no desean mas que combates y saqueos...

—¿Y qué?

—En verdad, hermana, que no te conozco. ¿Qué se han hecho tu energía y tu inteligencia? ¿Esos negros no te han jurado obedecerte como á su mismo jefe?

—Sí.

—¿Seguirte á todas partes, ir donde tú les digas que vayan?

—¡Sí, sí....!

—Pues bien, Claudina, tú sabes muy bien que somos perdidos y es preciso que utilicemos nuestros últimos recursos antes de arrostrar una suerte afrentosa y caer en el lazo de la venganza de los colonos.

—¿Qué piensas hacer? preguntó Claudina.

—Ven, y ármate de toda tu energía.

—Y cojiendo del brazo á su hermana, Maubrac la llevó al centro del grupo de negros que deliberaban sobre la conducta que habian de observar en la ausencia de su jefe, cuya suerte ignoraban, y mientras llegaba Macandal, á quien deseaban ver en el campo.

—Amigos míos, dijo Maubrac, ¿por ventura pensais permanecer en la inaccion en que 'estáis, cuando la colonia está ardiendo y los blancos por un lado y vuestros camaradas por otro han acudido á las armas? ¿Qué os falta para decidiros á tomar parte en la lucha que se prepara? Un jefe, ¿no es verdad?

—Sí, sí! gritó toda la banda.

—Supongo que no tendreis la idea de ponerlos de parte de los colonos para esterminar la banda de Macandal, que se compone de vuestros hermanos
(AVENTUREOS.)

de negros como vosotros y enemigos y mártires de los colonos.

—¡Hurra! gritaron los cimarrones blandiendo las bengalas.

—Pues bien, el gefe que os falta está aquí!

—Y diciendo esto, Maubrac empujó á Claudina al centro del grupo.

Esta señora, continuó, es la condesa de Saint Chamaus, la antigua amiga del gobernador. Algunos de vosotros la conocen, tú por ejemplo, dijo Maubrac dirigiéndose á uno de los negros; y tú tambien, añadió interpelando á otro. Vosotros estábais con Fabulé en mi ajupa una noche que estaba allí tambien la condesa. Fabulé os mandó que la reconocierais y le prestarais socorro en todos tiempos. Vosotros caisteis á sus piés y le jurasteis obedecerla como á la misma persona de vuestro capitan. ¿Os acordais?

—¡Sí! ¡sí!

—Esta señora que es amiga de los negros y enemiga de los colonos, os pide que marcheis á socorrer el campo de Macandal que quieren destruir los criollos, y os promete el saqueo de las habitaciones.

—¡Hurra por la condesa!

Un grito formidable respondió á la arenga de Maubrac. Claudina conmovida y electrizada por la alocucion de su hermano, y comprendiendo al fin el partido que podia sacar de la situacion desesperada en que se hallaba, empuñó con mano firme la espada de Maubrac.

—¡A las armas! gritó: ¡adelante, amigos míos!

—¡Viva la condesa capitana! gritaron los ne-

gros levantando en brazos á Claudina y llevándola en triunfo.

La tropa, armada de mosquetes, bengalas, arcs y flechas caribes, se puso en marcha, guiada por Maubrac que la conducia resueltamente al encuentro de los colonos.

Los soldados de Claudina, por efecto de una precaucion delicada, llevaron en hombros á su capitán para evitarle las fatigas de un camino erizado de obstáculos. Así llegaron á las posiciones ocupadas por los blancos, y las cuales encontraron abandonadas. El silencio reinaba en el campo de Macandal, que tambien estaba desierto.

—Mándales que marchen sobre San Pedro, dijo Maubrac á su hermana en voz baja. Están entusiasmados contigo y serian capaces de ir al infierno por obedecerte.

Maubrac tenia razon.

—¡A San Pedro! ¡A San Pedro! respondieron los negros á la voz de Claudina.

—Marchamos á nuestra perdicion, dijo la condesa á Maubrac. Si somos vencidos, nuestra muerte es segura.

—¡En hora buena! Pero si somos vencedores la colonia nos pertenece. A tí te toca inflamar el corazon y el alma de esos negros.

Claudina, que habia perdido su audacia, se hallaba completamente en poder de su hermano. Dobló la cabeza y le respondió con una humildad que intimidó á Maubrac por un momento:

—Haré todo lo que quieras.

Dos lágrimas corrieron por sus mejillas; pero Claudina las secó al instante. El aventurero no pudo

menos de experimentar un sentimiento de emoción y de temor.

—Ya no te conozco, Claudina.

—Ya no tengo valor, hermano mio; me siento vencida de antemano.

—¿Tienes miedo?

—Sí, tengo siniestros presentimientos; me parece que la hora de la justicia ha llegado para mí y oigo en mi corazón una campana fúnebre....

—¿Quiéres volver atrás? preguntó Maubrac con voz alterada, contagiado de los terrores misteriosos de su hermana.

—No, respondió Claudina, la suerte está echada. ¡Marchemos....!

La tropa de negros cimarrones se hallaba ya á un tiro de mosquete de San Pedro. Habían graduado su marcha de modo que pudiesen caer sobre la ciudad á alta noche, á fin de aprovecharse del espanto para asegurar la victoria. Hicieron alto en la falda de la montaña Peleo para tomar las disposiciones del combate.

Desde la eminencia en que se hallaban y que dominaba á San Pedro, Maubrac y Claudina observaron un movimiento siniestro y desusado en la ciudad, cuyas calles estaban surcadas por masas de luces errantes.

Un ruido confuso de armas llegó hasta ellos y de repente las calles volvieron á la oscuridad mas completa y todas las luces se agruparon á lo largo del río. Entonces creyeron ver una embarcación cargada de tropas que se dirigía hácia un buque cuyas velas estaban medio desplegadas y que solo esperaba una señal para levar anclas. Claudina y Maubrac se

miraron y estrecháronse la mano sin pronunciar una palabra.

A algunos pasos de ellos ocurría un drama en el cual adivinaron que les estaba reservado algun papel.

—¿Quiéres que volvamos al campo? le preguntó al fin Maubrac.

—Sí, respondió Claudina: de todas maneras alejémonos de San Pedro, ya que esta noche nos sería imposible sorprenderlo. Toda la poblacion está sobre las armas.

—Tal vez, murmuró Maubrac, ese buque que acaba de levar anclas y va á perderse entre las nieblas del horizonte, se lleva nuestra victoria ó nuestra ignominia.

—¿Pues qué ocurre?

—Mañana lo sabremos.

La tropa de cimarrones se retiró á la montaña y sin volver al campo de Fabulé, halló un abrigo seguro á distancia conveniente de San Pedro, para poder realizar su plan de ataque cuando se presentase momento favorable.



XVII.

El lector recordará tal vez la sorpresa y el dolor que experimentó Enrique al saber la marcha de Marandal al campo de Fabulé. Convencido desde aquel momento de la inocencia del mulato y seguro de la adhesión de los negros que componían la banda de este jefe, resolvió atajar la persecución de que eran víctimas y decidir á los colonos á marchar contra Fabulé.

Dirigióse con este objeto al campo de los blancos, los cuales los recibieron con un grito de asombro al verlos llegar por caminos en que su valor no había osado penetrar. Enrique se negó á responder á toda pregunta antes de ver y estrechar en sus brazos á Du Buc. Llevó luego á su primo á un sitio apartado para referirle las revelaciones que le había hecho Mad. de Saint Chamans, los proyectos de la Varenne, su complicidad en el doble crimen

que habia cubierto de luto á su familia, y en fin, la inocencia de Macandal, que habia desaparecido de su campo.

—¡Ese marqués de la Varenne es un solemne bribon! exclamó Du Buc. Sus crímenes han agotado nuestra paciencia.

—¿Qué debemos hacer?

—Acabar con él. ¡Ah! ya os dije, mi querido Enrique, que la presencia de ese hombre traería días de luto á nuestro país! Mi plan está hecho y no es de hoy.... Esperadme aquí un instante.

Alejóse Du Buc y volvió con algunos oficiales de las compañías.

—Alejémonos un poco, les dijo, y deliberemos sobre la resolución que voy á comunicaros; pero tened presente que somos ante todo soldados, que no tenemos espacio ni costumbre de hacer largos discursos, y probemos nuestra fuerza por medio de actos rápidamente concebidos y ejecutados del mismo modo.

Du Buc recordó brevemente toda la conducta de la Varenne, desde su llegada á la Martinica; su despotismo, sus exacciones, su mala administración, y finalmente los dos crímenes que habian coronado su obra.

—No hay uno siquiera entre vosotros, señores, continuó, que no tenga que quejarse del marqués; no hay uno entre vosotros que no tenga que pedir justicia contra él.

—¡Es verdad! respondió un coro de voces.

—Pero.... empezó á decir uno de los oficiales.

—Vos como todos, mi querido Malherbe, interrumpió Du Buc: no tengo duda de que habreis sido vejado ó insultado, y quizá las dos cosas á un tiem-

po. No necesito enumerar vuestros agravios; guardadlos para arrojarlos á la cara á ese hombre maldito cuando nos hallemos en su presencia dentro de poco. Se trata, pues, señores, de intentar valerosamente una empresa temeraria y violenta con el objeto de darle paz á esta colonia y de conservarla en poder del rey.

Un estremecimiento circuló por el grupo que se apiñó al rededor de Du Buc, cuya voz se hacia mas y mas discreta, á medida que llegaba á la conclusion de su discurso.

—En la situacion en que nos hallamos, señores, continuó el criollo, de no poder pedir justicia al rey, es preciso que nos la hagamos por nosotros mismos prendiendo al marqués y embarcándole para Francia.

Esta resolucion enérgica y extrema pareció tan grave, que los circunstantes se miraron unos á otros sin proferir una palabra.

—¿Vacilais? continuó Du Buc.

—No, respondió M. de Malherbe, pero.... ¿quién se atreverá á poner las manos sobre M. de la Varenne, representante del rey....? Es un atentado á la persona misma de S. M.

—¡Yo me atreveria á prenderle! exclamó Autanne y lo haria protestando del respeto que como es notorio profeso á la persona de S. M. ¿Temeis comprometeros, señores? Pues bien, retiraos y dejadnos obrar á Du Buc y á mí: no os pido mas. ¡Los que quieran ser de los nuestros que lo digan!

—¡Todos! ¡todos!

—¡Entonces, adelante!

Enrique habia avanzado algunos pasos y el grupo se disponia á seguirle; pero Du Buc les hizo seña de que esperasen.

—M. de la Varenne, le dijo, sería un preso muy difícil de guardar, y es preciso embarcarlo cuanto antes y con buena escolta. ¿Quién de vosotros conoce bastante al capitán de alguno de los buques anclados en San Pedro para poder responder de su lealtad?

—Yo, respondió uno de los oficiales; el capitán Bernardo Favre, que manda el *Gedeon*, es mi hermano de leche. Hará lo que yo le diga y mande y cuando nos haya dado su palabra podreis contar con él como con vos mismo, M. Du Buc.

—Pues bien, repuso este, marchad á San Pedro, M. de Montfort, y mandad al capitán Favre que se disponga á hacerse á la vela. Vos, M. de Cornette, continuó Du Buc dirigiéndose á otro oficial, ¿estais bien seguro de la obediencia de vuestra compañía de granaderos?

—Perfectamente seguro?

—En ese caso marchad tambien á San Pedro y reunid vuestra compañía. Vuestros granaderos, embarcados en otro buque, acompañarán con el mosquete en la mano al *Gedeon* hasta que salga de las islas. En cuanto á nosotros, señores, intimidemos con nuestra audacia y valor á las tropas y milicias que guardan el campo; no dejemos tiempo de vacilar á los tímidos, y contestemos con la espada y la pistola á los que se opongan á nuestra tentativa.

El grupo de oficiales, llevando á su frente á Enrique y á Du Buc, se dirigió á la ajupa que servia de cuartel general al gobernador. La gravedad de su marcha, la emocion inevitablemente pintada en su semblante, impresionaron á todos los que los vieron pasar.

Algunos les interrogaron sobre la causa de tan
(AVENTUREROS).

imponente y solemne actitud; pero ellos guardaban silencio, ó cuando encontraban algun amigo respondian:

—¡Acompañadnos y vereis!

Aunque el trayecto era corto, el grupo compuesto al principio de ocho ó diez personas, resueltas á llevar á cabo el acto mas atrevido é insolente que se pudiera imaginar, habia aumentado considerablemente al llegar á la puerta de la ajupa. Du Buc y Enrique habian revelado con medias palabras algo del proyecto, y lo atrevido del plan sedujo á algunos. Los tímidos y los prudentes, deseando el buen éxito de la empresa, se alejaron y confundieron entre los curiosos, que seguian á los oficiales á alguna distancia, esperando algun suceso grave.

Enrique y Du Buc pasaron el umbral de la ajupa donde se hallaba la Varenne.

—Señor marqués, dijo Enrique: entregadme la espada: sois prisionero.

—¡Prisionero! esclamó la Varenne; ¿y de quién, caballero?

—De los colonos, representados aquí por M. Du Buc y por mí. Rendidme la espada.

La Varenne sacó la espada y apoyándose en la empuñadura:

—Si vos representais á los colonos, dijo, yo represento al rey, á quien debéis respeto y obediencia. En nombre del rey retiraos.

Enrique y Du Buc tiraron tambien de las espadas:

—Toda resistencia seria inútil; señor marqués; rendíos.

—¡A mí los oficiales! gritó el marqués avanzando con la espada alta sobre Enrique, que cruzó el arma con la del gobernador. ¡A mí los soldados!

Viendo que no se movía ninguno de los oficiales los soldados permanecieron inmóviles. La Varenne dió un grito de rabia.

—¡No caeré vivo en vuestras manos! exclamó: ¡en guardia, caballero!

Este combate hubiera podido evitarse. Fácil le hubiera sido á aquella turba de descontentos, victoriosa sin lucha, acabar su obra llevándose á la Varenne; pero los espectadores de este duelo, oficiales y colonos, conocían demasiado lo que se debe al valor que se defiende. Lejos de impedir el duelo se apartaron dejando el campo libre.

—Como gustéis, respondió Enrique á la interpe-lacion de la Varenne; y no podeis imaginar hasta qué punto deseaba tener mi espada cerca de vuestro pecho.

La lucha fue encarnizada. Las espadas despedían relámpagos con una rapidéz espantosa, ya avanzando hasta rozar el pecho de los adversarios, ya recojiéndose en sus manos, amenazadoras é inmóviles por espacio de algunos segundos. El silencio mas completo reinaba entre los circunstantes y no se oía mas que la respiracion fatigada de los dos combatientes y el choque de sus armas. De repente, Enrique, cerrando con su adversario, cuyo pecho descubierto parecia desafiar á su adversario, encontró la espada de la Varenne que le atravesó el cuerpo. El jóven criollo cayó en brazos de sus amigos.

—¡Vengadme....! ¡salvad á la colonia...! murmuró. Y haciendo el último esfuerzo, gritó: Viva el rey...!

La espada que empuñaba todavia se le escapó de la mano y espiró.

—Basta, señores, dijo la Varenne. Entrad en el camino del orden; os lo mando en nombre del rey...

Du Buc, abandonando el cadáver de su primo, tiró de la espada y dirigiéndose á la Varenne:

—Mas vale seguir la suerte de ese jóven, exclamó, que vivir bajo el yugo de vuestro despotismo. ¡En guardia, caballero!

—¡Acabemos! gritaron algunas voces entre la turba; acabemos!

Y sin que nadie se opusiera se acercaron cuatro colonos de la milicia, cojieron á Du Buc y rechazándole para ocupar su sitio:

—¡No vale un canalla semejante lo mas puro de nuestra sangre criolla! exclamaron.

Y dirigiéndose á la Varenne:

—Rendid la espada! Ya veis que ni oficiales, ni soldados, ni colonos, están dispuestos á defenderos.

Y arrojándose sobre el marqués le arrancaron la espada y la hicieron pedazos.

—Ahora, dijo uno de ellos, si quereis saber nuestros nombres y apuntarlos en vuestro libro de memoria, no hay el menor inconveniente: yo me llamo Cattier y mis cómplices son Dolange, Beliar y Labat.

Y asiendo por el brazo á la Varenne, Cattier añadió:

—Sois nuestro prisionero y os prendemos porque desde vuestra llegada á la isla nos habeis insultado en todo lo que tenemos de mas sagrado: en nuestro honor, en nuestra religion, en nuestras mugeres. Habeis delinquido contra las instrucciones paternales del rey; habeis oprimido á los hombres de bien; habeis encerrado en los calabozos á honrados colonos como si fueran malhechores; habeis destruido el comercio; habeis traído el hambre al pais; habeis esprimido nuestras fortunas para alimentar el fausto de una intrigante, de una aventurera; habeis pacta-

do con los esclavos cimarrones y atizado la revolucion entre los negros; habeis hecho asesinar al caballero de Autanne; habeis hecho robar á su hija, y Para coronar la obra, acabais de matar á su hijo. El rey, cuyo nombre invocais, no os lo perdonará, y nosotros os castigaremos! Ahí teneis vuestro prisionero, M. Du Buc, decidid de su suerte, que nosotros aprobamos de antemano lo que hagais. ¿Hay aquí alguno que me desmienta?

Una tempestad de aplausos ahogó la voz de Cattier. La Varenne intentó justificarse; pero los gritos de indignacion se lo impidieron. Du Buc se acercó á él.

—Al rey es á quien dareis cuenta de vuestra conducta, le dijo. Esta noche saldreis para Francia.

Las tropas se pusieron en marcha para San Pedro. La Varenne estaba confiado á la custodia especial de Cattier, Labat, Belair y Dolange que lo guardaban pistola en mano. Una vez quiso arengar á los soldados.

—Si pronunciáis una palabra, si haceis el menor ademan, le dijo Cattier, os levanto la tapa de los sesos.

Al llegar á San Pedro, Du Buc halló al capitan Favre que esperaba sus órdenes. El *Gedeon* estaba pronto á hacerse á la vela. La poblacion entera acompañó á la Varenne hasta la orilla del mar. La compañía de granaderos, mandada por Cornette, se embarcó para acompañar al *Gedeon* hasta que saliera de las islas, con orden de fusilar á la Varenne y al capitan Favre si intentaban desembarcar en cualquier punto de la Martinica ú en otra isla.



XVIII.

El espectáculo á que habian asistido Claudina y Maubrac la noche en que los hemos visto cernerse como aves de rapiña cerca de San Pedro, era el embarque de M. de la Varenne.

La noticia de los sucesos que acabamos de referir circuló por la colonia y fue recibida con unánimes aplausos. Tambien llegó á los negros de Macandal y á la banda de Fabulé que se hallaba á la sazón bajo las órdenes de la condesa y su hermano.

La derrota ignominiosa de la Varenne acabó de sembrar la desesperacion en el alma de Claudina, robándole la última esperanza de salvacion que le quedaba. El triunfo de Du Buc despertó al propio tiempo en ella un ardiente deseo de venganza contra el jóven criollo á quien acusaba de ser el único autor de su humillacion.

Maubrac, que por su parte veia destruidos para siempre sus sueños de fortuna, inflamó la cabeza de su hermana proponiéndole una tentativa suprema que podia favorecer la situacion de la Martinica, privada de su jefe legítimo y entregada á los embates de una tempestad revolucionaria.

De comun acuerdo resolvieron minar el poder transitorio de **Du Buc** y presentarle como un usurpador espuesto á toda la severidad del gobierno real. Para ello pensaron otra vez en el desgraciado **Clermont** que no deseaba mas que la oscuridad y el olvido, sobre todo desde los últimos sucesos que casi le habian costado la vida. **Maubrac** se encargó de volver á ver á sus amigos del Predicador, en quienes el movimiento insurreccional del dia anterior, habia despertado el deseo de aventuras, mientras **Claudina** hacia comprender á los negros la ventaja que resultaba para ellos de apoyar este levantamiento.

Poco le costó vencer sus escrúpulos cuando les anunció que por un favor especial é inícuo, **Du Buc** habia proclamado la amnistia para los negros de **Macandal**, dejándolos á ellos espuestos á las persecuciones y á las venganzas de la ley. No fue menos satisfactorio el resultado que consiguió **Maubrac** en las gestiones que hizo cerca de sus amigos, gente siempre dispuesta á cualquier golpe de mano. Habian ayudado á la caida de la **Varenne** y se hallaban muy dispuestos á intentar otra asonada contra el vencedor.

A la hora convenida se reunieron con **Claudina** y **Maubrac**.

Los negros, escitados por el aguardiente que les habian prodigado, y los aventureros, estimulados

por el vértigo de una victoria cuyas consecuencias no preveían, se pusieron en camino durante la noche y cayeron sobre San Pedro á los gritos de: «¡Viva Du Parquet de Clermont!» asesinando á todos los que les oponían resistencia y paseando ya sus teas incendiarias sobre las casas de la ciudad. El nombre de Du Parquet, cuyo prestigio era ya grande de suyo para los colonos, halló al principio eco en la población, que no comprendió en el primer momento á qué banda de facinerosos servía de bandera este nombre venerado.

El grito de «¡Viva Du Parquet!» resonó en coro formidable en todos los ángulos de la ciudad. Cada uno de los que lo daban creía apoyar la causa que habia triunfado el día anterior y proteger la independencia de los criollos contra cualquiera sorpresa de los partidarios de la Varenne y aun contra el regreso del marqués. —

Pero así que pasó la primera emoción, así que los agitadores mostraron su rostro negro é iluminaron la ciudad los primeros resplandores del incendio, las tropas y las milicias que estaban sobre las armas cargaron vigorosamente al grito de: ¡viva el rey! á aquella turba de asesinos, bandidos é incendiarios. Los negros de Macandal, sabedores de estos sucesos, bajaron también á la ciudad para ponerse de parte de los blancos con los caribes que habian traído á Antilia.

Las calles de San Pedro se habian convertido en una carnicería; los negros de Macandal y de Fabulé, que eran los únicos que podian distinguirse entre sí, se buscaban en medio de la pelea, y sus encuentros eran espantosos combates cuerpo á cuer-

po, en los cuales no osaban tomar parte los blancos por temor de confundir á amigos y enemigos.

Cada cual habia adoptado su papel en aquella lucha y carnicería. Maubrac iba en busca de Clermont para pasearle como una bandera al frente de la revolucion. Claudina, embriagada por la venganza y por su situacion desesperada, solo buscaba á Du Buc, objeto de su odio profundo y tenáz. Llamábale á gritos y arrostraba la muerte con un puñal en cada mano, mostrando un valor heróico para encontrarse con el jóven criollo.

Maubrac fue mas feliz y á él le cupo el honor de este encuentro. Du Buc al verle le salió al encuentro. Al principio desdeñó sacar la espada contra aquel miserable y le disparó un pistoletazo hirién-dole levemente en el hombro.

—¡Cobarde! exclamó Maubrac, ¿tienes miedo de medir tu espada con la mia?

Y diciendo esto acometió á Du Buc espada en mano. El jóven criollo envainó la suya.

—Esta arma es demasiado noble para la gente de tu calaña, le respondió.

Y arrancando un mosquete de las manos de un soldado descargó dos golpes vigorosos sobre la cabeza de Maubrac. El aventurero vino al suelo.

—Recojed á ese miserable, dijo á los que estaban cerca de él. Vivo ó muerto ponedle en sitio seguro donde yo le encuentre despues.

Claudina desembocaba por el extremo de una calle en el momento en que su hermano sucumbia á manos de Du Buc. Dió un grito de alegría feróz al ver al criollo y se arrojó sobre él como una leona.

Du Buc, que repugnaba defenderse á mano ar-

mada contra una muger, se contentó con tender los brazos para apoderarse de ella; pero el choque fue tan violento, que vino al suelo arrastrando á Claudina en su caída. Esta, aprovechando la ventaja pasajera que alcanzaba sobre su enemigo, levantaba la mano para herir, cuando dos brazos vigorosos la cogieron por la mitad del cuerpo y la levantaron.

—¡Al fin te tengo en mis manos, bribona! exclamó una voz que hizo estremecer á Claudina. Sus manos soltaron los dos puñales.

Esta voz era la de Dubost, que desde el principio del combate, había arrostrado las balas para correr en pos de su muger.

Claudina, pasado el primer momento del terror, procuró desasirse de las manos de su marido; pero éste, cojiéndola por su larga cabellera, la hizo caer al suelo y poniéndole el pié sobre el pecho.

—¿A dónde quereis que lleve á esta miserable, preguntó á Du Buc, á la horca ó á la mar?

Du Buc arrancó á Claudina de las manos vengadoras de su marido.

—A la justicia toca decidir de su suerte, dijo á Dubost. Que la lleven á la cárcel.

Dubost quiso escoltar á su muger hasta la puerta de la cárcel, donde se constituyó en centinela suya para estar seguro de que no se escaparía.

La victoria, pero una victoria sangrienta, quedó decidida en favor de las tropas y los colonos. Los negros y los aventureros tomaron la fuga dejando en el campo buen número de muertos y prisioneros. Los caribes se encargaron de perseguir á los fugitivos por los bosques, donde hicieron una horrible carnicería. El proceso de Claudina y Maubrac

no fue fargo: la finjida condesa de Saint Chamans, desenmascarada por las revelaciones de su marido y por las noticias recibidas de Francia, intentó sostener su impostura hasta el fin é insistió en que no conocia á Dubost.

Pero las noticias recibidas del mariscal d'Estrees, demostraban evidentemente, como ya hemos dicho, la complicidad de Mad. Dubost en el proyecto insensato concebido por el presidente Lamoignon de proclamar gobernador á Du Parquet de Clermont, para proponer la adquisicion de la colonia en el apuro que esta situacion causaria á la Francia.

Por consiguiente, acusada y convicta de usurpacion de títulos, de falsificacion de documentos, de estafas cometidas con los negociantes á quienes habia pedido sumas considerables, de exacciones y de conspiracion con los esclavos cimarrones, Claudina fue sentenciada á recibir veintinueve pencazos en la espalda, á ser espuesta á la vergüenza con la argolla al cuello y arrastrada sobre una zarza.

Estos castigos le fueron impuestos uno tras otro y espiró durante el último suplicio en manos del verdugo. En cuanto á Maubrac, que no habia muerto del golpe de mosquete, fue ahorcado en la plaza pública.

Du Buc se habia conducido bizarramente durante la revolucion y estaba en situacion de poder realizar para sí el proyecto que Claudina habia concebido en favor de Clermont. Era el dueño de la colonia y podia consolidar el poder conquistado con su espada y su valor; pero no lo quiso. Al dia siguiente de su victoria declinó su autoridad en manos del vice-gobernador, diciéndole:

—Soy vuestro prisionero: cualquiera que sea el

sentimiento que me haya impulsado al cumplimiento de mi deber, cualquiera que sea el objeto que haya alcanzado, he faltado á la persona del rey haciendo violencia á su representante. Mandad que me lleven á Francia como culpable, para dar cuenta de mi conducta á S. M. A costa de mi libertad y de mi vida conseguiré el perdón de los que me han ayudado en la obra á que mi país debe su reposo.

Algunos días despues Du Buc cruzaba las calles de San Pedro, formando comitiva toda la poblacion. El entusiasmo de la muchedumbre estaba contenido por el respeto y la ternura que le inspiraba la presencia de la señorita Antilia de Autanne, que vestida de luto y con el rostro pálido y conmovido, acompañaba á su primo.

En el momento en que se embarcaron fueron saludados por los gritos de simpatia de la muchedumbre.

Llegado á Francia, Du Buc defendió elocuentemente su causa y la de sus compatriotas. El rey, inflexible al principio, no tardó en perdonar ó suavizar las penas severas impuestas á los autores de la revolucion, que ha conservado en la historia de la Martinica el nombre de Gulé tomado de la lengua de los caribes.

UN PRINCIPE DE MODENA.

I.

En el año 1748, el capitán de navío marqués de Caylus era gobernador general de la Martinica y de las islas del Viento. La Francia estaba en aquella época en guerra abierta con la Inglaterra, y las esquadras enemigas no cesaban de hostilizar á nuestras colonias en las Antillas.

La incuria de la metrópoli por una parte, y por otra la administración descuidada del marqués de Caylus, que se ocupaba exclusivamente de sus asuntos propios, parecían conspirar de consuno á entregar aquellas hermosas y ricas posesiones á la codicia de la Inglaterra.

Los colonos carecían continuamente de armas, soldados y subsidios de toda especie, y se quejaban amargamente, haciendo responsable de su estado angustioso al gobernador general.

La Martinica, como punto importante de provi-

sion y fondeadero, ora de todas las islas la que los ingleses codiciaban con mas ardor. Ya habian intentado apoderarse de ella; pero hubieron de comprender por su vigorosa defensa que únicamente podian apoderarse de la colonia por obra de la casualidad ó de la sorpresa, ó con el auxilio de fuerzas considerables de que no podian disponer en aquellos momentos.

Entre tanto, sus escuadras y sus corsarios que cruzaban en todas direcciones el mar de las Antillas, impedian que llegasen á la Martinica la mayor parte de los escasos recursos que la Francia se dignaba enviarles de tiempo en tiempo, y cuando pensaba en ello.

Hacia tres meses que ningun buque francés habia fondeado en los puertos de la colonia y la penuria era inminente. Las presas que hacian los corsarios franceses no bastaban á cubrir las necesidades; de suerte que fue un dia de gran júbilo aquel en que descubrieron un brick con pabellon francés que doblaba la roca del vigia, situada á la derecha de la rada de San Pedro y llamada la *Perla*.

Aquel buque habia formado parte de un convoy de doscientas cuarenta y seis velas que escoltaba una escuadrilla de ocho navios y dos fragatas, al mando de Etanduerre. Sorprendido en la mar por una escuadra de veinte navios ingleses, Etanduerre á pesar de la inferioridad de sus fuerzas, habia presentado una batalla desigual para facilitar la fuga del convoy. Pero el enemigo adivinó la astucia y como entraba mas en la politica y en los intereses de los ingleses el apresar los buques cargados de vituallas, que conseguir sobre nuestra escuadrilla una victoria que les parecia harto fácil, se contentaron con

causar algun daño á nuestros buques y dieron caza al convoy con tal ardor que de las doscientas cuarenta y seis velas de que se componia, solo unas sesenta fondearon en los diversos puertos de las islas. Las restantes fueron presa de los enemigos.

Entre estos últimos se hallaba el brick *Corredor*, de la Rochelle, al mando del capitán Mondaire. La tripulacion francesa habia sido reemplazada por otra inglesa de seis marineros encargados de conducir la presa á la Dominica. Sin embargo, habian dejado á bordo del *Corredor*, como prisioneros al capitán Mondaire, á un sacerdote llamado el abate Desnoyers, á un jóven llamado Rhodéz, que por su constitucion endeble y delicada parecia un niño, y por fin, otro personaje que necesitamos dar á conocer con mas detencion.

A bordo del *Corredor* le conocian con el nombre de conde de Tarneau, que suponía hijo de un mariscal de campo. Era un hombre de veintiuno á veintidos años, de estatura regular, pero en estremo elegante. La blancura de sus manos y rostro eran notables y capaces de dar envidia á mas de una muger. Tenia la belleza que sueñan los estatuarios, y á la gracia femenina reunia una fuerza marcial en el modo de llevar la cabeza. En sus ojos brillaban la audacia y la inteligencia y su palabra, aunque dulce, tenia el timbre de la energia y la elocuencia que subyuga; su ademan era impenativo. Se adivinaba en él algo mas que el hombre que desea dominar; se adivinaba al hombre nacido para el mundo. Inspiraba respeto involuntariamente, pero al mismo tiempo despertaba la simpatia á causa de su visible benevolencia.

Desde los primeros dias de su llegada á bordo

del *Corredor*, el conde de Tarneau se había rodeado de misterio, mostrándose poco comunicativo y reservado por extremo; pero sin mostrar orgullo. Los otros pasajeros del brick le habían dado desde luego grandes muestras de deferencia. El conde las aceptó mostrando imperceptiblemente en su gratitud que tenía derecho á ellas.

A mas de uno se le habían ya ocurrido dudas acerca de la identidad de su persona y mil veces se habían dicho al oído que era posible que bajo el nombre de Tarneau se ocultase algun personage importante. Las relaciones de Rhodéz y el abate Desnoyers con él no habían servido mas que para dar consistencia á estas suposiciones.

Los tres se embarcaron aisladamente y la intimidad que se había establecido entre ellos, despues de algunos dias de travesía, aparentaba no ser mas que cierta conformidad de humor y sentimientos que solo la casualidad había podido descubrir. Pero á nadie se engañaba con esto.

Si el abate Desnoyers observaba siempre con M. de Tarneau un respeto absoluto, el jóven Rhodéz se abandonaba con respecto al conde, quizá involuntariamente, á cierta casi familiaridad que autorizaba, por decirlo así, el afecto que le mostraba Tarneau. Había en sus relaciones algo de íntimo, de tierno y de inquieto al mismo tiempo; pero esto se podía atribuir en rigor á consecuencia de carácter, á simpatías personales y á la igualdad de edades.

¿Era un efecto de la simple casualidad el haberse encontrado aquellos tres individuos reunidos despues de su captura, enlazados con vínculos tan misteriosos y á bordo del mismo buque con el capi-

tan Mondaire, cuando sus compañeros habían sido llevados á otros buques?

¿Era todo esto efecto de esa ley de la fortuna que prepara siempre á los hombres escepcionales destinos tambien escepcionales y que para asegurar á sus proyectos el éxito mas completo ó la mas completa derrota, hace que todo se doble á sus deseos?

¿Era, en fin, efecto de la condescendencia con que habia sido recibida la súplica de Tarneau á los ingleses en su idioma, que hablaba con no menos pureza que el francés?

Eso es lo que aun no sabremos decir.

El hecho es que los cuatro iban prisioneros en el mismo buque.

Desde el punto donde el *Corredor* habia sido apresado, á la Dominica donde se dirigia, habia, con el viento favorable que soplabá, una travesía de dos ó tres dias. Desde allí á un punto cualquiera de las costas de la Martinica, habia una noche de navegacion. Tarneau habia calculado todo esto y no tenia tiempo que perder para llevar á cabo rápidamente el osado proyecto que habia concebido. Eran las cinco de la tarde próximamente cuando el buque inglés que habia apresado al *Corredor* se hizo á la vela. Al caer la tarde las flechas de sus mástiles habian desaparecido completamente en el horizonte, y en este inmenso desierto de olas no se distinguia una sola vela.

Tarneau, perezosamente arrimado á los aparejos del buque, seguia con aparente indiferencia todos los movimientos de los marineros ingleses. Ni uno de sus ademanes, ni una de sus palabras se escapó á su atencion. De repente vió á uno de los marineros que con el cuerpo asomado á una de las escotillas

(AVENTUREROS).

llas de la cala hacia seña á dos de sus camaradas que se paseaban sobre cubierta, é inclinándose hacia ellos les dijo en voz baja:

—He hecho un buen hallazgo, compañeros.

—¿De qué se trata?

—Si teneis las fauces enjutas, bajad y lo vereis.

Y desapareció en las entrañas del buque, seguido de los dos marineros que habia llamado y de otros tres que medio dormidos ya sobre cubierta, lo habian oido todo.

—Muy bien, dijo para sí Tarneau al verlos bajar; esos dentro de un momento ya no me darán cuidado.

Al principio se hizo el disimulado y no abandonó su posicion hasta que después de algunos momentos se puso á pasear por delante de la escotilla de la cala. Entonces cojió al vuelo un leve ruido de vasos y palabras pronunciadas en voz baja.

—No me he equivocado, murmuró.

Continuó su paseo y al cabo de algunos minutos volvió á pararse delante de la escotilla. Entonces no oyó nada, ni ruido de vasos, ni palabras. Bajó entonces al camarote donde dormian sus tres compañeros; acercóse á Mondaire, le despertó con sigilo, y bajándose para hablarle al oido:

—¡Arriba, capitan! le dijo; el buque es nuestro.

Mondaire tenia bastante experiencia para no aguardar mas amplias esplicaciones. Levantóse y respondió:

—Estoy pronto. ¿A dónde vamos? ¿Sobre cubierta?

—Sí, dijo Tarneau inclinando la cabeza.

Miró sonriendo á Rhodéz, que dormia como se duerme á los diez y seis años, aun en medio del peligro. No quiso turbar su sueño y se dirigió al

abate Desnoyers, empujándole suavemente y contentándose con hacerle una seña. El abate se reunió sobre cubierta con el capitán Mondaire que ante todo se había dirigido hacia la brújula. Comprendió perfectamente que á todo evento, el puesto que debía ocupar, como capitán, era aquel.

Desnoyers estaba al lado de Tarneau, con la vista fija en la suya como para buscar en sus ojos su pensamiento. De los cuatro marinos ingleses que quedaban, el uno estaba en el timon y los otros tres se paseaban por la proa. Aprovechando un momento en que volvieron la espalda, Tarneau mostró con el dedo á Desnoyers dos barras de cabrestante que había allí cerca, y le dijo:

—¡Vamos!

A esta señal acometieron los dos. Sus armas cayeron como mazas y dos de los marineros vinieron al suelo con el cráneo abierto. El tercero y el timonel pronunciaron una terrible blasfemia, acometiendo á Tarneau y Desnoyers. Mondaire se apoderó del timon abandonado. Rhodéz despertó sobresaltado y acudía sobre cubierta á tiempo que dos de los otros seis marineros procuraban salir de la cala. La lucha iba á ser desigual. Mondaire no podía abandonar su puesto. El viento hinchaba las velas, y si no se mantenía el buque en su derrotero, se rompían los mástiles. El adversario de Tarneau iba adquiriendo superioridad. El jóven se defendía como un leon arrimado á uno de los mástiles; pero un hachazo que había recibido en el brazo izquierdo, debilitaba su defensa.

—¡A mí, Rhodéz! gritó al ver al jóven; á mí!

A Rhodéz se le ocurrió una de esas repentinas deas que pueden llamarse inspiraciones: arrancó

un largo cuchillo del cinto de uno de los marineros borrachos que acababan de poner los piés sobre cubierta, y arrojándose con temerario valor sobre el adversario de Tarneau, le hundió el arma en la cadera con un vigor que solo la desesperacion podia prestar á sus débiles manos.

El inglés dió un grito horrible y al caer fue á estrellarse contra un áncora. Desnoyers y Tarneau no tardaron en dejar fuera de combate al único adversario que luchaba todavía. En cuanto á los dos marineros borrachos, la inminencia del peligro desvaneci6 rápidamente de su cerebro los vapores del vino y empezaron á sostenerse con firmeza. Pero antes de poder recobrar el equilibrio, el conde y el abate los arrojaron al mar.

—Basta de sangre! exclam6 Tarneau; si los otros cuatro no han venido á buscar la muerte, es que están borrachos completamente.

Entonces bajó á la cala, seguido de sus dos compañeros. Los cuatro marineros dormian en efecto cerca de una pipa de aguardiente. Los atacaron de piés y manos y volvieron á subir sobre cubierta, donde Mondaire seguia teniendo la barra.

—La brisa es buena y la mar hermosa, gritó el capitan; mañana por la mañana estamos en la Martinica.

Mandó algunas maniobras que Tarneau y el abate, fatigados de la lucha, ejecutaron penosamente.

El viento sopló con fuerza toda la noche, y al dia siguiente al despuntar el dia, al propio tiempo que las costas de la Martinica, descubrieron en el horizonte un buque velero que cada bordada parecia empujar hácia ellos. La vista experimentada de Mondaire conoció al instante que era un corsario in-

glés que les daba caza. Fácil hubiera sido escapar por una serie de maniobras dirigidas á doblar la punta de la Perla y fondear en la rada de San Pedro, pero la falta de fuerzas y la inesperienza de Tarneau y Desnoyers, no ofrecían ninguna probabilidad de buen éxito.

—¡A la buena de Dios! murmuró el capitán; y dejándosellevar del viento, gobernó para dirigirse al otro extremo de la isla y entrar por la bahía del Fuerte Real, doblando la roca llamada el *Diamante*, que es á este fondeadero lo que la *Perla* á San Pedro. Este medio daba gran ventaja al corsario, que maniobró para cortar el paso al brick francés, y al poco tiempo los dos buques se hallaron á tiro de cañon.

—¡Nos han cojido! gritó Mondaire: ya no hay que pensar en ello; pero si no podemos salvar el brick, al menos no nos dejemos atrapar, porque nos harían correr una bordada de todos los diablos.

Diciendo esto pasó una bala por medio de los aparejos.

El capitán puso entonces la proa á la costa, y al cabo de algunos momentos el *Corredor*, encallando en la arena, se cayó sobre el costado derecho. El corsario, viendo que se le escapaba la presa, porque hubiera sido imprudente arriesgarse tan cerca de la costa, viró de bordo y se hizo á la mar.

La maniobra del brick francés habia sido observada desde la costa, y diez embarcaciones botadas inmediatamente á la mar para ir en su auxilio, llegaron en el momento en que las olas barrian ya el puente, amenazando sumerjir el buque. Salvaron casi todo el cargamento y nuestros cuatro pasajeros desembarcaron en la pequeña bahía del *Marino*, que

toma este nombre de uno de los cuarteles de la isla.

Los curiosos que se habian reunido en la playa, recibieron con gran deferencia á los desconocidos, que de tan novelesca manera saludaban las costas de la Martinica.



Al poner el pie en la orilla, Tamenau apretó el
 plato del abate. Brillaron el uno al
 otro una singular simpatía singular;
 — Ya estamos en la altura del trinito: el cielo
 está en nuestro favor...!
 La relación de su gloriosa campaña volvió á los
 recién llegados las muestras de la mas vehementes
 simpatía y admiración, y todos competían en el
 deseo de ofreceres esa cordial y lastimosa hospitali-
 dad que en todos tiempos ha sido la gala de los ha-
 bitantes de nuestras Antillas.
 Duval Perol (1), uno de los mas ricos e impor-
 tante personajes del Marino, fue el huésped pri-
 mero cuya casa se abrió á los pasajeros y al ca-
 pitan del brick Corcoran. Que las cosas pasaran ya el
 primer momento sin incidentes, es lo que no se puede
 decir. En las primeras horas de la noche, cuando
 se estaba ya en la cama, se repentinamente se abrió
 una gran puerta que daba al Marino, por

II.

Al poner el pié en la orilla, Tarneau apretó el brazo del abate Desnoyers y se dirijieron el uno al otro una singular mirada que parecia significar:

—¡Ya estamos en la aurora del triunfo: el cielo está en nuestro favor...!

La relacion de su gloriosa campaña valió á los recién llegados las muestras de la mas vehemente simpatía y admiracion, y todos competían en el deseo de ofrecerles esa cordial y fastuosa hospitalidad que en todos tiempos ha sido la gala de los habitantes de nuestras Antillas.

Duval Ferol (1), uno de los mas ricos é importantes personajes del Marino, fue el huésped privilegiado cuya casa se abrió á los pasajeros y al capitán del brick *Corredor*.

p (1) Todos los nombres que se citan son históricos.

Llegada la noche, habiendo obtenido Tarneau el permiso de quedarse solo con sus compañeros, se encerró en el cuarto de Desnoyers. Rhodéz se había retirado al suyo. Antes de dirigirse la palabra, el joven conde y el abate escucharon y miraron bien si algún ojo ó algún oído indiscreto los espía-
ba, y hecho esto se echaron en brazos el uno del otro y se estrecharon con efusion.

—¡Bendito sea Dios! exclamó el conde; se cumplirá mi destino.

—Cuando se vuelve de tan lejos, murmuró el abate, todo se puede intentar y arrostrarlo todo.

—A condicion de obrar con prudencia, añadió Tarneau.

Y como para dar mas peso á las palabras que acababa de pronunciar y que se dirijian evidentemente al abate, inspeccionó otra vez las inmediaciones del aposento para cerciorarse de que nadie los podia oir. Despues se sentaron el uno junto al otro y hablaron largo tiempo en voz muy baja.

El trascurso de esta historia dará á conocer la naturaleza de esta conversacion.

Despues de media hora se separaron estrechándose cordialmente la mano por primera vez desde la salida de la Rochela; es decir, despues de dos meses próximamente.

Aquellos dos hombres rompian al fin la reserva que se habian impuesto.

Tarneau se dirigió entonces al cuarto que ocupaba Rhodéz.

Dió dos golpes en la cerradura y se abrió la puerta. Tarneau dió un grito de admiracion y de alegría, cuya esplosion ahogó en sus lábios una mano fina y suave.

No era Rhodéz el que Tarneau veía delante; era una joven radiante de hermosura. Todas aquellas gracias, toda aquella juventud, toda aquella belleza que había eclipsado el traje de hombre, acababan de recobrar su esplendor y su encanto en aquel cuerpo y en aquel rostro de diez y siete años. La joven se había estremecido involuntariamente de admiración y de asombro al verse trasformada de aquella suerte.

—¡Qué imprudente sois, Blanca! dijo Tarneau después de un momento de muda contemplación.

—¿Lo reprobais, mi señor y dueño? dijo la joven sonriendo; ¿no queréis esponeros á volverme á decir después de dos meses que sigo siendo vuestra querida Blanca...?

—Gracias por tanta dicha, Blanca; gracias por tu constante afecto, por tu abnegación, por....

—¿Por mi discreción ibas á decir, ¿no es verdad? ¿No entro yo también en el castillo en el aire que has concebido? ¿No debía cuidar de no derribarle con una palabra? ¡Oh! créelo; hay menos ambición en mi cabeza que ternura en mi corazón.... ó por lo menos si soy ambiciosa, es por tí; porque soy tu esclava. Tú me has dicho: anda, y ando; oculta tu amor, y lo oculto; oculta á la mujer amada bajo el disfraz de un oscuro dependiente de comercio, y he hecho lo que me has pedido. Y si ahora me dijeras: dame la vida, te respondería: Tómala, á trueque de que seas feliz, grande y glorioso.

—¡Oh! ¡ya lo sé, Blanca! ¿Pero sabrás resignarte hasta el fin, para asegurar la realización de ese sueño?

—A todo me resigno, exclamó la joven, á todo, excepto....

(AVENTUREROS).

Y se detuvo como vacilando ante la idea que se le habia ocurrido.

—Acaba, dijo Tarneau.

—Escepto á perder tu amor, repuso la jóven.

—¡Oh! no temas nada, Blanca, no temas nada de eso!

--Y con otra condicion.... mas....

—¿Cuál?

—Que me permitas, como esta noche, interrogar algunas veces tu corazon para cerciorarme de que no ha cambiado.

Al dia siguiente por la mañana cuando nuestros tres personajes se encontraron delante de su huésped, el humilde amante de Blanca tenia á distancia respetuosa al pasagero Rhodéz, y el abate Desnoyers hablaba con respeto y humildad al conde de Tarneau.

Los bellos modales del jóven, su talento, su belleza y su distincion, habian causado á Duval-Ferol una profunda y singular impresion. Le parecia que no era aquel un hombre ordinario.

En el momento precisamente en que Tarneau y Desnoyers celebraban su misteriosa conferencia, Duval-Ferol habia hecho entrar en su cuarto al caballero Nadau, lugarteniente del rey en el cuartel del Marino, y le habia dado cuenta de sus observaciones. Nadau creyó que su calidad de funcionario le obligaba á reflexionar sobre punto tan delicado. Y debemos añadir que para Nadau reflexionar era una importante y laboriosa operacion, tanto mas penosa cuanto que raras veces daba resultado.

Levantóse con grave talante, dió algunos pasos por la estancia con la mano puesta en la frente, y al cabo de algunos instantes se volvió á sentar. El

sudor inundaba su rostro y sus dos ojos saltones reflejaban la nada de su espíritu. El señor lugarteniente del rey habia tenido el propósito firme de reflexionar, y hasta habia hecho sérios esfuerzos con este objeto, pero no lo habia conseguido.

—Vamos á ver: ¿que os parece? le preguntó Duval-Ferol.

Otener de Nadau una contestacion á esta pregunta, era exigir lo imposible. Este se limpió la frente con el pañuelo y miró estupefacto á Duval-Ferol, que repitió la pregunta.

—Creo, como vos, respondió al fin Nadau con tono solemne, que nos hemos comprometido gravemente: no hay para qué disimularlo.

—¡Comprometido! exclamó Duval sonriendo, ¿y por qué, mi querido lugarteniente?

—Comprendo que eso no os inquiete á vos; pero á mí que estoy revestido del carácter de lugarteniente del rey, á mí que soy responsable.... En fin, ya comprendéis....

Y diciendo esto, Nadau se volvió á levantar y quiso empezar otra vez el trabajo que se habia tomado poco antes. Dió tres vueltas por el aposento y cayó rendido sobre el sillón. Estaba carmesí, pero tan adelantado como antes.

—Es decir, mi querido Duval, dijo al criollo, que para vos ese hombre á quien habeis dado tan cordial hospitalidad, es un ladrón ó un espía disfrazado?

Al oir estas palabras, Duval-Ferol soltó una gran carcajada que quiso interrumpir muchas veces para hablar; pero el rostro grotesco de Nadau, que por esta explosion de jovialidad habia tomado una expresion

sion cómica de furor y admiracion, no le permitia atajar la risa.

—Pero ¿á dónde diablo os arrastra vuestra imaginacion? exclamó al fin. Estamos á cien leguas de entendernos.

Nadau estuvo á punto de tomar por lo sério la palabra de Duval y de creer que en efecto se habia entregado á un gran esceso de imaginacion.

—Creed, repuso Ferol, que sentiria menos haber sido generosamente hospitalario con un ladron ó un espia, que el no serlo bastante con un hombre como puede serlo el jóven conde de Tarneau.

Al oir estas palabras, Nadau dió un salto en la silla, hasta el punto que se lo permitia su obesidad, y ya iba probablemente á tomarse el trabajo de reflexionar por tercera vez, cuando se lo estorbó Ferol, que despertando á un jóven negro que dormia en el cuarto contiguo, le mandó que fuese á rogar al capitán Mondaire que viniese á verle.

Nadau experimentó otra emocion muy diferente. Estaba pálido y tembloroso cuando entró Mondaire. Interrogado acerca del conde y de sus dos compañeros de viaje, el capitán refirió cómo habian ido á bordo de su buque, dió los detalles mas circunstanciados sobre la naturaleza de sus relaciones, y no pasó en silencio la circunstancia de que ningun pasajero habia caido en el engaño del misterio que rodeaba al conde de Tarneau. Estas esplicaciones no podian menos de confirmar las presunciones de Duval-Ferol respecto de su huésped.

En cuanto á Nadau, habia prestado gran atencion al relato de Mondaire, cada una de cuyas palabras le arrancaba exclamaciones interminables. Cuando

el capitán terminó sus esplicaciones, Ferol y Nadau se miraron el uno al otro meneando la cabeza.

—¿Qué tal? dijo Duval-Ferol.

—¿Qué tal? respondió Nadau: ¿no os lo decia yo? Mi responsabilidad está comprometida.

—¿Pues quién suponeis que sea el conde de Tarneau?

—No lo sé, murmuró el lugarteniente del rey, y por eso mismo tengo mucho miedo. Por mas que discurro, no alcanzo... Y el caso es que mi posición me obliga á saberlo todo... Mañana mismo envío un propio al señor gobernador general para darle cuenta de la llegada...

—¿De quién? preguntó Ferol.

Esta pregunta aplastó á Nadau. Levantóse, dió tres paseos por el aposento con los ojos bajos y contando las tablas de que se componia el pavimento, y volvió á sentarse. El lector sabe ya que para él esto era reflexionar.

—Daré cuenta, repuso, al marqués de Caylus de la llegada del conde de Tarneau, hombre misterioso, cuya presencia aquí nos ha dado materia para muchas hipótesis. ¿Qué os parece, querido Ferol?

—Añadireis, repuso el otro, que estais muy cerca de suponer que ese Tarneau oculta...

—¿Creeis que oculta alguna cosa? respondió Nadau.

—Oculta, continuó Ferol, un alto personaje encargado probablemente de una misión secreta de parte del rey.

—¡Pues! cuando os digo, murmuró Nadau cada vez mas desconcertado, que mi lugartenencia es cosa perdida, que mi honor está averiado y que soy *hombre muerto!* ¿No debia haber visto todo eso al

instante, sin esperar el socorro de la reflexion y ofrecer al conde mi casa en el momento mismo de su desembarque, como me lo prescribian mi deber y mi posicion? Mañana mismo procuraré enmendar la falta. Es preciso, mi querido Duval, que os resigneis á que os robe vuestro huésped: en mi casa es donde recibirá la hospitalidad oficial debida á su rango y á su nombre.

—¿Y qué especie de honores le tributareis, preguntó Ferol, que le sean mas gratos, en su condicion de incógnito, que la hospitalidad franca, cordial y completamente criolla que le he dado?

Nadau se puso muy tieso y respondió en tono solemne de risible orgullo:

—Será alojado en casa del lugarteniente del rey, y eso bastará, caballero!

En poco estuvo que Nadau fuese al instante á despertar á Tarneau para conducirle á su casa, que se reducía en definitiva, á un pobre tabuco de madera, como eran entonces y son hoy todavía la mayor parte de las habitaciones de nuestras colonias. El dia siguiente al despuntar la aurora, el señor lugarteniente del rey, se presentó de gran uniforme al conde de Tarneau, y le dirigió el mas curioso y el mas burlesco discurso que se ha pronunciado desde la invencion de la oratoria. Tarneau conservó su serenidad con una cortesía muy meritoria, y dirigiéndose á Nadau:

—Señor lugarteniente del rey, le dijo, acepto el ofrecimiento que acabais de hacerme. No debo ocultaros que esperaba que viniese á verme la primera autoridad de este cuartel de la isla. Habeis tenido el tacto y el talento de adivinar, poco mas ó menos,

quién soy; pero aun no lo sabeis bien. Voy á deciroslo....

Reinó un gran movimiento de curiosidad entre los circunstantes, que era la mas notable parte de los habitantes del Marino, y algunos oficiales del regimiento de granaderos reales que se hallaban de guarnicion en la colonia. Nadau sintió que le flaqueaban las piernas.

—Señores, repuso Tarneau, me dispensareis si me he rodeado de los misterios del incógnito para llegar hasta vosotros; pero ya que el señor lugarteniente del rey, con asombrosa perspicacia, ha rasgado el velo, os diré que soy Renato d'Est, príncipe de Módena, nieto de su alteza el duque de Orleans, y hermano de la señora duquesa de Penthievre.

Un estremecimiento circuló por el auditorio y todas las cabezas se inclinaron. El príncipe se acercó á Duval-Ferol y estrechándole las manos con efusion:

—Mi querido huésped, le dijo, recibid la expresion de mi gratitud. No he querido que me siguiera mi servidumbre, porque pensaba vivir aquí como simple particular durante mi permanencia entre vosotros. Permitidme que os presente las dos únicas personas que me han acompañado: el señor abate Desnoyers, mi limosnero, y el caballero Rhodéz, mi compañero de juegos y de estudios. Que sean para vosotros, como lo son para mí, dos amigos....

Fácil será imaginar la impresion que produjo esta revelacion, hecha con gracia encantadora. Las miradas se cruzaron y circularon los cuchicheos. Habia alli cien personas reducidas de repente al papel de cortesanos, cien personas que formaban castillos en el aire, dispuestas á todas las humillaciones po-

sibles por alcanzar una sonrisa ó una palabra del príncipe.

Si á alguno se le hubiera ocurrido dudar de la identidad de Renato, el testimonio de los dos oficiales de granaderos reales que se hallaban presentes, hubiera bastado para destruir toda prevencion desfavorable. Uno de los dos habia servido en la casa del duque de Orleans, el otro habia sido page en casa la señora duquesa de Penthievre, y ambos afirmaban no haber visto jamás semejanza mas notable que la que existia entre la duquesa y su hermano. Una circunstancia muy natural, legitimaba, por otra parte, la presencia del duque en la Martinica: Mad. de Penthievre poseia grandes bienes en la colonia (1).

Media hora despues, S. A. se hallaba alojado en casa de Nadau, que despachó al instante otro correo al gobernador general.

(1) Estos detalles son rigurosamente históricos.



III.

Aquella noche los salones del señor lugarteniente del rey se llenaron de gente que acudia de todos los puntos donde habia llegado la noticia, para hacerle la corte al príncipe.

Eran tales las esperanzas que cada cual concebía por su presencia en la Martinica, que inmediatamente llegaron á sus manos gran número de reclamaciones y peticiones contra la administracion del marqués de Caylus. Y como las cosas marchaban en razon de la facilidad con que se exaltan las cabezas en aquellos países tropicales, á última hora se trataba ya nada menos que de despedir al gobernador general, rogando á S. A. que le designase un sucesor. El príncipe recibió con marcada benevolencia todos los clamores de que era objeto Caylus.

Fácilmente se comprenderá que la orgullosa sa-
(AVENTUREROS).

insatisfacción de Nadau se convirtió muy pronto en un terror mortal. Era en su casa, en su propia casa y en su presencia donde se conspiraba abiertamente contra su jefe superior. El pobre hombre no sabía qué hacer. En vano reflexionaba, ó por mejor decir, sudaba la gota mortal; no hallaba medio de salir del atolladero en que se había metido. ¿Debia favorecer las miras que el príncipe sostenia, ó cumplir con su deber que le obligaba á revelar estas maquinaciones? ¿Debia arrimarse al sol que salia, ó á los pálidos rayos del que al parecer iba á apagarse? Cruel alternativa para Nadau! Hubiera perecido en esta lucha á no venir el mismo príncipe en su auxilio.

—Señor lugarteniente del rey, le dijo, ¿habeis sido testigo esta noche de todos los agravios articulados contra el señor marqués de Caylus?

—Sí, señor, murmuró Nadau.

—Si S. M. supiera la mitad de los crímenes (porque lo son en realidad), de que es culpable el que le representa aquí, S. M. le castigaria severamente.

—¡S. M. ama tanto á sus súbditos!

—Por lo que hace á mí os aseguro que eso me aflije sobre manera.

—¡Vuestra alteza es tan bueno!

—Os ruego, pues, que hagais saber á M. de Caylus que me han presentado contra él quejas de que tendrá que darme cuenta.

—Monseñor, ese es mi deber.

—De ese modo habreis participado ya á M. de Caylus todo lo que se ha dicho y hecho aquí esta noche.

—Todavía no, monseñor; pero mañana....

—¡Bien está!

Nadau, que se creia todo perspicacia, no atribuyó

á esta contestación del príncipe otro sentido que el de la mas completa aprobación de su conducta. El tono y la inflexion de la voz habían escapado á su penetración. Nuestro hombre se sintió mas animoso y media hora despues salia el tercer correo con despachos para el gobernador general.

A diferencia de lo acostumbrado por sus antecesores, M. de Caylus en vez de poner en Fuerte Real el asiento del gobierno, estableció su residencia en San Pedro, para favorecer sus operaciones comerciales y sus armamentos en corso, que le ocupaban mucho mas que la administración de la colonia. El Marino se halla á unas quince leguas de San Pedro y el Fuerte Real está situado entre estas dos localidades á siete leguas de cada una. En la época de que hablamos, los caminos apenas eran practicables, y no es extraño que la contestación del gobernador á los dos primeros despachos de Nadau, se hiciese esperar.

No llegó hasta cuatro dias despues. Entretanto el número de los descontentos habia aumentado notablemente al rededor del príncipe. A medida que su nombre penetraba en el pais, corrían en su busca nuevos partidarios.

El intendente de los bienes del duque de Penthièvre fue uno de los primeros que acudieron á prestar homenaje, y al propio tiempo rindió minuciosamente las cuentas de su administración. El príncipe se dignó mostrarse satisfecho y halló las cosas en tan buen estado que empezó por tomar sobre las rentas una suma de ciento cincuenta mil escudos.

El Marino se convirtió en un foco de ardientes esperanzas mal disfrazadas y de impaciencias que el príncipe apenas podia contener.

Era natural que de parte de Caylus, las cosas tuviesen muy distinto aspecto. Poco accesible al entusiasmo, escéptico al principio por deber y también por carácter, habia aceptado bajo todas las reservas las primeras comunicaciones de su lugarteniente acerca del pasajero del brick *Corredor*.

Por tanto su contestacion fue breve y altanera. «Si es simplemente el conde de Tarneau, escribia Caylus, y quiere verme, está en mi derecho exigir que venga á San Pedro. Si es lo que se cree y lo que él dice ser, en su interés está el presentárseme para darse á conocer. A vos os toca obrar en este sentido.»

En el fondo Caylus tenia razon. Nadau no podia menos de comprenderlo, y empezó á arrepentirse de no haber dejado á Duval-Ferol la responsabilidad del hospedage ofrecido al conde de Tarneau. Nadau se guardó muy bien de mostrar á nadie este despacho, acerca del cual queria reflexionar antes de tomar una determinacion. ¡Considérese si la operacion seria breve! Además, el tono de autoridad del despacho hacia presentir á Nadau una tempestad en contestacion á las últimas noticias transmitidas por él. El pobre lugarteniente se habia quedado flaco y pálido, que era una compasion.



IV.

Renato d'Est, que ya no le daremos otro nombre, poseia una experiencia de los hombres que el instinto dá muchas veces antes de la edad, y habia comprendido que el entusiasmo es como las banderas colocadas en lo alto de los edificios: el viento de hoy dirige hácia el Norte sus anchos pliegues y el de mañana los llevará hácia el Sur. Por consiguiente habia tenido la prudente idea de conquistar las ardientes pasiones que se agitaban al rededor suyo, no solo por medio de beneficios, porque sabia que esta medalla tiene su reverso cruel, sino por el interés que es al corazon del hombre lo que la balá al pié, que le sujeta donde quiera que está.

Además habia echado á los criollos un cebo infalible, atendido su carácter: los habia conquistado por la vanidad. Al instante montó su casa á lo príncipe con gentíles-hombres, pages y escuderos, lla-

mando á su lado á los hombres mas recomendables de la colonia, algunos de los cuales pertenecian á las mas ilustres familias de Francia. Fácil es comprender que Rhodéz y el abate Desnoyers ocupaban el mas alto rango.

Esta ostentacion de lujo, de títulos y de empleos, este esplendor que cautiva infaliblemente á los habitantes de las colonias, tuvo por resultado inmediato el estrechar los vínculos que unian á los habitantes de la Martinica y al príncipe de Módena. Las adulaciones y el entusiasmo de que era objeto se habian convertido en una adhesion sin límites.

Una mañana Nadau, pálido, desencajado, cubierto de sudor frio y temblando con el frio de la fiebre, vino á anunciar al príncipe que el capitán de guardias del señor gobernador general, encargado de una mision especial cerca de su persona, pedia audiencia.

El capitán de guardias, al entrar, se quedó como suspenso por el respeto al ver á aquel hermoso jóven, espléndidamente vestido de seda y encajes, rodeado de los principales oficiales de su casa y adornado su pecho con el gran cordon azul.

Vaciló un momento, pero la sonrisa y el ademán benévolo que le dirigió Renato le devolvieron su presencia de ánimo. Acercóse al príncipe y le entregó un despacho de Caylus.

Renato se lo pasó á su secretario diciéndole:

—Abridlo y leed en alta voz.

—Pero señor.... señor, murmuró el oficial vacilando entre las órdenes que habia recibido y la impresion que experimentaba; ese despacho debe ser secreto....

—Leed, replicó Renato, dirigiéndose al secretario.

Y volviéndose al capitán de guardia:

—Caballero, le dijo, vacilais en darme el título que me pertenece y eso me hace presumir los términos de ese despacho. Razon mas para que sea leído en alta voz, á fin de que todos sepan aquí el pensamiento del señor marqués de Caylus. Leed.

La carta del gobernador general era la reproducción exacta de la que habia dirigido á Nadau, con la diferencia de mostrarse en ella á las claras la irritación que experimentaba el marqués al ver su autoridad desconocida y atacada.

Además, acusaba severamente al príncipe de haber ido á sembrar el desorden en la colonia y le intimaba para que le diese cuenta de su conducta.

La lectura de este despacho produjo un doloroso asombro en el auditorio. Renato, pálido de indignación, se levantó y dijo á los oficiales que le rodeaban:

—Ya lo habeis oído, señores.

Y dirigiéndose al capitán de guardias con tono lleno de dignidad:

—Caballero, le dijo, contestad á vuestro amo que los hombres de mi rango y de mi raza no reciben mensajes de esta especie sin castigar la insolencia de sus autores. Decidle que yo soy Hércules Renato d'Est, príncipe de Módena, y que tendría derecho de exigir que viniese á verme donde estoy; pero que por respeto al rey y por honrar el carácter de que está revestido, consiento en andar la mitad del camino: que me espere en Fuerte Real, que allí estaré dentro de dos días.

El capitán de guardias, impresionado por el

gallardo continente del joven, la fiereza de su mirada, el tono arrogante de sus palabras y la nobleza de su ademan, creyó que solo un príncipe podía hablar, mirar y moverse de aquel modo.

Inclinóse profundamente y se fue á dar cuenta al marqués de Caylus del resultado de su mision y de la impresion que le habia causado el misterioso personage. Caylus comprendió que jugaba una partida desventajosa poniéndose en lucha con un hombre poderoso quizá por su rango, pero que lo era indudablemente por la popularidad y la autoridad que se habia grangeado. Por consiguiente, aunque resentido del ataque dirigido á su dignidad, resolvió despues de muchas indecisiones marchar á Fuerte Real. Por el camino reflexionó que era inadmisibile que tan alto personage hubiera ido á la Martinica, sin que se diera noticia de ello al gobernador general.

Entonces Caylus temió caer en un lazo que le pusiera en ridiculo haciéndole caer en falta al mismo tiempo; y apenas llegó á Fuerte Real volvió á marchar inmediatamente á San Pedro, haciendo saber al huésped de Nadau su resolucion invariable de no reconocerle por príncipe, ni tratarle como tal, hasta tanto que no diese pruebas auténticas de su identidad.

La conducta de Caylus pasó á los ojos de todos por un insulto hecho al nombre, al rango y al carácter de Renato d'Est y por un atentado á su augusta persona. El grito de indignacion fue general.

Renato, al aceptar como una prenda de amor y de adhesion los clamores que acababan de llegar á sus oidos, no dejó de comprender que la firmeza

inesperada y la obstinacion de Caylus, podian hacer vacilar la conviccion de los habitantes.

Esperó que llegase la noche para encerrarse con Rhodéz y el abate Desnoyers en un gabinete donde celebraron consejo para ver lo que debian hacer.

—Mi opinion, exclamó Desnoyers, es que sin perder tiempo marchemos resueltamente á humillar el orgullo hostil del marqués de Caylus. Si vacilais, la popularidad que os rodea puede acabar. Marchad: donde quiera que vayais teneis hoy la seguridad de que todos se han de humillar á vuestros piés: mañana quizá os pisotearian. Asegurad desde luego la cooperacion de los que os son adictos; sondead sus intenciones con destreza, y despues conquistadlos mas y mas con nuevos beneficios. Obrad como príncipe. ¿Qué teneis que temer? Abridles las manos y deramad sobre ellos todo lo que contengan y lo que no contengan. Un tintero, una pluma, un pedazo de pergamino y una firma al pié; cincuenta mil, cien mil, doscientos mil escudos mas, si es necesario, tomados sobre los bienes de la señora duquesa de Penthievre, son palancas bastante fuertes para levantar la colonia entera. Pensad que M. de Caylus no tiene nada de esto á su disposicion. La guerra está declarada; aceptadla y procurad la victoria, ó sereis derrotado.

—Habeis adivinado y espresado mi pensamiento, Desnoyers. Y vos, Blanca, continuó dirigiéndose á la jóven, cuyos grandes ojos azules se fijaban ardientemente en Renato, ya sabeis que vuestra opinion debe pesar siempre en la balanza de mis acciones.... Decid, ¿no teneis ninguna objecion que hacer?

—¿Yo? respondió la jóven tendiéndole la mano: ¿qué me importa á mí, monseñor, lo que podais pensar y

(AVENTUREROS).

hacer? ¿No soy la humilde esclava de vuestro corazón, la compañera de vuestra gloria, lo mismo que de vuestra desgracia? Marchad ó estaos quieto; subid ó bajad á vuestro antojo. A todas partes os seguiré.

Desnoyers no pudo disimular un gesto de contrariedad al escuchar este tierno desahogo de Blanca y al ver en los ojos de Renato una lágrima de emoción. Aunque sabía hasta qué punto estaban ligados el uno al otro, confiaba sin embargo, para el mejor éxito de los proyectos del príncipe, que alguna nube empañaría el horizonte azul de sus amores. Aprovechando un momento en que Blanca, distraída de la conversacion jugaba con un loro que tenía sobre el brazo, se inclinó para decirle á Renato al oído:

—No olvidéis que teneis veintidos años, que sois bello, que llevais el título de príncipe, que teneis talento, que sois amable y gracioso, y que por consiguiente teneis de vuestra parte á las mugeres, y con ellas....

—Sí, respondió Renato frunciendo las cejas, pero yo no puedo, no quiero ofender á Blanca.

—¿No os ha prometido someterse enteramente á vuestra voluntad, y no es esta la condicion con la cual, á pesar de mis consejos, habeis cometido la locura de traerla...?

—No hubiera tenido valor para separarme de ella.

—Siempre os han perdido las mugeres; que os salven al menos una vez. La primera que debe servir de tabla de salvacion es la hermana de Caylus, viuda jóven, bella y, segun dicen, muy coqueta. Creedme; mañana poneos en camino para San Pe-

dro y que dentro de diez días, á lo mas, empeeis vuestro paseo por la isla. ¿Que os parece?

—Todo lo que decís es muy razonable, Desnoyers, y se hará como me lo aconsejais.... Mañana quiefo cerciorarme de los sentimientos de los que me rodean, y si corresponden á mis esperanzas, al instante marcharemos á San Pedro. Ahora dejáme solo con Blanca: necesito prepararla para el desempeño de su papel.

Desnoyers salió. Renato permaneció un instante pensativo; levantóse y se paseó con agitación. Blanca, medio tendida en una hamaca, seguia con cierta ansiedad cada uno de sus movimientos.

Blanca no hubiera querido distraer el pensamiento de Renato con una sola palabra; á causa del respeto que le causaban sus inquietudes. Renato se sentó á su lado, y cojiendo las dos manos de la jóven, las llevó á sus labios. Esto indicaba que la jóven podia interrogarle con libertad.

—Estais inquieto, le dijo.

—Si, Blanca, y todo por causa tuya.

—¿Por causa mia? dijo ella sorprendida.

—Estoy inquieto porque voy á hacerte padecer, á destruir tus mas hermosos sueños.

—¡Hablad, hablad!

—Cuando al venir aquí me prometiste aceptar la vida que yo te impusiera, ¿consultaste tu valor, ¿sondeaste bien tu corazón?

—¿Os he dicho ni manifestado de ningun modo lo contrario? murmuró Blanca con tono de reconvención.

—Blanca, es que tú no adivinaste hasta dónde habia de ir la abnegacion que yo exigiria de tí, y que quizá podrias encontrarte al lado de una rival.... N

la tendrás nunca en mi corazón; yo te lo juro. ¿Lo ves? ya te pones pálida y tiembles.

—No es nada, respondió Blanca, no es nada.... Vamos, continúa.

—Esa resignación la tenías, porque veías el caso lejano, y ¿quién sabe? tal vez imposible. Pero hoy....

—¡Ya adivino! exclamó ocultando el rostro entre las manos, ya adivino....

Los sollozos le ahogaron la voz y un temblor nervioso se apoderó de todos sus miembros. Apoyóse en el hombro de Renato, cuyos ojos se arrugaron en lágrimas. Blanca se serenó después de algunos momentos y tendiendo la mano á Renato:

—Pues bien, le dijo con voz serena, ya verás como sé apurar el sufrimiento sin quejarme y devolver la humillación sin derramar una lágrima; y esto por tí, por tu felicidad.... Así pagaré la dicha de no haberme separado de tí y no es mucho dar en cambio de tal felicidad; te lo juro por mi vida!

—¡Oh! ¡gracias, Blanca, gracias! porque así puedes salvar mi honra y quizá mi vida. Pero, ¿estás bien segura de tu valor?

—Sí, con tal que en el camino de tu corazón no encuentre á nadie, con tal que no me falte la seguridad de que después de mucho sufrir hallaré en tus ojos una mirada, en tus labios una sonrisa, en tu frente un pensamiento, que no haya alcanzado ninguna otra mujer.

—¡Oh! te lo juro, Blanca.

—Con esa seguridad, Renato, puedes hacer de mí una esclava, si quieres; yo te obedeceré....

Al aceptar con gratitud este sacrificio, Renato

na pudo menos de observar que el acento apasionado y f b ril de Blanca revelaba un amor demasiado profundo para que pudiese abdicar fácilmente su dignidad y sus derechos de muger. Con esta idea resolvióotrar con prudencia al manejar el arma poderosa que le habia aconsejado Desnoyers.



V.

Al día siguiente por la mañana el príncipe reunió á la servidumbre de su casa y mandó invitar además á los habitantes del Marino para que asistiesen á esta reunion.

Nadau estaba tan inquieto que no sabia qué hacer. En vano habia procurado esplicarse la causa de semejante manifestacion: lo único que comprendia era que se presentaban nuevas complicaciones, de las cuales no podria salir sano y salvo.

A las diez próximamente, Renato, que no habia querido recibir á nadie en su aposento, ni aun á sus oficiales mas íntimos, apareció en medio de la concurrencia. Llevaba el traje de un simple plantador, es decir, una levita blanca, pantalon de tela y un gran sombrero de paja en la mano. No conservaba vestigio ninguno que acreditase su dignidad. Esta trasformacion repentina no dejó de producir

viva impresion en la concurrencia y cofrió de boca en boca un murmullo de admiracion. Renato se adelantó, sin embargo, con la frente serena, la sonrisa en los labios, y tendió afectuosamente la mano á los que se hallaban mas cerca de él.

El asombro de Nadau fue tal que sintió flaquear le las piernas y cayó sobre un sillón donde permaneció por espacio de dos minutos con los ojos fijos en Renato, la boca abierta y las manos apoyadas en sus muslos enormes.

Reinaba entre los circunstantes el silencio mas profundo, y todos presentian algo de grave y de solemne. Renato pronunció lentamente y observando con mirada de lince la impresion que producía, las siguientes palabras:

—Señores, el deber de un príncipe es dar ejemplo de sumision y respeto. Dios me es testigo de que orgulloso de la adhesion que me habeis mostrado, mi mas vivo deseo era marchar á San Pedro, á Fuerte Real, á los principales puntos de la isla, para ponerme en contacto con sus habitantes y multiplicar las alegrías de mi alma recojiendo de sus labios las muestras del afecto que me habeis dado á conocer en su nombre. Pero veo que al señor marqués de Caylus le inquieta mi presencia y que me trata de faccioso... y no debo olvidar que estoy sometido aqui á la autoridad que ejerce en nombre del rey. Con este motivo, renuncio desde luego á rodearme, como lo he hecho hasta ahora, de servidores y amigos tan solícitos como vosotros; y...

—¡No! ¡no! gritaron treinta voces interrumpiendo el discurso de Renato.

Los que estaban ya en posesion de algun empleo se unian á los que esperaban obtenerlos, para man-

tener un estado de cosas que tenían interés en conservar. Nadau fue el único que estuvo á punto de acercarse para felicitar al príncipe por su laudable propósito; pero se detuvo á tiempo.

—Renuncio, pues, señores, continuó Renato, á mi viaje á San Pedro, y en lo sucesivo voy á vivir en la oscuridad, como quien viene exclusivamente á enterarse de sus asuntos. Ya lo veis; he tomado, como vosotros, el traje ordinario de la vida y del trabajo y voy á retirarme á las haciendas de mi hermana. Desde este momento no existe ya aquí el príncipe de Módena; no hay mas que el conde de Tarneau.

Hubo un momento de silencio, durante el cual los principales habitantes del Marino se concertaron al parecer unos con otros. Renato esperaba con una calma aparente, el resultado de esta deliberacion: su habitual sangre fria estaba dominada por una emocion que apenas podia reprimir y que se manifestó por una fuerte contraccion de los lábios.

Al fin, despues de cuatro ó cinco minutos de silencio, se adelantó Duval-Ferol, y dijo:

—Monseñor, creo ser el intérprete de todos mis compatriotas al venir á suplicaros que renunciéis á esos proyectos que destruyen todas las esperanzas que habíamos concebido para el porvenir. M. de Caylus vé en vos al salvador de la colonia que ha perdido por su mala administracion, y á ese crimen añade otro mayor, cual es el de faltar al respeto debido á un príncipe de sangre real. Marchad á San Pedro, en calidad de príncipe, acompañado de vuestros fieles servidores, y Caylus se verá obligado á ir á doblar la frente ante vos.

Estas palabras fueron recibidas con una tempes-

tad de aplausos. Renato recobró su serenidad habitual, y Nadau por primera vez en su vida, halló bastante rapidéz en su pensamiento para comprender que el príncipe era en aquel momento mas poderoso que nunca. Con esta idea fue uno de los que gritaron mas alto: ¡Viva el príncipe de Módena!

—Y no olvide Caylus, dijo otra voz, que algunos de los que os rodean, monseñor, fueron los primeros que se apoderaron hace treinta años de la persona de M. de la Varenne, gobernador lo mismo que él, y como él culpable del crimen de administrar mal los intereses de la isla.

El resultado de la reunion habia superado las esperanzas de Renato; y dos horas despues, vestido espléndidamente y con todas las insignias de su rango, rodeado de toda su casa y de una muchedumbre inmensa, se dispuso á trasladarse á Fuerte Real, despues de ordenar á Nadau que marchase á San Pedro á anunciar á Caylus su llegada.

La muchedumbre sirvió de espléndida comitiva al príncipe de Módena, que fue saludado durante el camino por las mas entusiastas aclamaciones. Blanca, vestida primorosamente de page, cabalgaba á su lado, mas orgullosa y mas feliz con las miradas que Renato de cuando en cuando le dirijia, que de todo aquel fausto y de aquel glorioso triunfo de su amante.

A alguna distancia de Fuerte Real las tropas y la milicia esperaban al príncipe en formacion. M. de Gerardin, fiscal del rey, y la autoridad mas considerable de la ciudad, salió á recibirle al frente de la magistratura, dirigióle una arenga oficial, le ofreció su casa para hospedarse y le trató como príncipe, se-

(AVENTUREROS).

gun se vé en las crónicas del país y en los documentos oficiales.

Este primer paso en el camino que había emprendido, dió á entender á Renato suficientemente el influjo que su nombre y su sola presencia tenían para los habitantes de la colonia.

El príncipe permaneció dos días en Fuerte Real y se embarcó para San Pedro. Blanca experimentaba una singular emoción. Presentía que allí era donde iba á trabarse el combate en que se pondrían en juego su ternura y su felicidad.

Pero veamos antes lo que había ocurrido en San Pedro.

La noticia de la próxima marcha del príncipe había llegado ya al marqués de Caylus, causándole un gran acceso de cólera. Cuando llegó el desgraciado Nadau, encargado de confirmar esta noticia al gobernador general, que no se había atrevido á atacar este vasto complot contra su autoridad en el mismo foco donde se organizaba, aprovechó la presencia del lugarteniente en San Pedro para meterle en la cárcel, dando á Nadau tiempo de sobra y ocasión para reflexionar que Caylus no era un astro tan eclipsado que no pudiese hacer sentir todavía el peso de sus rayos.

Satisfecha esta primera venganza, Caylus pensaba en tomar medidas violentas contra la entrada del príncipe en la ciudad, cuando su hermana la condesa de Monroq entró en el gabinete por donde aquel se paseaba con gran agitación.

La presencia de la condesa, en quien Caylus tenía gran confianza, le calmó un poco. Sentóse é hizo seña á su hermana para que se sentase á su lado.

—Habeis comprendido, querida hermana, que me harian falta vuestros consejos y habeis venido á buscarme. Os lo agradezco.

—Solo siento, dijo la condesa con tono entre amistoso y descontento, que hayais recurrido á mi tan tarde. ¿Quereis que me explique con claridad?

—Lo deseo.

—Pues bien, mi querido hermano; por vuestra culpa estais espuesto á los furores de la tempestad que ruje sobre vuestra cabeza. Habeis carecido primero de energía, despues de tacto, y por último de audacia. Ved á lo que hemos venido á parar. Desde el dia en que supisteis la llegada de Renato al Marino, debisteis darle orden de venir á San Pedro y apoyar el mandato de tal modo que no pudiese desobedecer. Pero habiendo dado al príncipe tiempo para pensar y rodearse de partidarios, no estabais ya en el caso de hacer alarde de autoridad de la manera brutal que habeis imaginado. No era prudente poneros en rebelion contra el sentimiento público, grangeando á Renato las simpatías de todos y sublevando contra vos todos los odios. Ved si no á lo que os veis reducido en este momento; á huir de ese hombre, á abandonar á San Pedro cuando él haga su entrada; porque ya no es alegría la que produce su presencia, sino delirio; no es entusiasmo, sino frenesí el que va á despertar su llegada.

—Solo me habeis dicho hasta ahora lo que hubiera debido hacer; pero no el recurso que me queda.

—Es que ahora el cuidado del porvenir es cosa mia. Os ireis de aquí y yo me quedaré para recibir al príncipe, como príncipe; ¿me comprendéis? Lo

habeis comprometido todo y á mí me toca remediar el mal.

—¿Y por qué medios?

—Ese es mi secreto.

Conviene que digamos algunas palabras acerca de la condesa de Mobarq, que ha representado un papel importante en esta historia.

Era una muger en toda la acepcion de la palabra; uno de esos tipos que la galantería puede echar de menos, pero cuya desaparicion ha sido benefícosa á la moral. Viuda, casi al dia siguiente de su matrimonio, de un caballero arruinado, cuya fortuna se habia empeñado en restablecer, fundó toda esta ambicion sobre el porvenir de su hermano, oficial de marina muy distinguido por su valor. Consiguió para él el gobierno general de las islas y le acompañó por órden del rey.

En la época á que aludimos no tenía mucho mas de veinticinco años y se hallaba en todo el esplendor de una hermosura simpática y atractiva. Era de ingenio sutil, hábil, coqueta y sabia hacer hablar con rara elocuencia los ojos mas hermosos del mundo, cuando juzgaba prudente ó necesario cerrar los lábios.

Tal era la muger en cuyas manos iba á estar la suerte del príncipe de Módena.

Algunas horas despues de la conversacion que tuvo con su hermana, el marqués de Caylus salió de San Pedro para trasladarse á Fuerte Real. Al dia siguiente al despuntar el dia una pequeña goleta, á bordo de la cual iba Renato, dobló la punta del Carbet y fondeó delante de la ciudad. La Bourdonnais, que tenía á sus órdenes tres navíos de la compañía de las Indias en la rada de San Pedro, los

mandó empavesar inmediatamente, envió chalupas al príncipe para desembarcarle con su comitiva, y le saludó con veintiun cañonazos en el momento en que saltó á tierra.

En el sitio donde debían atracar las chalupas de La Bourdonnais, habían colocado tropa formada en semicírculo para contener á la muchedumbre. En el centro estaban reunidas las principales autoridades de la ciudad y no hubo mas remedio que sufrir las alocuciones y protestas que las aclamaciones y la impaciencia del público interrumpían á cada paso. La ciudad de San Pedro, situada en la vertiente de una montaña, no permitía el uso de los carruages, á causa de la desigualdad del terreno; de suerte que habían mandado preparar caballos para el príncipe y su séquito. El que montaba Renato estaba magníficamente enjaezado.

No sale uno fácilmente de los brazos de una muchedumbre que le oprime, sea para acariciarle ó para ahogarle, y Renato lo vió por experiencia. Cuando vieron aquel jóven espléndido, magestuoso, ricamente vestido, grande, imponente por su dignidad, resonaron gritos unánimes capaces de cubrir el estruendo del mar, que arrastraba aquel día sus olas dóciles como si quisiera tomar parte en la fiesta. Los esfuerzos de las tropas, que se veían también arrastradas por la muchedumbre, fueron también impotentes para contener las masas cada vez mas enardecidas, y Renato se vió rodeado por todas partes y en la imposibilidad de dar un paso.

Hasta entonces nadie había pensado en Caylus, cuyo nombre parecía olvidar completamente la muchedumbre; cuando habiéndosele ocurrido á uno gritar:

—¡Abajo Caylus! se oyó una esplosion general de voces que esclamaban:

—El príncipe á la casa del gobernador! ¡Caylus se ha ido y ya no es nuestro gobernador! ¡Viva el príncipe de Módena!

Renato experimentó un estremecimiento de gozo al verse de aquel modo dueño de la colonia. Pero de repente se abrieron las filas. El superior de la rica y poderosa congregacion de los jesuitas, venia á ofrecer á Renato, en nombre de la misma, un asilo en su espléndida casa que es aun hoy, si no la mejor, una de las mejores propiedades de la Martinica. La casa de Caylus, comparada con aquella magnífica habitacion, no era mas que un pobre tabuco indigno de un príncipe.

Renato aceptó el ofrecimiento. La habitacion de los jesuitas estaba situada fuera de la ciudad, á bastante distancia del sitio en que se hallaba la comitiva. Para llegar era preciso cruzar la ciudad de San Pedro en toda su longitud. El reverendo padre y los miembros delegados de la congregacion abrieron la marcha y la comitiva se puso en movimiento. Blanca iba siempre al lado de Renato.

La muchedumbre abigarrada que iba en pos, ofrecia un espectáculo curioso, pintoresco y hasta fantástico. Era una estraña mezcla de cabezas negras, blancas y amarillas, de ricos trages y de andrajos, de hombros y pechos desnudos. Y toda esta muchedumbre cantaba, reia y aullaba.

Renato se vió obligado á pasar por delante del palacio del marqués de Caylus, cuyas puertas y ventanas estaban herméticamente cerradas. El aspecto de aquella casa abandonada por sus habitantes reanimó un poco las esperanzas de la muchedumbre.

dumbre y resonaron otra vez los gritos entusiastas de: ¡A casa del gobernador, á casa del gobernador! El príncipe solo pudo contestar con señas de que queria continuar su camino.

Pero como si la fatalidad tomase cartas en el asunto, el caballo que montaba uno de los pages se encabritó al llegar delante de la casa y derribó al ginete. La comitiva se detuvo, el príncipe se apeó y ayudó por sí mismo á levantar al page que se habia desmayado. Abrióse entonces la puerta de la casa de Caylus y una jóven recibió al herido que el príncipe sostenia aun en sus brazos. Un encarnado rubor cubrió su rostro y realzó el esplendor de su hermosura. Desnoyers, que se hallaba al lado de Renato, le dijo en voz baja:

—Es la condesa de Monrocq, hermana de Caylus... Vamos, procurad representar vuestro papel de príncipe, como yo confio representar el de abate.

El príncipe alzó la vista para mirar á la condesa y sus ojos se encontraron con la rapidéz de dos relámpagos. Un mundo de ideas acababa de brotar en el espíritu de cada uno. Blanca, testigo de este espectáculo y viendo á aquella muger en quien quizá presentia á una rival, se estremeció y destrozó con sus dedos crispados una magnífica blonda que llevaba en las mangas.

—Es vuestra, monseñor, le dijo Desnoyers al oido.

—¡Ya es mio! murmuró la condesa saludando al príncipe que volvió á montar á caballo para seguir hacia la casa de los jesuitas.

En aquella época la ciudad de San Pedro aun no era lo que ha llegado á ser y sobre todo lo que fue por espacio de algun tiempo; pero ya encerraba

en su seno todos los elementos que le han valido mas tarde el sobrenombre de *Paris de las Antillas*.

Su posicion pintoresca, los hábitos de lujo que llevaron los nobles escapados de Versalles, la convertian ya entonces en una poblacion muy agradable. Para encontrar el placer no habia mas que desearlo. Un acorde de violin ponía en pié á toda la ciudad y todos los vicios, así como todas las suntuosidades de la existencia fastuosa abundaban allí. Como ya hemos dicho, la casa de los jesuitas era digna de un príncipe. No hay en efecto, muchos ricos castillos en Francia mas hermosos que aquella rica habitacion. Se llega á ella por una larga y espléndida calle de árboles seculares; una gran verja guarda la entrada y la casa, con cien ventanas, ostenta elevados pórticos que le dan un aspecto régio. Al rededor hay magníficos árboles que estienden su espesa sombra. Solo la fachada está libre y permite que la vista se estienda con toda libertad por la inmensidad de la mar. Hoy las últimas casas de la ciudad llegan hasta el extremo del largo anden de que hemos hablado.

Al pasar la verja el príncipe de Módena halló á toda la congregacion reunida sobre las gradas del pórtico y á la sombra de los andenes circulares. Apeóse y fue conducido por el reverendo á las inmensas habitaciones.

—Etais aquí en vuestra casa, monseñor, le dijo el jesuita inclinándose profundamente y todos los que respiran aquí os obedecerán como esclavos.

El primer cuidado de Renato fue aumentar el Personal de su casa con todos los que desearon hacerse cortesanos. Hubo una corte completa: los bailes, las fiestas, los dias de gala se sucedieron con

deslumbradora rapidéz. Habia hecho suyos todos los corazones y todas las voluntades. Para completar este cuadro de la omnipotencia conquistada por Renato, solo diremos que enfermo de la fiebre por espacio de algunos dias, la colonia entera se vistió de luto, los buques de la rada recibieron orden de no disparar cañonazos por la mañana ni por la tarde: cuando el ídolo se restableció, se cantó un *Te Deum* en todas las iglesias, iluminóse la ciudad y hubo por todas partes fuegos artificiales.

El lector recordará que la condesa de Monroque se habia propuesto enmendar la falta de su hermano envolviendo al príncipe en las redes de su coquetería, encerrándole en ellas como prisionero. Renato por su parte, instigado por Denoyers habia emprendido la obra de conquistar á Caylus por medio de su hermana.

El encuentro fortuito en la casa del gobernador los habia puesto por primera vez frente á frente y se sintieron naturalmente atraídos el uno hácia el otro. Obedecian á una fuerza magnética mas poderosa que los cálculos que hubiesen hecho de antemano uno y otro. El dia siguiente de la llegada del príncipe, la condesa se presentó en el palacio de los jesuitas, y quiso ver á Renato para solicitar una gracia que éste habia ya pensado conceder á sí mismo; á saber, la libertad del pobre Nadau. No era ya el interés el que guiaba á la condesa, quien habia aprovechado el primer pretesto que ofrecia á su imaginacion.

Dos ó tres entrevistas bastaron para que el uno y el otro, descuidando el fin que se habian propuesto, diesen muy diverso atractivo á su mútua seducción. Una jóven tal como la condesa y un jóven

tan gallardo y seductor como Renato, no juegan una partida tan peligrosa sin olvidar al instante el objeto primero del juego.

Las cosas llegaron á tal punto que Caylus creyó que su hermana le hacia traicion y se arrepintió de haberla dejado acometer aquella empresa.

Blanca por su parte, resignada á todo sacrificio que pudiera favorecer los intereses y los proyectos de su amante, no habia abdicado, sin embargo, su amor, ni renunciado, por consiguiente, á los tormentos de los celos. Renato la persuadió al principio fácilmente de que solo el honor de su causa estaba empeñado en aquella lucha trabada con los hermosos ojos y las sonrisas adorables de la condesa. Blanca se someti6 en la apariencia, pero su instinto de muger se puso en vela. Poco á poco sintió disminuir su influencia y aumentar el ascendiente de la condesa.

A peticion de esta última el príncipe concedió cartas de nobleza á diversos habitantes de la colonia, y ejerció actos de soberanía indultando reos. Blanca invocó una sola vez su clemencia en favor de un marinero desertor, y Renato se mostró sordo á sus ruegos.

—¡Me vende! exclamó la jóven con desesperacion; pero quiero cerciorarme, y si es lo que imagino..., entonces, traicion por traicion!

Aquel dia no hizo mas que disimular y espiar.

Tres meses habian trascurrido desde la llegada de Renato á la Martinica y este tiempo lo habia empleado perfectamente en conquistar palmo á palmo el afecto, la adhesion y el entusiasmo de los habitantes. La autoridad del príncipe habia eclipsado la del marqués de Caylus.

El príncipe era el único que mandaba y á él solo obedecían. Ya muchas veces habian resonado en sus oídos proyectos de rebelion que en la apariencia procuraba calmar, pero fomentándolos en secreto. Porque él habia fijado la hora y el dia en que debia realizar sus audaces proyectos, dirigidos nada menos que á prender al gobernador general y apoderarse de la isla. Sin embargo, por precaucion mandó ir á su casa misteriosamente al capitán de un brick de Burdeos llamado *El Rafael* y tomó pasaje en él, previo el compromiso adquirido por el capitán de hacerse á la vela en cualquier momento que el príncipe se lo ordenase. Este momento era el mismo en que debia estallar la revolucion. En caso de victoria inmediata, el príncipe se quedaba en la isla; en caso de derrota ó de vacilacion, se embarcaba inmediatamente y su fuga podia parecer á los habitantes una cosa natural. Con ella desaprobaba al parecer el movimiento popular como un desacato á la autoridad del rey, y huía del triunfo que esperaba. El dia de San Luis era el designado para llevar á cabo el complot.

Algunos dias antes Blanca, que tenia la seguridad moral de la traicion de que era víctima, y á quien solo faltaba una prueba, se fue una noche en busca de una jóven de color, amante del marinero cuyo perdon le habia negado el príncipe. Esta jóven era precisamente una esclava de la condesa de Monrocy.

—¿Quieres conseguir la gracia de tu amante? le preguntó Blanca, que como siempre iba disfrazada de page.

—¿Qué he de hacer para ello?

—Sospecho que la condesa de Monrocy tiene re-

laciones íntimas con el príncipe. No temas nada y cuando me hayas dicho el sitio en que se ven, te prometo conseguir la gracia de tu amante.

La esclava vaciló un momento, reflexionó y dijo á Blanca.

—Bien está.

—¿En qué sitio se ven?

—En una casa perteneciente á un viejo mercader de la ciudad, que está inmediata á *Tricolor*, donde vive el marqués de Caylus.

—Avisame la primera vez que se hayan de ver allí.

Blanca se retiró reflexionando sobre el resultado que podia tener semejante revelacion; pero aun no habia decidido sobre quién habia de sufrir el peso de su venganza, si el príncipe ó la condesa, y dejó la eleccion á la casualidad.

Aquella misma tarde la esclava se presentó en la habitacion de Blanca y le entregó una carta en secreto. Era de la condesa al príncipe. Blanca no vió mas que una cosa; una cita fijada para el dia siguiente en el sitio de costumbre. Blanca iba á estrujar el papel entre sus manos crispadas; pero se contuvo pensando lo que importaba que aquel papel llegase á su destino.

—Está bien, dijo; la cita es para las diez de la noche. A las ocho espérame en la verja de la casa, y me acompañarás. Puedo contar contigo ¿no es verdad?

—Completamente.

A la hora convenida Blanca salió furtivamente y siguiendo la inmensa verja de la casa de los jesuitas, distinguió una sombra que se dibujaba al pié de un tamarindo. Avanzó y oyó una voz que murmuraba en una especie de lenguaje místico un can-

o monótono é inteligible. A medida que Blanca se acercaba, la sombra, al levantarse iba creciendo, y cuando estuvo al alcance de la voz:

—¿Eres tú? preguntó aquella.

—Os he conocido, respondió la mulata: estoy pronta.

Blanca llevaba su disfraz de page. Ambas se encaminaron silenciosamente hacia la casa misteriosa que estaba á alguna distancia de la ciudad. Cuando llegaron á la puerta observaron por los resquicios de las persianas los rayos dudosos de una luz.

—¿Quién está ya ahí? preguntó Blanca.

—Mi hermana que prepara la cena del príncipe y la condesa.

—¿Podemos entrar?

—Sí.

—¿Y sabrás ocultarme en una pieza donde no puedan descubrirme?

—Descuidad; y así que estén reunidos os conduciré al cuarto contiguo al salon y vereis todo lo que deseais ver.

—Entremos, pues.

Un momento despues se oyó el paso de dos caballos que se detuvieron y la puerta de la casa dió paso á los dos amantes. Blanca, oculta en la pieza contigua al salon, donde habian servido una espléndida cena, temblaba de piés á cabeza. Por las celosías de la puerta podia verlo y oirlo todo.

—Así, pues, mi querido Renato, dijo la condesa tendiendo al príncipe las dos manos blancas y finas, teneis presentimientos lúgubres y hablais de la muerte como si fuerais á dar alguna gran batalla.

—Por eso, mi querida Cristina, he querido veros

esta noche... ¿quién sabe si será la última vez que podré estrechar esa dulce mano contra mi corazón? ¿Quién sabe...? Pero dispensad, Cristina; no habia contado con la seducción de vuestra mirada y el atractivo de vuestra sonrisa... Vaya, no hablemos mas de eso. ¡Cerca de vos no sueño mas que con una vida de ventura, larga como la eternidad!

—¡Así os quiero, Renato! y si viera una lágrima en vuestros ojos, no podría menos de creer que llorabais de alegría y no de dolor.

Blanca mordió su pañuelo para ahogar en sus labios un grito de rabia, y su mano se escondió maquinalmente entre los pliegues del vestido como para buscar un puñal.

—Ahora que estoy segura de vuestro amor, repuso la condesa inclinándose hacia Renato, ¿quereis que os confie una duda que abrigo hace tiempo....? Nosotras las mugeres tenemos una segunda vista que nos ha concedido Dios, y me parece que vuestro page....

Encendiósele un poco el rostro á Renato; pero se contuvo al instante. No tan pronto, sin embargo, que su emocion no fuese observada por la condesa.

Blanca se estremeció

—Pues bien, repuso la condesa; creo, hace mucho tiempo, que ese page es un muger.

—¡Linda chanza! Si vuestra segunda vista no os ha servido mas que para hacer ese descubrimiento, querida Cristina, es preciso confesar que Dios os ha hecho un don inútil.

—Insisto en mis sospechas, querido príncipe.

—Vaya, pues ese page es hijo de uno de los oficiales de la casa del señor duque de Penthievre.

—Escuchad, príncipe; un hombre no sorprende

tan pronto como vuestro page el secreto de nuestro amor, el cual penetró desde el momento en que nuestros ojos se lo confesaron reciprocamente. Solo una muger tiene ese don de adivinacion.

—¿Y quién os ha dicho, repuso Renato con cierta inquietud, que Rhodez lo ha adivinado?

—El odio que leí en sus ojos cuando se encontraron con los míos, los celos que brotaron de cada una de las amargas sonrisas que me dirigió, el orgulloso desprecio con que quiso anonadarme; y por fin, otras mil cosas que no se definen, pero que se sienten. Renato, ese Rhodez es una muger, no lo negueis, porque no es posible....

—¡Os juro...!

—¿A qué jurar? Os digo que es una muger...

Renato se quedó sin palabra al oír la enérgica afirmacion de la condesa. Su silencio respondió por él.

—¡Confesadlo! repuso Cristina con voz vibrante. Ahora os parecerá natural mi exigencia, si os pido que esa muger vuelva á Francia. Tiene sobre mí la ventaja de estar siempre á vuestro lado y de servirlos; tienen privilegios que yo no tengo ni puedo tener.... Haced que se vaya.... ó seré yo quien le ceda el puesto....

La condesa se habia levantado y sus ojos inflamados mostraban la energia de su resolucion. Renato vacilaba todavía. Blanca, que habia estado á punto de salir de su escondrijo, se detuvo de repente. Habia concebido una sublime esperanza nacida de la indecision de Renato. Quizá la amaba bastante todavía para sacrificar á la condesa. Esperó con gran ansiedad que el príncipe, impulsado por su buen genio, sintiese algun impulso noble, y en

aquel momento dirigió al cielo una oracion silenciosa.

—Ya comprendéis, dijo Renato á la condesa, que sin cargar mi conciencia con el peso de una enorme ingratitud, no puedo despedir como á una esclava á esa niña que me ha entregado un amor sincero; que lo ha abandonado todo por seguirme, familia, patria y fortuna; que ha renunciado al esplendor y á los privilegios de su sexo para ocultar su ternura y su abnegacion bajo un disfraz de page y que se tiene por dichosa con solo una mirada mia.

Blanca sintió dilatársele el alma con estas palabras, y dos lágrimas brotaron de sus párpados.

—¡Aun la amais! exclamó la condesa.

—No, pero soy agradecido.

—¡Os digo que la amais...! ¡Pues bien, escojed entre ella y yo...!

Renato vaciló un momento y al fin exclamó:

—¡Vos, Cristina! ¡oh! ¡vos sola!

—¿Se irá?

—Mañana; os lo juro. Yo hallaré un pretesto para alejarla... Mañana...

No habia pronunciado el príncipe estas palabras, cuando Blanca, abriendo involuntariamente la puerta, apareció pálida y temblorosa. Renato cayó como herido del rayo sobre un sofá, donde parecia clavarle el ademan amenazador de Blanca.

La condesa, con el rostro oculto entre las manos, cayó primero de rodillas y despues al suelo. En el umbral de la puerta se veia, en la penumbra, inmóvil como una estatua, á la jóven esclava, que se regocijaba de este espectáculo de venganza con el gozo de una tigre. Blanca estaba sublime de indig-

nacion. Renato, despues de algunos minutos, quiso aventurar una palabra.

—¡Silencio, caballero! exclamó Blanca con voz terrible; y volviéndose á Cristina:—Y vos, señora condesa, levantaos.

Los dos obedecieron maquinalmente á Blanca, que los dominaba con la mirada y el ademan.

—La venganza que tomaré de vos, señora, dijo despues de un prolongado silencio, será deciros por qué especie de hombre habeis sido amada y á qué hombre habeis dado vuestro amor.

Al oir estas palabras, Renato se levantó de repente mas pálido que un difunto y quiso hacer un movimiento para buscar la puerta; pero Blanca le asió del brazo y oprimiolo con una fuerza que solo la cólera podia dar á sus delicadas manos de mujer. La condesa retrocedió, como sobrecojida de espanto, y fijó en Renato una estraña mirada en que se leia mas curiosidad que asombro. Un pensamiento rápido como el relámpago cruzó por la mente de Renato. Al fin comprendió que el abismo que tenia ver abrirse á sus piés por los celos de Blanca, estaba ya abierto y que era hombre perdido. Apelo de repente á toda su energía é hizo un esfuerzo para desasirse de la mano de su amante; pero ésta luchaba con la desesperacion de la hiena encarnizada sobre su presa. Renato no pudo desasirse sin usar de violencia, y empujó tan violentamente á Blanca que la jóven vaciló y fue á caer al otro extremo de la sala. Su cabeza dió en el ángulo de un mueble; brotó la sangre; la jóven dió un grito y se desmayó. Renato huyó sin volver siquiera la cabeza; montó uno de los dos caballos que esperaban á la puerta y se alejó á escape. En menos de diez minutos llegó

(AVENTUREROS).

á la verja de la casa de los jesuitas; y una hora después, llevándose los efectos mas preciosos y treinta mil escudos que el dia antes le habia dado otra vez el intendente del duque de Penthièvre, se embarcó solo, secretamente, sin dar aviso á nadie, en el brick *Rafael*, que se hallaba, como ya hemos dicho, pronto á hacerse á la vela.

Al salir el sol el brick bordelés habia perdido de vista la tierra.

Volvamos á la sala donde hemos dejado á los dos rivales. Pasaron dos horas largas antes que Blanca recobrase los sentidos y pudiese pronunciar una palabra.

—¡Oh! mucho temo, dijo recobrando la voz, que ya no sea tiempo y que el miserable haya tomado la fuga... Y dirigiendo á Cristina una mirada llena de ironía: elidaba que era de vos de quien debia vengarme ante todo. En vuestro orgullo habeis creido conquistar un verdadero príncipe, ¿no es verdad? y vuestra vanidad de muger estaba muy satisfecha... Pues bien, sabed que ese Renato d'Est, que ese príncipe de Módena... no es mas que un aventurero.

—¡Eso es imposible...! ¡Esta muger está loca! exclamó la condesa.

—¡Yo loca! No estoy en mi cabal juicio y en prueba de ello voy á deciros que ese hombre es un espía inglés que ha venido á este pais al abrigo del nombre que ha usurpado, sabiendo que ese nombre le grangeaba todas las simpatías. Lo que queria era echar de la isla al marqués de Caylus, apoderarse del gobierno y entregar la colonia á los ingleses así que fuese dueño de todo; del ejército, de la administración, de la hacienda, del espíritu y del corazón

de lo hab'antes. Pasado mañana debía estallar una revolución temetada por él. Ya había tomado sus medidas pa a llevar á cabo su proyecto antes que ningún carta de Francia viniese á descubrir su intriga. Ahora podeis comprender hasta qué punto había conseguido su objto. Es preciso confesar que vos hablais puesto el colmo á su fortuna... ¡Ah! ¿ya no decís que estoy loca? Vos que por celos exijais que me echara de la isla, comprendreis que los celos me aconsejen á mi vez la venganza. Ah ra no teneis tiempo que perder: haced que prendan á ese miserable, si no ha tomado ya la fuga.

—No ha podido salir aun de la colonia.

—Os digo que corrais. Dios ha puesto en la cabeza y en el corazon de ese hombre tanta auda la y tanto genio, que no será extraño que haya encontrado medio de huir.

La condesa de Monrocq, espantada y humillada á la vez, corrió á casa de M. de Poinsable, gobernador particular, y le dió parte de la revelacion de Blanca. Poinsable trató á Blanca de visionaria y declaró que no se atreveria á disponer el arresto del principe. El intendente M. de Raucé dió la misma contestacion. La condesa comprendió entonces cuán grande era la influencia que había conquistado el aventurero y cuán fácil le hubiera sido llevar á cabo su audáz proyecto á favor del respeto y la consideracion que había conquistado. Como última tabla de salvacion, Cristina envió inmediatamente un mensajero á su hermano.

Entre tanto la noticia de la extraña revelacion de Blanca circuló rápidamente por la ciudad, y al rechazarla como una calunnia todos corrian á la casa donde se había desenlazado esta escandalosa co-

media. Al despuntar el día la verdad quedó patente; la salida del *Rafael* y la fuga de Tarneau no dejaban la menor duda. El abate Desnoyers fue inmediatamente preso y Blanca arrestada en la casa. Esta repitió sus revelaciones. Caylus, de regreso en San Pedro, recobraba por fin la autoridad que se le había escapado de las manos. Algunos días después una fragata que llegaba de Francia trajo despachos para el gobernador, en contestación á los informes que había pedido al ministro.

Lo reprendían severamente por la ligereza con que se había dejado embaucar por aquella novela (tales eran las palabras del despacho), y le daban orden de prender inmediatamente á Tarneau; pero ya no era tiempo.

Desnoyers, que era un abate fingido, fue enviado á Francia á sufrir la pena de galeras. Duval-Ferol, el intendente del duque de Penthièvre y otros muchos, fueron presos y sufrieron penas mas ó menos severas.

Por lo que hace á Blanca, ni la importancia de sus revelaciones, ni su belleza, ni su juventud, ni el impulso que la había arrastrado á la complicidad en el crimen, pudieron hallar piedad en los jueces. Fue sentenciada á la infamia de la cadena, es decir, á los trabajos forzados que hasta las mugeres sufrían públicamente en las colonias.

Partía el corazón á los que lo tenían el ver á aquella jóven arrastrando por la calle su vergüenza y su dolor, ocultando su rostro enflaquecido por las lágrimas y los padecimientos, y espuesta al odio, al desprecio, á los sarcasmos del populacho que nunca la veía pasar por la ciudad con sus compañeros de cadena sin arrojarle puñados de lodo, cantando-

le coplas en que se la llamaba *Princesa de la Traición*.

Semejante suplicio para una muger como Blanca era una muerte de todos los momentos.

—¡Dios mío! decía, entre todos los que me insultan de ese modo y procuran matarme por la infamia, ¿no hay uno solo que habiendo amado con ese amor ardiente é inmenso que nos hace capaces de bajar al fondo del abismo con la persona amada; no hay uno, digo, que habiendo amado de ese modo, tenga piedad de mí?

Una noche que Blanca, al bajar de este sangriento calvario, se habia sentado en un rincon de su calabozo, llorando con la frente oculta entre las rodillas y exhalando quejas amargas, se abrió de repente la puerta.

Blanca levantó los ojos y distinguió la cabeza crespa de un negro. Era uno de los guardas de la cárcel. Detúvose como enternecido ante el dolor de aquella muger, y obedeciendo á uno de esos extraños accesos de religion que son el carácter instintivo del negro, se santiguó antes de acercarse á Blanca.

—*Princesa*, le dijo, seguidme.

Blanca se levantó admirada de la inflexion de voz del negro, que realmente habia pronunciado con verdadero respeto un título que solo le daban por vía de ultraje.

—¿Qué me queréis? le preguntó.

—Sacaros de aquí, respondió el negro, y conducirnos á la costa, donde os espera una barca para pasar á bordo de un buque que al despuntar el día se hará á la vela para Francia.

Era la libertad, la vida lo que ofrecia á Blanca. Cojió la mano del negro y dió dos pasos para se-

guirle; pero la emocion le quitó la fuerza, desmayóse y cayó sobre el pavimento de tablas del calabozo. El negro levantó el cuerpo inerte, le cargó sobre sus hombros, cruzó el patio de la cárcel sin accidente, y una vez fuera, llegó en pocos minutos á la orilla del mar donde esperaba en efecto una barca.

Colocó á Blanca en el fondo de la canoa, sumergió en el mar el hueco de la mano y le mojó las sienes hasta que recobró el sentido.

—Ahora á bordo, murmuró el negro.

La canoa se hizo á la mar y llegó al buque que estaba aparejado para hacerse á la vela.

Al poner el pié sobre cubierta, Blanca dió un grito y retrocediendo diez pasos se arrimó á uno de los mástiles del buque, muda, inmóvil, con la mirada atónita y los labios entreabiertos.... Parecía la estatua del Estupor.

Veía delante una aparicion, bajo la forma de una muger con las mejillas hundidas, la frente descolorida y los ojos profundos y devorados por las lágrimas. Esta muger era la condesa de Monroq. Cristina se acercó á Blanca y le tendió la mano consumida por la fiebre. Blanca vaciló antes de corresponder á esta demostracion.

—Os negais á estrechar la mano que os ha dado la libertad, murmuró la condesa con voz casi inarticulada.

Entonces Blanca, temblando de emocion y gratitud, se apresuró á ponerse de rodillas y llevando á sus labios la mano que le tendia la condesa de Monroq:

—¡Gracias! exclamó; gracias por haber tenido piedad de mí...

—Blanca, dijo la condesa con voz oprimida y casi ininteligible á causa de la debilidad; necesito explicaros por qué no me he acordado antes de vos. Venid á mi cámara, venid...

Aquellas dos mugeres, rivales implacables en otro tiempo, bajaron apoyadas la una en la otra á la cámara principal, y se encerraron en ella.

Entre tanto el buque dió al viento todas las velas para alejarse cuanto antes de las costas; porque el horizonte estaba cargado de negros nubarrones. La mar agitada se cubria de espumas y todo anunciaba una tormenta.

—Después de la noche cruel, dijo la condesa, en que tuvo su desenlace aquel extraño drama, salí de la casa medio loca, humillada, perdida. La fama de la vergüenza que iba unida á mi nombre, y que llegó hasta mí, el honor manchado de mi hermano, el mio entregado á las coplas y á los sarcasmos del populacho, turbaron completamente mi razon; y si me escapé primero de la locura y después de la muerte, no fue porque dejase de sufrir por espacio de tres meses todos los tormentos de la enfermedad que devora el cuerpo y de la humillacion que roe el alma...

A medida que la condesa hablaba, su voz iba tomando vigor.

—Volví á la vida, repuso Cristina, y entonces me acordé de vos. Por el peso de la vergüenza que yo arrastraba comprendí el que debia abrumaros; medí vuestro dolor por el mio y vuestros sufrimientos por mis angustias. ¿Debo añadir que comprendí por la exaltacion de mi amor, la profundidad de vuestra pasion á aquel hombre...? En una palabra, conocí que por el corazon se podia llegar á ser cómplice del

impostor.... y exclamé:—Yo soy libre, mientras ella arrastra la cadena de la infamia....!

La condesa ocultó por un momento el rostro entre las manos.

—Al fin, continuó Mad. de Monroccq, después de un momento de silencio, resolví huir de este país; pero no quise dejarle sin saber que estabais en libertad, Blanca. Pedí á mi hermano vuestro indulto; pero solo pude conseguir del marqués que favoreciese vuestra evasión y os embarcase á bordo del mismo buque que me conduciría á Francia.

Blanca tendió la mano á la condesa y le dijo:

—Si á vos os perdono, conservo contra él un profundo odio nacido del ultraje que me ha hecho y la esperanza de vengarme. No sé si el cielo me concederá esta dicha.... pero por algo habrá atraído ese hombre sobre mi cabeza la maldición de mi madre moribunda, el día que abandoné por él mi tranquilo hogar!

Un gran tumulto interrumpió de repente la conversacion de las dos mugeres. La amenazadora tempestad acababa de estallar. El buque, obligado á virar de bordo, no podia alejarse de las costas hacia las cuales le habia empujado otra vez el viento. Las olas oprimian con sus brazos formidables aquel frágil pedazo de madera, y lo levantaban hasta el cielo para dejarlo caer otra vez en los abismos que le abria la mar. Mientras fue de dia pusieron cegarse fácilmente las maniobras; pero el peligro creció al hacerse de noche. Mas poderosas que todos los esfuerzos de la tripulacion y la habilidad del capitan, el furor de las olas y del viento desencadenado hacian crujir el buque y rompian los mástiles.

Las dos mugeres, pálidas, temblorosas y de hi-

nojos sobre cubierta, invocaban al cielo, pero el cielo inexorable respondia con truenos espantosos y relámpagos que inflamaban el horizonte. El agua habia invadido todo, la cala, el puente y los camarotes. El buque, como aplastado por la última presión de las olas, se abrió por todas partes y espiró rompiéndose contra la punta de una roca.

Algunos momentos despues no habia sobre las olas mas que cadáveres y restos del buque. El dia siguiente por la mañana se veian en la orilla medio sepultados en la arena fina y móvil, los cuerpos de dos mugeres abrazadas como para darse en un beso el último adios.

A eso de medio dia uno de los cadáveres era arrastrado otra vez por las olas, envuelto en la espuma que le servia de sudario, y desaparecia en los abismos de aquella tumba sin fondo. El otro, por el contrario, impelido mas y mas hácia tierra firme por las olas, se halló al abrigo de ellas cuando cesó la tempestad. El sol al aparecer otra vez en el firmamento reanimó con sus besos aquel cuerpo inanimado y le restituyó la vida.

El cadáver que la mar habia devorado era el de la condesa de Monrocc: la muger que se libró de la muerte era Blanca.

La jóven, al recóbrar los sentidos, se halló sola en una orilla desierta é inhabitada aun en aquella época. La constante violencia del mar en aquella parte de la isla de la Martinica, alejaba de allí hasta á los caribes. Era la parte de la colonia que hoy se llama Macubac.

¿Qué camino seguir para volver á San Pedro? Por todas partes le cerraban el paso bosques impenetrables ó rocas inmensas, entre las cuales la ca-

(AVENTUREROS).

vilizacion se ha abierto vias de comunicacion que aun hoy apenas son practicables. Y ademas ¿era muy de desear el regreso á una ciudad donde la esperaban la cárcel y quizá la muerte?

Bianca aceptó esta calamidad como otro castigo del cielo. Púsose á merced de la Providencia y se resignó á vivir en aquella playa abandonada, hasta que pluguiese á Dios sacarla de allí.

El lector recordara que Tarneau se habia embarcado en el *Rafael* antes que su estraña aventura pudiese llegar á oídos del capitan, que fiel á sus compromisos, se hizo á la vela al instante.

La brisa era buena, la mar estaba en calma y el *Rafael* se puso en poco tiempo al abrigo de todo peligro.

—Ahora, dijo para sí Tarneau, que estoy á cubierto de toda venganza, ¿seguiré representando mi papel? ¿Qué interés tengo en ello? ¿Qué provecho he de sacar? Si desembarco en el primer puerto de Francia donde ha de fondear el buque, indudablemente me prenderán como un aventurero y me encerrarán en un calabozo. Será un triste fin, indigno de mí y de la mision que me habia propuesto. ¿Me fiaré del capitan? Seria capáz de volver á la Martinica para entregarme al marqués de Caylus, si me cree simplemente un intrigante de baja estraccion. En cuanto á confesarle mi objeto.... no hay que pensar en ello, porque antes de cinco minutos estaria ahorcado en el palo mayor ó ahogado en el mar. Lo mas prudente es dejar que las cosas sigan su curso. Peligro por peligro prefiero ser preso en Francia, donde en primer lugar tengo la probabilidad de poder huir cuando desembarque; y admitiendo que me vea obligado por un momento á ser tratado como príncipe, ó lo que es lo mismo, á ir á la cárcel antes que

pase un cuarto de hora..., en ese caso la casualidad ó la Providencia, cualquiera de los dos, ya me favorecerá. Vamos, es cosa decidida: príncipe me quedo y salga lo que saliere.

Parecía que la casualidad, con la cual tanto contaba Tarneau, le favorecía real y verdaderamente. Habiendo ocurrido durante la travesía frecuentes y prolongadas calmas, el *Rafael* despues de sesenta y cinco dias de travesía, se halló falto de víveres.

Fue preciso fondear en Portugal, en el puerto de Faro. No podia presentarse á Tarneau circunstancia mas favorable para librarse de suplicio que sufrir. Una vez en tierra firme y mientras fuese objeto de los honores que iban á tributarle, nada mas fácil que despojarse de un dia á otro de un título que le pesaba, y huir á Inglaterra por el camino que quisiera tomar, corto ó largo.

Lejos de guardar el incógnito, hizo anunciar al virey de Portugal que era el príncipe de Módena. Enviáronle una guardia y le fueron hechos todos los honores debidos á su rango. El primer deseo de Tarneau habia sido huir del capitán del *Rafael*. Estaba dado el primer paso. Permaneció dos dias en Faro y se puso en camino para España, confiando que á medida que adelantase en el viaje, iria despojándose de sus dignidades, como un buque próximo á naufragar arroja al agua su cargamento.

Pero á cada alto que hacia en el camino, los honores, en vez de alejarse, le rodeaban sin cesar, y su llegada á España fue anunciada á la corte de Francia, de donde salió inmediatamente un correo con instrucciones secretas. Tarneau fue detenido en Sevilla y conducido á la cárcel. Despues de dos dias de encierro consiguió escaparse á favor de un dis-

fraz, se refugió en un convento de dominicos y se encerró en la celda del prior, que era entonces un asilo inviolable.

Allí estuvo el tiempo necesario para que se consiguiera del general de la orden, residente en Roma, la autorizacion para entregarle. Intimidado para que se diese á prision, juró vender cara su libertad ó su vida. Y en efecto, en el momento en que derribaron la puerta de la celda del prior, Tarneau mató de un pistoletazo á boca de jarro al oficial encargado de prenderle, y armado de una espada, cerró con los soldados y consiguió abrirse paso. Iba á recobrar otra vez la libertad, cuando se lo impidió un jóven novicio que le hirió en la cabeza de una pedrada en el momento en que saltaba una tapia del convento.

Su energía luchaba aun contra la mala fortuna; pero le saltaron las fuerzas. Al llegar á lo alto de la tapia con el rostro cubierto de sangre, cayó desmayado en los jardines del convento.

Fue conducido á Francia y entregado á los tribunales. La duquesa de Penthievre le fue á visitar en la cárcel y volvió asombrada de la estraña semejanza que existia en efecto, entre el aventurero y el príncipe su hermano.

Convicto del doble crimen de alta traicion contra un pais de la Francia y de usurpacion de títulos, Tarneau fue condenado á la deportacion y enviado al Senegal.

Pero solo la muerte podia poner término al estraño destino de este hombre. Despues de dos meses escasos de permanencia en el Senegal, Tarneau consiguió escaparse á pesar de la activa vigilancia de que era objeto.

VI.

Once años despues, á consecuencia de una escaramuza, que tuvo lugar entre un puñado de caribes y algunos habitantes, estos condujeron á San Pedro una muger que habian hecho prisionera en medio de sus enemigos. Sus cabellos blancos, su cuerpo flaco y degradado por la fatiga y el dolor, su rostro curtido por el sol, su frente arrugada por una vejéz precóz, no permitian á nadie reconocer á Blanca en aquella muger.

Y sin embargo era ella.

Conducida ante las autoridades de la ciudad, procedieron á su interrogatorio. Una multitud de curiosos corrió á ver aquella muger que no tenia de caribe mas que el trage y que segun declaracion de los habitantes que la habian conducido á San Pedro, era de raza blanca. La pobre muger paseó al rededor una mirada atenta y reconoció en la mu-

chedumbre mucha gente que no podia caer en que era ella.

Y además, ¿quién se acordaba ya de la aventura del príncipe de Modena? ¿quién se acordaba de Blanca? Esta, en presencia de los que la interrogaban, aparentó olvidar las circunstancias que la habian llevado al pais de los caribes. La vieron desgraciada y la creyeron loca. Le dieron la libertad y el derecho de vivir de la caridad pública. Blanca no pedia mas.

El dia mismo de la llegada de ésta á San Pedro, ocurría otra escena á algunas leguas de la Martinica, á bordo de un buque inglés, fondeado en la Dominica.

La Inglaterra habia hecho nuevas tentativas para apoderarse de la Martinica, quedando sin resultado como las anteriores. Una expedicion mandada por Barrington tenia por objeto apoderarse de aquella importante colonia. Para asegurar la conquista, el general necesitaba establecer relaciones en el interior de la isla.

Una noche que examinaba un croquis de las costas de la colonia, oyó llamar á la puerta. Entró un hombre. Este hombre, que era un inglés, marmero de la tripulacion, se inclinó respetuosamente y acercándose al general:

—En vano pasareis los días y las noches, le dijo, examinando esos pedazos de papel; no conseguireis apoderaros de la Martinica.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Lo sé y basta. Las costas aborables están muy bien fortificadas; los habitantes son bravos como leones y no entrareis jamás en se pais por la fuerza. Pero donde la fuerza es inútil, general, se apela al

ardid. Allí donde diez mil hombres armados de mosquetes y veinte navíos no conseguirían nada, un solo hombre puede á veces conseguirlo todo.

—Es verdad; pero, ¿dónde está ese hombre?

—¿Lo habeis buscado? ¿No? Pues bien, general, no le busqueis, porque ese hombre ha venido sin que le llamarais.

—¿Eres tú?

—Yo mismo.

Barrington examinó atentamente á su interlocutor, espiando sus miradas, sus palabras, sus ademanes. El marinero permaneció mudo é inmóvil y sufrió el exámen como quien comprende que están midiendo su inteligencia.

—Te has penetrado bien, repuso el general, de la importancia de la misión que quieres llevar á cabo?

—La he estudiado de antemano.

—¿Ah...! y comprendes por consiguiente que no basta para ello una inteligencia vulgar.

—Si no lo comprendiera así, general, no me hubiera presentado á vos, porque no imagineis que la partida es fácil.

—¿Tienes tanta energía como inteligencia, tanto valor como energía, y tanta audacia como valor?

—Cuando os digo que no necesitáis buscar al hombre que os hace falta...

Barrington se sonrió y dándole un golpecito en el hombro:

—Te creo capaz de todo, le dijo. Sin embargo, ¿hay en tu vida alguna acción que responda de tí?

El marinero se encojó de hombros y acercándose á Barrington con ese desembarazo que dá al hombre la conciencia de su superioridad:

—General, le dijo, ¿ne permitís que os haga una

pregunta? ¿Habeis tenido noticia de cierto aventurero que once años há se introdujo en La Martinica bajo el nombre de Tarneau?

—Sí.

—Ya sabeis que por espacio de dos meses pasó por el príncipe de Módena.... Sabeis tambien como, hecho prisionero por un corsario inglés, consiguió apoderarse del buque con la ayuda de un hombre y una muger. Tambien debeis saber de qué modo huyó de la colonia y los ardides que empleó para escaparse tres veces de la cárcel.... Pues bien, general, ese hombre en quien acabais de reconocer inteligencia, valor y audacia, cualidades exigidas para llevar á cabo la difícil empresa que se trata de acometer; ese hombre, repito, soy yo.

—¡Tú! exclamó Barrington. Y tendiéndole la mano añadió: Ya no te pregunto nada mas!

Tarneau, puesto que era él, se sonrió con cierta satisfaccion.

—¿Pero qué motivo tenias entonces, repuso Barrington despues de un momento de silencio, y qué motivo tienes ahora para obrar de esa suerte? Mocaye.... (¿no es así como te llaman?) en tu conducta se revela el odio.

—¡El odio! sí, lo habeis comprendido, exclamó Mocaye; y voy á deciros el origen. Un dia fue un hombre á casa de mi madre, la sedujo, la abandonó y dejóla morir de dolor, de vergüenza y de hambre. Aquel hombre era francés y además habia nacido en la Martinica. Mi madre me enseñó á odiar á los de su raza y me hizo jurar que vengaria el ultraje de que habia sido víctima. ¿Podia conseguirlo mejor, que entregando este pais á la Inglaterra....? Vaya, general, hablemos de otra cosa, porque mi corazon

se indigna.... y la amargura que rebosa se me sube á los labios.

Mocaye se sentó pálido y tembloroso y estuvo un momento sin poder pronunciar una palabra.

—Si no hubiera dejado la Martinica once años há, repuso con gravedad, os diria ahora: Desembarcad las tropas y yo las conduciré donde sea preciso. Pero desde aquella época debe haber sufrido el pais grandes cambios. Necesito, por consiguiente, estudiarlo. Volveré allí del modo que me parezca conveniente: eso corre de mi cuenta. Cuando llegue el momento me presentaré á vos y os diré: general, adelante; ha llegado la hora de la conquista.

Barrington y Mocaye se separaron. Pocos dias despues el espía disfrazado desembarcaba en efecto en la colonia, pasando por un negociante holandés que iba á estudiar la creacion de una casa de comercio. Nadie le conoció. No hacia una semana que estaba en la Martinica explorando el pais, cuando se le ocurrió el capricho de ir á ver la casa de los jesuitas, antiguo teatro de sus hazañas. Al pasar junto á la verja se detuvo de repente como herido por el rayo. Una muger que parecia caminar á la ventura como una sombra perdida en el vasto jardín de la casa, se detuvo tambien al ver á Mocaye, y fijó en él una extraña mirada. Mocaye quiso acelerar el paso para huir; pero la sombra corria tras él gritando:

—¡Detenedle, detenedle!

Los jesuitas y algunos transeuntes, asustados por la voz de Blanca, rodearon tan de cerca á Mocaye, que le fue imposible la fuga. Blanca se abrió paso entre la muchedumbre y poniéndose delante del espía:

(AVENTUREROS).

—¿Me conoces? le dijo.

Mocaye, que habia recobrado su sangre fria, le hizo con la cabeza una señal negativa.

—Pues bien, repuso con voz sorda y temblorosa, yo me llamo Blanca, y tú eres.... Este hombre, continuó dirigiéndose á la muchedumbre, este hombre es el finjido príncipe de Módena....

Mocaye hizo un movimiento, como para alejarse de allí; pero Blanca, asiéndole del brazo, exclamó:

—Os digo, os afirmo, os juro que este hombre que veis aquí es el aventurero que se supuso príncipe de Módena; y si está aquí, en esta isla y á estas horas, cuando los ingleses cruzan vuestros mares, es porque medita algun otro crimen contra vosotros. ¡Prendedle! Si me he equivocado, todo se remedia poniéndole en libertad. Aquí hay personas que lo han conocido; que las llamen para dar fe; pero ante todo prendedle por Dios!

El tono de convicción con que Blanca pronunció estas palabras, impresionó á la muchedumbre, á la cual se iban agregando todos los que pasaban. Entre estos últimos se hallaba Duval-Ferol. Blanca al verle dió un grito de alegría y llamando al con-
jono:

—Señor Duval-Ferol, señor Duval-Ferol; venid á ver si este es el príncipe de Módena.

Mocaye se puso pálido al verse delante de Duval-Ferol. Este le examinó por espacio de un momento y respondió:

—Él mismo es.

Entonces prendieron á Mocaye y le llevaron á la cárcel. Las activas averiguaciones que se hicieron acerca de su persona y de su domicilio, dieron por

resultado descubrir las huellas de la misión que se había propuesto llevar á cabo en la isla. Entonces confesó su crimen. Un consejo de guerra, presidido por Beaubarnais, gobernador general, sentenció á Mocaye á la pena de muerte. Aquel mismo día, á las cuatro de la tarde, fue ahorcado en la plaza pública, en medio de una inmensa muchedumbre.

En el momento en que se cumplía la justicia de los hombres y el reo se bamboleaba en el aire, se oyó una voz de muger que exclamaba entre la muchedumbre:

—¡Ah! ¡ya estoy vengada!

Levantaron del suelo un cuerpo inanimado y vieron que era el de Blanca.

FIN.

resuelto descubrir las huellas de la misión que se
había propuesto llevar á cabo en la isla. Entonces
confesó su crimen. Un consejo de guerra, presidido
por Beauchamps, gobernador general, sentenció á
Mocayé á la pena de muerte. A aquel mismo día
é las cuatro de la tarde, fue ahorcado en la plaza
pública, en medio de una gran muchedumbre.
En el momento en que se cumplía la justicia de
los hombres y el río se bamboleaba en el aire, se
oyó una voz de mujer que exclamaba entre la mu-
chedumbre:

—¡Ah! ¡ya estoy vengada!

Levantaron del suelo un cuerpo inanimado y
vieron que era el de Hiance.

FIN

1000



AVENTURE

Y

CORSABIOS

S-A